

LAUTARO, JOVEN
LIBERTADOR DE ARAUCO

FERNANDO ALEGRÍA



Viento Joven
I.S.B.N.: 978-956-12-1292-3
50ª edición: febrero de 2013.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 978-956-12-1314-2.
51ª edición: febrero de 2013.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.
Dirección de arte: Juan Manuel Neira.
Dirección de producción: Franco Giordano.

© 1943 por Fernando Alegría Alfaro.
Inscripción N° 9.602. Santiago de Chile.
Derechos reservados para todos los países.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia
Teléfono 28107400. Fax 28107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación o cualesquier otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Impreso en R y R Impresores.
Curifanca 771. San Miguel.
Santiago de Chile.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	6
EL CONQUISTADOR Y SU PAJE	9
LA INSURRECCIÓN	27
UNA SAETA EN LA NOCHE	43
A LA CONQUISTA DE ARAUCO	53
EL CONQUISTADOR Y EL HÉROE	65
LA CABALGATA SORPRENDIDA	81
LA VICTORIA DE MARIHUENU	87
LA PRESENCIA DE LOS MITOS	97
LA VOLUNTAD DE VIVIR	105
LOS GRANDES DÍAS DE ARAUCO	111
A LA CONQUISTA DE SANTIAGO	129
CONTRA LA CORRIENTE	149
SANTIAGO ES UNA CIUDAD LEJANA	157
LA ÚLTIMA ALBORADA	169
LA SOMBRA DE LAUTARO	177

El autor

Fernando Alegría, nació en Santiago el 26 de septiembre de 1918. Desde niño manifestó una fuerte vocación literaria, que su familia estimuló. Hizo sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde en 1939 obtiene los títulos de profesor de Castellano y de Filosofía. Pronto viaja a Estados Unidos y allí se doctora en literatura y lenguas romances en la Universidad de California. Desde entonces ejercerá como profesor de Literatura Hispanoamericana en esa y otras universidades norteamericanas.

Alegría irrumpe en la literatura nacional con dos biografías noveladas: *Recabarren*, 1938, y *Lautaro, joven libertador de Arauco*, 1943. Esta última obtiene un importante premio latinoamericano.

Posteriormente, y entre sus numerosas obras de narrativa, poesía y ensayo, se destacan *Caballo de Copas*, 1957, novela traducida al inglés, francés y ruso; *Las noches del cazador*, novela, 1961; *Las fronteras del realismo* (Literatura chilena del siglo XX), 1962; *Mañana los guerreros*, novela, 1964; *Gabriela Mistral* (Genio y figura), 1964; *Los días contados*, novela, 1968; *Los mejores cuentos de Fernando Alegría* (antologados por Alfonso Calderón), 1968, y *Coral de guerra*, novela, 1979.

Sus obras le han valido obtener en varias ocasiones el Premio Municipal de Literatura y el prestigioso Premio Atenea.

Alegría murió el 29 de octubre de 2005 en California, donde vivió muchos años, se casó y tuvo cuatro hijos.

Prólogo

En el siglo XVI, los conquistadores españoles invadieron la tierra de Chile; primero Don Diego de Almagro y luego Don Pedro de Valdivia. Venían en busca de riquezas fabulosas que, al decir de las gentes, se ocultaban al otro lado de los Andes, en ese país largo y extraño que

comenzaba en un desierto y concluía, casi al fin del mundo, en una especie de laberinto de islas y canales. Los conquistadores vencieron a muchos pueblos, soportaron las tempestades de la cordillera y la soledad del desierto, vadearon ríos y atravesaron selvas, pero fueron detenidos casi al mismo borde de su meta.

Un pueblo pequeño, pero fuerte; de escasa cultura, pero de valor sobrehumano, que vivía más allá del Maule y más allá del Bío-Bío, se les opuso en su camino y cortó su cadena de conquistas para siempre. Con el cuerpo desnudo y armados de toscas lanzas, los araucanos se enfrentaron a la caballería y los arcabuces de Don Pedro de Valdivia, capitán en el ejército de Su Majestad Imperial Carlos V.

Por espacio de tres siglos combatió el pueblo de Arauco por su libertad; fue una lucha cruenta y de variada suerte. En su primera fase, que fue tal vez la más importante por la calidad de las victorias que alcanzaron, los araucanos fueron conducidos por un caudillo que la tradición ha inmortalizado como uno de los más geniales libertadores de América; genial, no porque hubiera aprendido a serlo en contacto con las sociedades avanzadas de su tiempo, sino simplemente porque nació genio. Este héroe popular fue Lautaro, que alcanzó su primer triunfo cuando tenía veinte años, y el máximo de su poder y su gloria, a los veintidós. Él y otros jefes, como Caupolicán y Colo-Colo, construyeron con sus hazañas una epopeya que la humanidad no podrá olvidar fácilmente.

Para siempre quedará el recuerdo de esta nación que se entregó íntegra a la santa causa de defender su tierra contra la invasión extranjera. Su ejemplo sirvió una vez y, quizás, ha de servir en el futuro para despertar a nuestras juventudes y prender en ellas el fuego del heroísmo cada vez que la libertad de América se encuentre en peligro.

*A mis padres, que me
enseñaron a amar
la tierra chilena.*

El conquistador y su paje

La caballería del Conquistador avanzaba con trote ligero, pero cauteloso, mientras las sombras de la noche empezaban a obscurecer los bosques y las selvas de Arauco. Las pisadas de los caballos, a veces contra ramas secas o troncos diseminados en el sendero, despertaban ecos misteriosos, y en la penumbra del crepúsculo parecía adivinarse la presencia de seres extraños, ocultos detrás de los árboles, sumidos en los matorrales como peligrosas alimañas.

El Conquistador y los suyos no hacían comentarios, con esa fría resolución de los aventureros españoles, avanzaban sin cuidarse de si sería la muerte o un nuevo reino lo que iban a encontrar más allá de esa naturaleza casi impenetrable. Casi dos meses habían transcurrido desde que el Conquistador Don Pedro de Valdivia abandonara Santiago, decidido a completar su hazaña subyugando las poblaciones indígenas del Sur de Chile. Su ansia de poder parecía no tener

límites; no contento con dominar la tremenda aridez del desierto que se hallaba al Sur del Perú, ni con su hallazgo del fértil valle central donde había fundado Santiago, el Conquistador, sediento de empresas, seguía avanzando, penetrando lo desconocido, abriéndose paso por entre las selvas, vadeando ríos, siempre más lejos, más allá, poseído de esa locura mística que levanta los imperios y abre a la imaginación de los hombres la maravillosa aventura de los descubrimientos.

Junto a él marchaban su ejército de hidalgos y un grupo de mercaderes, escribanos y agricultores, con los cuales pensaba poblar la ciudad que fundaría en el corazón de Arauco. Todos obedientes a su voluntad, atados a él por el temor y la necesidad, listos para pelear a su lado si le veían triunfante, listos para abandonarle en caso de derrota. Había salido de Santiago por la Navidad de 1549. La marcha por el valle central, con la temperatura suave del mes de diciembre, había sido agradable; alejándose de la costa a veces para acercarse a la cordillera, atravesando ríos de menguado cauce, habían cruzado el Maule y el Itata y luego el Biobío. Para la imaginación de estos hombres que venían de la tierra seca del desierto y de las sierras opacas de la cordillera de la Costa, el espectáculo de la selva, de estos ríos nerviosos y de esa cordillera cubierta todo el año de nieve era verdaderamente impresionante.

Pero a medida que avanzaban hacia el Sur, la marcha se tornó peligrosa. De lugares imprevistos, lanzadas por manos invisibles, las flechas empezaron a llover contra el

ejército del Conquistador, causándole grandes bajas. Desde las peñas y las copas de los árboles, o desde los matorrales, salían las saetas veloces y certeras y se clavaban causando heridas dolorosas y a veces la muerte instantánea. Don Pedro hervía de rabia ante estos ataques a traición; él estaba acostumbrado a pelear en campo abierto; la solapada astucia de los indios le parecía indigna, y más indigna aún cuando se veía imposibilitado para castigarla. Aquel día los ataques se habían multiplicado; no se trataba solo de flechas; en el sendero, varios caballos habían pisado en trampas hábilmente preparadas, quebrándose las patas y arrastrando en su caída a los jinetes.

A mediodía, el calor era insoportable; los rayos del sol caían de plano sobre las corazas y los cascos de los españoles; el metal brillaba enceguecedoramente y los pobres hombres parecían morir abrasados adentro. Viendo la mala condición de su gente, el Conquistador ordenó internarse en un bosque; allí el ambiente fresco y vegetal les devolvió la calma. Pero muy pronto los ataques de los indios se volvieron a repetir, y en buscar al enemigo y sacarles el cuerpo a las flechas, hicieron los españoles tantos movimientos, que por fin perdieron el sendero y entregándose a la Divina Providencia hubieron de continuar avanzando al puro azar. De este modo pasó la tarde y vino el anochecer. Una brisa fresca comenzó a soplar, y traía aroma de flores y plantas desconocidas, las grandes araucarias se balanceaban pesadamente en su ropaje de sombras. Un rumor lejano llegaba hasta los españoles, y no podría haberse dicho que prove-

nía del río, del océano o de los enemigos, que en la noche parecían vagar más cercanos. Don Pedro ordenó acampar; buscaron un sitio apropiado y encendieron grandes fogatas; con el arma al brazo y todos los sentidos alertas comieron y luego dejaron pasar el tiempo, demasiado rendidos para conversar y demasiado temerosos para dormir. Don Pedro llamó a uno de sus mejores soldados, Don Jerónimo de Alderete, y le expuso sus temores:

—Hemos de hacer algo pronto, Don Jerónimo —dijo el Conquistador—; nuestra gente se agota y es imposible ya soportar esta guerra contra un enemigo que no vemos.

—Don Pedro —dijo el ayudante—, cuando salimos en esta empresa, confiamos en la Divina Providencia para que nos llevase a buen destino; ahora no queda sino persistir, seguir adelante y confiar en que nuestra súplica no haya sido en vano.

—Ahora mismo —continuó Don Pedro—, en estos mismos instantes, siento que millares de seres nos rodean y se preparan para atacarnos; pero, ¡Dios mío!, ¿cómo cerciorarse? ¿Dónde están? ¿Quiénes son? ¿Quién les comanda? Nuestras avanzadas, como siempre, han vuelto sin descubrir nada, nuestros centinelas caen asesinados sin tener tiempo de decir una palabra siquiera. Don Jerónimo, ésta es una clase de lucha para la cual yo no fui educado. Nunca, en ninguna parte, hallé este enemigo astuto, obstinado, invisible, que lucha desde la sombra...

—No dejéis que el ánimo os abandone, mi señor. Difíciles momentos tuvisteis en vuestras guerras de Venezuela, y no

creo que os arriesgasteis cruzando los mares y sometisteis a los indios del Norte y del Mapocho para venir a sucumbir en este rincón perdido del hemisferio austral.

—Ciertamente, Don Jerónimo, no conocéis a vuestro señor si pensáis que he de desconcertarme ante el peligro. Desde la España lejana hemos venido hasta esta tierra de América para hacer realidad el sueño de nuestro emperador. ¡No serán estos bárbaros ni esta selva quienes impedirán nuestro intento!

El Conquistador hablaba con voz muy sonora, de pie, una mano apoyada en la cadera y la otra sobre la empuñadura de su espada; había empezado hablando con Don Jerónimo, pero ahora, en estilo oratorio, se dirigía a todo su séquito; era evidente que le agradaba escucharse. Era un hombre de fuerte personalidad; de mediana estatura, robusta complexión, casi siempre sonriente, de cutis sonrosado y pelo rubio. Ahora estaba serio; sin embargo, alerta como un cazador que espera el asalto de la fiera.

Más allá de los árboles y de las fogatas, centenares de sombras, quizás millares, vagaban como bandadas de buitres a la caza de los aborrecidos **huincas**. Eran las furiosas muchedumbres de araucanos que seguían al Conquistador dondequiera que fuese, esperando el momento oportuno para atacarle.

La noche se había cerrado por completo; por entre los árboles las estrellas aparecían y desaparecían como mariposas de plata. El vago rumor que venía de las tinieblas y que mantenía despiertos a los españoles crecía poco a

poco; se acercaba, se hacía más distinto. No era ya como las voces del río, que hablan un lenguaje de otras edades; era el rumor de sombras vivientes, voces que a ratos parecían de mando. A medianoche el silencio del bosque fue roto por un clamor gigantesco. Era el griterío de millares de indios; la carrera de sus pies desnudos contra el suelo de hojas y el ruido de sus armas despertaron a toda la selva; en pocos minutos el lugar se convirtió en un infierno. Los españoles, montados a caballo, inexpugnables en sus corazas, se erguían como colosales figuras de dioses detrás de las luces de carrizo que habían encendido para distinguir a sus atacantes. En el bosque, alumbrado por estos fulgores lívidos, las sombras de los conquistadores crecían en proporciones enormes y debieron parecer a los indios seres venidos de un mundo fantástico y provistos de poderes invencibles. Los araucanos, por su parte, atacaron, en masa, de un modo desordenado y brutal; con los cabellos desgreñados, las picas y mazas levantadas en el aire, vinieron con furia sobre los españoles, saltando por encima de las fogatas; y en esos momentos los soldados de Valdivia debieron pensar que se las estaban viendo con demonios caídos del infierno. Después de su primer ataque contra la caballería española, los indios se retiraron, y entonces una verdadera lluvia de flechas salió desde los matorrales. Las primeras víctimas fueron las cabalgaduras. Don Pedro, viendo que los indios volvían a su mañosa táctica, lanzó un grito de combate:

—¡Santiago, españoles!...

Y al frente de su caballería embistió contra el enemigo que se ocultaba en los matorrales. El empuje de los caballos fue terrible; los españoles penetraron los pelotones indígenas, y entonces comenzó el trabajo de las espadas. Los indios empezaban a ceder terreno; nada podían sus flechas contra los petos de fina y resistente malla de los españoles, y sus garrotes no tenían casi uso en la pelea a corta distancia. Los españoles, sin dar descanso al brazo, revolían las cabalgaduras y pisaban los cuerpos de los indios que caían por montones. Don Pedro dirigía la matanza. Finalmente, los araucanos se retiraron abandonando centenares de muertos y heridos en el campo. Los conquistadores volvieron detrás de las fogatas, rendidos por el cansancio, pero con la satisfacción de la victoria en el rostro. Pero esta satisfacción iba a durar poco. Escasos minutos habían transcurrido desde la primera escaramuza cuando los araucanos volvieron al asalto; esta vez en mayor número. Los españoles, aunque advertidos por la gritería, apenas si tuvieron tiempo de montar. Los indios atacaban con un vigor sobrehumano, con una ferocidad que hasta entonces los españoles no habían encontrado en sus campañas. Pronto se dio cuenta Don Pedro de que sus combates en el Norte y centro de Chile no habían sido sino el preludio de una guerra a muerte que ahora recién empezaba; hasta entonces sus triunfos habían sido relativamente fáciles; los yanaconas del Mapocho, a pesar de haber obstaculizado su conquista con asaltos imprevistos —uno de los cuales había destrozado Santiago—, nunca habían sido enemigos serios, sin embargo. La fundación de Santiago había sido pacífica,

tema arterial de un poderoso organismo; pronto descubrió que en sus entrañas había ricos yacimientos de oro, y esto acabó de decidirlo. El oro, que había sido la meta de todos los españoles que emprendieron la conquista de América, era también la ambición suprema de Don Pedro; con oro se podía construir un imperio, con oro se podía satisfacer al lejano y todopoderoso Carlos V, con oro podía agregar nobleza y gloria a su propio nombre.

Invernó en la región durante el año de 1550; invernó con su ejército bajo grandes balcones con cobertor de heno y cañas de maíz. Pero antes de que el recuerdo de Andalién —su primer encuentro con los araucanos— pasara a la historia y se borrara en la memoria de los indios derrotados, una noche, en un acto de suprema crueldad, se encargó de eternizarlo. Dirigiendo una de sus avanzadas se internó en uno de los puntos más poblados de la región; revolviendo sus cabalgaduras y con las espadas desenvainadas, él y sus secuaces agruparon a los indios; Valdivia ordenó a sus soldados que le cortasen los pies a todos los indios de un grupo y las manos a los del otro; luego le hizo cortar las orejas, las narices y los carrillos a otros.

Pero lo más terrible del espectáculo fue el estoicismo con que las víctimas sufrieron el martirio; no se escapó ni un grito, ni un llanto, ni un gemido. Parecían haber estado todos unidos por un juramento. El Conquistador no pudo contener la ira ante el fracaso de sus métodos. Él quería intimidar a los indios, enseñarles con el terror a no oponerse a sus designios; pero he aquí que se hallaba con una voluntad

superior a la suya, con un heroísmo casi inconcebible en medio de estas gentes que él consideraba salvajes. Ciego de cólera, hizo entonces degollar a 150 y a otros 150 les hizo cortar las manos y colgar al cuello las cabezas de los muertos, y les soltó para que fueran a otras tierras, “cargados de cabezas ajenas y sin manos propias”, a contar la grandeza y el poder del imperio español.

—Para que sirva de lección y ejemplo a quienes quieran oponerse a la voluntad del emperador —dijo, sancionando el atroz tormento.

Luego advirtió que frente a una ruca había un anciano de imponente figura apoyado en el brazo de un joven indio. Había en torno de ellos una aureola que les hacía intocables, una vaga sensación de majestad; intrigado, el Conquistador dirigió su caballo hacia el grupo y les habló con insolencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al anciano.

—Curíñancu —respondió éste con voz firme.

—Es el cacique de esta tribu, señor —explicó el **lenguaraz**—, y en tu lengua significa Aguila Negra.

El Conquistador observó al viejo un instante, y luego su atención se fijó en el muchacho. No podía tener más de dieciséis años; era de mediana estatura, de músculos fuertes, pero finamente modelados; su piel era más bien oscura y se veía suave y casi delicada; su cabeza, bien formada, se mantenía erguida sin orgullo, pero con decisión; sus cabellos eran negros, sus labios carnosos apenas conseguían cerrarse, un leve temblor les hacía acusar la juventud de su dueño. Pero fueron sus ojos los que

para su casa y un fraile que le acompañaba como capellán, era en aquel entonces un signo de nobleza y poderío. Pero no debemos olvidar que Valdivia era también humano; que había dejado en España a su esposa y todos sus hijos para emprender esta esforzada guerra de América; existía pues en él una ternura enterrada y sin cauce que tal vez despertó e hizo crisis la noche de Andalién; cuando Valdivia vio al cacique sufrir en silencio la destrucción de su aldea y de su pueblo, mientras el hijo permanecía inmutable sosteniéndole por el brazo, algo en su corazón debió romperse. En el cuidado generoso que dio a Lautaro, enseñándole los secretos del arte militar y del poderío español, Don Pedro quizás estaba tratando de pagar una deuda, de justificarse ante Dios y de satisfacer ese su corazón herido que tantas veces le hacía volver con nostalgia los ojos hacia la lejana patria.

Pero si éstos eran los sentimientos del Conquistador, los de Lautaro eran mucho más confusos; se mantenía junto a su señor obedeciendo a un impulso extraño; en realidad estaba como eternamente sorprendido, sentía que un nuevo mundo se estaba abriendo ante sus ojos. Cuando vino con Valdivia, él creía, como los demás indios, que los españoles eran dioses o, por lo menos, demonios... Que habían venido desde otro mundo en palacios flotantes; al principio de la guerra les había creído un solo ser con sus caballos y, naturalmente, inmortales. Con el transcurso de los días, Lautaro aprendió su lengua: una gran parte del mito se derrumbó; había descubierto que los dioses hablaban de un modo simple sobre simples cosas; que padecían hambre,

sed, frío, igual que los araucanos; que se peleaban a menudo y decían tonterías. Además les había visto el domingo, las mujeres vestidas con sus mejores galas y los soldados llevando sus mejores armas, arrodillados humildemente ante la imagen pequeñita de una mujer con el hijo en los brazos... Lautaro sonrió y las nubes habían empezado a disiparse en su pensamiento. Luego había visto a hombres y caballos cansarse por igual, y aun sucumbir ante el ataque del enemigo. Pero si un millar de cosas se derrumbaron en su contacto con los españoles, otro millar había tomado su lugar. Lautaro escuchaba a su señor en religioso silencio; le oía echar los planes de su campaña, le veía distribuir sus fuerzas en el terreno: la caballería, los infantes, la artillería, los arcabuceros; luego establecer su campamento y enviar avanzadas... Lautaro bebía en los labios del Conquistador el arte de la guerra.

En el verano de 1551 el Conquistador avanzó hacia el Cautín; había fundado Concepción ya, y en mayo fundó la Imperial, luego avanzó la frontera hacia el Toltén y llegó hasta el pie del volcán Villarrica. Por todas partes los indios se retiraban, dejaban el paso a los españoles, huyendo con un rumbo desconocido. Se cuenta que en esta campaña de fáciles triunfos Valdivia fue guiado por un indio llamado Alicán, quien traicionó a sus nacionales en el valle de Mariquina para vengarse de su enamorada, que le había despreciado. El carácter mismo del Conquistador pareció suavizarse, y así dice la historia el indio pehuenche le ofreció un zapallo en señal de ho y que el Conquistador, tomándolo, le dijo:

—Más estimo este zapallo que cuanto oro tienen las minas —y luego, retornándolo, agradecido, se quitó un bonete de grana que traía en la cabeza y se lo dio al serrano.

Más bien con espíritu civilizador que de guerrero, funda ciudades y consolida su Estado; junto a un hermoso río funda una ciudad a la que da su nombre; después, Villarrica; construye los fuertes de Purén, Arauco y Tucapel... Lautaro, siempre a su lado, le acompañaba en las horas de paz tanto como en las de guerra; en el campo de batalla cuidaba de sus caballos; en Concepción le asistía a la mesa, observando y aprendiendo. En los banquetes, escuchando a Don Pedro, aprende el arte de hablar a las gentes. Lautaro veía en él personificada la imagen del aventurero; aquella noche, que él nunca olvidaría, le había visto tan cruel, que le creyó inhumano, y pensó que tal vez era en realidad un dios; ahora le sabía un hombre como cualquier otro; un hombre que luchaba por conquistar un pueblo así como los otros luchaban por salvar sus vidas. Lautaro no entendía claramente la idea o la pasión que movían al Conquistador, pero sabía que esa idea o pasión existían, que su guerra era un eslabón de alguna empresa que estaba más allá de su conocimiento.

En las noches, después de la batalla, en la calma del bosque recorrido por viento fresco y vuelo de luciérnagas, el Conquistador descansaba sentado sobre una piedra, alumbrado el rostro por las llamaradas de una fogata, el pelo encanecido, la frente arrugada, la mirada triste y el jubón de terciopelo y encaje cifiendo su busto potente. Ya no tenía la espada en

su mano; sus ojos vagaban por las brasas, se alzaban con las llamas, seguían el camino del humo hacia el horizonte. A escasa distancia, Lautaro, sentado sobre la yerba, seguía su mirada y parecía entender la razón de su tristeza. ¡También el Conquistador tenía pena! Tal vez también tenía esposa e hijos y una tierra como ésta de Arauco; y tal vez después de la batalla, que era el trabajo de cada día, sentía el desaliento de una obra que no se acaba nunca. Porque el camino del Conquistador no tenía fin, no se acababa en las selvas ni en las montañas, ni en los mares ni en el fin del mundo; el camino del Conquistador era como un hilo fino que daba vueltas alrededor de la tierra buscando incansablemente su otro extremo. Y entonces Lautaro sentía piedad por él, y, aun cuando los caminos de la selva estaban abiertos, no se resignaba a abandonarle y permanecía a su lado aguardando, aguardando sin saber qué.

Un día el Conquistador, después de una de sus nostálgicas cavilaciones, ordenó el regreso a Santiago. Terminaba el invierno de 1552. La jornada sería larga y difícil; Don Pedro presentía la llegada de la primavera en el aire e imaginaba ya la recepción que le darían al llegar a la capital; luego vendría diciembre, una Navidad más en Santiago, y después otro verano para nuevas campañas. Organizó todo con premura, y al atardecer de un día lluvioso y frío partió a la cabeza de su ejército rumbo al Norte. Lautaro se dio cuenta rápidamente de lo que este viaje significaba; por primera vez en su vida se alejaba de su tierra, quién sabe si para no volver más; pero al mismo tiempo, por primera vez en la

historia, un araucano, un hijo de jefe, y futuro jefe por lo tanto, iba a penetrar en la capital del Estado español junto al Gobernador mismo para conocer el punto más vital de su poderío y el más delicado de su defensa.

Era una aventura, la primera en su vida, pero una aventura que decidiría su destino; y partió. Alejándose de los bosques de Arauco, cruzando los ríos que por entonces corrían apretados y nerviosos como potentes caballos de plata, Lautaro sintió por primera vez el dolor de abandonar la tierra. Sus ojos humedecidos por una suave tristeza buscaron en los Andes la nieve eterna, que era como el manto de Dios protegiendo las soledades de su patria; buscaron en el cielo magnífico de aquellas latitudes la Cruz del Sur que velaba sobre su pueblo con la fuerza de un símbolo y de una profecía que él ignoraba, pero que no tardarían en hacerse realidad.

La insurrección

Colo-Colo, máximo Toqui de la Paz, había convocado a los caciques de Arauco. Desde el rincón del bosque donde vivía, habían salido sus mensajeros llevando la saeta ensangrentada que simbolizaba la orden del toqui: los caciques debían reunirse porque la era de paz había terminado y un hombre joven, fuerte y valeroso debía tomar su puesto para conducir al pueblo de Arauco a la guerra.

Los mensajeros corrían día y noche a través de los bosques, selvas y montañas, se detenían un instante para enseñar la saeta a los caciques y decir:

—La luna llena brillará cuando llegéis donde Colo-Colo...

Y luego proseguían su carrera; con ellos llevaban también una tira de cuero en la que había varios nudos; cada día que pasaba desataban uno y así llevaban la cuenta del tiempo.

Mientras tanto Colo-Colo, rodeado de sus súbditos, se mantenía en silencio, cavilando. Era un anciano pequeño,

de cabeza redonda y pelo blanquecino, tieso y corto; su cara estaba cruzada de arrugas; sobre su boca amplia, un bigote ralo le daba un aire de eterna sonrisa; sus ojos eran pequeños y vivos, miraban a través de una maraña de pelos, con agudeza e ironía; alrededor de la cabeza tenía atado una especie de pañuelo. Se cubría con un poncho y en su mano grande, nervuda y morena, sostenía un ramo de canelo, que era la insignia de su autoridad. Los otros le miraban y no osaban turbar su pensamiento. Colo-Colo había planeado la rebelión contra Valdivia; pero no una revuelta local, sino un movimiento que levantaría las tribus de todo el Sur de Chile, y que alcanzaría tal vez a los mismos yanaconas que vivían con los españoles en las ciudades; el anciano actuaba con calma y toda clase de precauciones. Golpearía solo en el momento preciso y cuando estuviera seguro de que los indios de todo el país responderían a su llamado. Sus espías se movían en todas direcciones, llevaban y traían mensajes desde todo el país.

“Ancianos, mujeres, niños, las doncellas de las esposas o de las hijas de los castellanos —ha escrito después un historiador—, la nación entera conquistada como por sorpresa, adormecida por el arcabuz y el látigo, despertada ahora por la desesperación, habíase dado al fin... la voz de su resurrección”.

La flecha de la guerra enviada por Colo-Colo había llegado hasta Concepción. Los indios que trabajaban en las minas de oro de Quilacoya, padeciendo hambre y frío, eran, sin duda, los soldados más entusiastas de esta guerra

de independencia. Los planes de la rebelión habían ido transmitiéndose a través del país, por campos y estancias, minas y fuertes, por las ciudades y las casas de los españoles, hasta llegar a la alcoba del Conquistador; pues, Don Pedro no daba un paso ni profería una palabra que no fuesen de inmediato comunicados a Colo-Colo por sus hábiles espías.

Mientras tanto, la vida parecía seguir su curso normal en las poblaciones araucanas; las mujeres continuaban sembrando la tierra, tejiendo chamales y mantas, fabricando canastos y vasijas de barro, preparando la comida y la chicha. Los hombres, por su parte, descansaban y se preparaban para la guerra; porque ésta era la costumbre de aquellos pueblos: el hombre había nacido para hacer la guerra, para mantener su patria libre de invasores y enemigos, mientras que la mujer estaba destinada al trabajo, a realizar todas aquellas pequeñas ocupaciones de la vida diaria, que el guerrero araucano consideraba indignas de su prestigio.

El guerrero preparaba sus armas, al mismo tiempo que entrenaba su cuerpo. Su vida estaba decidida desde el momento de nacer; las madres araucanas daban a luz junto al río, y allí, cuando tenían la criatura en sus manos, la bañaban con el agua cristalina que por esas regiones trae vivo el hielo de las cordilleras. Este contacto con el poder de la naturaleza le daba al niño la primera noción de lo que sería su vida; tocado por la espada del río, como los caballeros antiguos cuando recibían su espaldarazo, desde aquel momento llegaba a ser un guerrero araucano. A los seis años, le enseñaban a manejar la lanza o la macana y a tirar el arco; le hacían correr

con otros niños y, luego, le enseñaban a nadar y a cruzar ríos con la lanza en la boca o en la mano. El niño crecía fuerte y valeroso; se especializaba en una sola arma hasta llegar a ser un maestro en su manejo. Dedicaba todos los momentos de su vida al cuidado de esta arma y de su cuerpo. Crecía sin prestar mayor atención a otras cosas, preocupado solo de rivalizar con los otros guerreros, de hacerse respetar por ellos y de superarlos. Con estos jóvenes Colo-Colo pensaba llevar a cabo sus planes.

El día del plenilunio, los caciques empezaron a llegar hasta el sitio donde iba a celebrarse el Consejo; venían desde todas las regiones de Arauco; por los senderos misteriosos del bosque surgían frente a Colo-Colo de entre los árboles, como personajes mitológicos. El anciano los recibía sonriente y les invitaba a sentarse a su alrededor. Los más afamados jefes estaban allí presentes: Tucapel, el fiero y de valor desbocado, señor de tres mil vasallos; Angol, joven y valiente, jefe de cuatro mil; Paicabí, Lemolemo, Gualemo, Elicura, quizás el más fuerte de Arauco, todos aguardando el instante del Consejo. Se hallaban en un sitio de incomparable belleza; era un claro en el bosque, guarnecido de flores; el viento fresco y suave pasaba entre los árboles con un ligero murmullo; un arroyo claro corría a través del prado y alrededor del gran círculo, en forma de plaza o de anfiteatro, había enredaderas que eran como un cortinaje de hojas para mantener el lugar fresco y en sombra. Cuando el sol apuraba su descenso y los tonos del crepúsculo se quebraban en los canelos, Colo-Colo ordenó que se sirviera la comida; los araucanos, igual que

nuestras gentes del campo hoy día, gustaban del maíz para celebrar las grandes ocasiones; en el frescor del atardecer, la tierra chilena suelta sus aromas. Cuando la sombra se hace más densa, de las fogatas empieza a salir el aroma de la carne asada; los jugos se quiebran y chillan sorbidos por el hambre de las brasas; las viejas dan los últimos toques a la mazamorra de choclo y la chicha hierve su sabrosa espuma, que es como un encaje de flores.

Los araucanos comen con entusiasmo y beben sin control; la chicha hierve en los cachos y hierve en el vientre, y hierve en el cerebro; es como si uno se tragara la furia de un toro y el canto de los zorzales, mezclado; dan ganas de pelear y de ponerse romántico. Los caciques beben y comen bulliciosamente. Colo-Colo les deja hacer, observa sus actitudes, ya descontroladas por la bebida, y escucha su provocativo lenguaje; el anciano sonríe; son buenas gentes, son valerosos y jóvenes; lo importante es saber encauzar ese valor y esa juventud, y ésta será su tarea. Ha notado con sobresalto, eso sí, que su mejor hombre, el cacique más afamado de Arauco, no está presente. No es posible que haya desobedecido su llamado; algo debe haberle sucedido, quizás se trata de un atraso solamente. Pero, de todos modos, Colo-Colo no desea empezar el Consejo, ni mucho menos elegir al Toqui de Guerra estando Caupolicán ausente. Trata, pues, de alargar la comilona y de estimular la charla de los caciques; pero los caciques han bebido demasiado; sus voces han ido adquiriendo volumen y los conceptos se hacen cada vez más insultantes, hasta que la reyerta parece inevitable. Discuten

sobre los méritos de cada uno... Tucapel, el más soberbio y más insolente de todos, dice:

—Ninguno se me iguala en valentía y estoy dispuesto a probárselo a quien quisiere...

A lo cual Elicura responde:

—Solo a mí corresponde dirigir esta guerra, y quien piense de otro modo ha de probar el temple de mi lanza.

Lincoyán, rabioso y arrogante, agrega:

—Todas vuestras palabras son mero devaneo; señor del mundo puedo ser con esta lanza en mi mano.

Así la discordia crecía, las lanzas relumbraban en las manos poderosas de los jefes indios, listos para medirse; era ya un ruido infernal; las mujeres se habían retirado a las rucas, y desde allí, a través de las totoras, observaban la violenta escena. Colo-Colo se dio cuenta de que, al no intervenir, la reunión corría el peligro de ser un fracaso; pero, desgraciadamente, Caupolicán no llegaba, Caupolicán que valía más que todo un puñado de estos caciques ruidosos y pendencieros. El viejo toqui pensó rápido y forjó una triquiñuela para postergar la decisión y acallarles al mismo tiempo. En medio del griterío su voz se hizo oír, y como por milagro silenció todas las demás voces, todos los ruidos; fue como si el tiempo hubiera caminado en puntillas para escucharle. Colo-Colo ocupaba el centro del estrado, en una mano sostenía el ramo de canelo, que era la insignia de su mando, y en la otra, una saeta ensangrentada cuya punta dirigía hacia donde el ataque sería llevado; con calma y pensando muy bien sus palabras; usando el estilo

oratorio que era común entre los araucanos, hizo aquella arenga que después fue recogida por la historia, y es hoy uno de los emblemas de la libertad y del heroísmo que el pueblo chileno admira:

—Caciques del Estado defensores, no es la codicia del mando que inspira mis palabras, porque según mi edad, ya veis, señores, que estoy al otro mundo de partida; mas el amor que siempre os he mostrado, me incita ahora a bien aconsejaros. ¿Es que vamos a pretender honra y fama, cuando no podemos negar al mundo que estamos subyugados y vencidos? Estando oprimidos por los españoles, vuestra furia debíerais desatar, no contra vosotros en esta reunión de hermanos, sino contra el cruel enemigo en el campo de batalla. Resistid al tirano, tomad las armas y con ánimo furioso volvedlas contra los pechos de aquellos que os han puesto en dura sujeción; botad el yugo vergonzoso, pelead con valor y no desperdiciéis la sangre del Estado, que se precisa para conseguir nuestra redención. Iguales sois en valor y fortaleza; el cielo os igualó en el nacimiento, pero ha de haber un capitán que nos gobierne a todos...

El silencio entre los caciques se hizo más pesado, la expectación de todos pendía de los labios del anciano, que en esos momentos parecía prepararse a decir el nombre del elegido; pero Colo-Colo era muy sabio y admiraba mucho a Caupolicán, y sabiendo que éste no se encontraba entre los oyentes todavía, dijo tan solo:

—El capitán será quien pueda sustentar por más tiempo un tronco de árbol sobre el hombro. ¡Y pues que vuestra

condición es igual y no se ofrece ventajas para nadie, procure cada cual de ser más fuerte!...

Un murmullo sordo siguió a las palabras del toqui; en parte les había defraudado; no había querido hacer una elección inmediata. Pero luego de algunas discusiones, los caciques, entusiasmados por la idea de rivalizar públicamente, aceptaron con calor y se dispusieron a la prueba. Un gran tronco fue traído; imposible sería decir cuánto pesaba, pero sabiendo que era un tronco macizo, que apenas podía rodearse con los dos brazos, podréis imaginaros el peso con que esos valientes iban a cargar sus espaldas.

El primero en someterse a la prueba fue Paicabí, quien, parado, en medio de la expectación de los otros, sostuvo el tronco durante seis horas. Luego Cayocupil lo soportó cinco horas; ni Gualemo, ni Angol, fueron capaces de sobrepasar a Paicabí. Cuando llegó el turno a Purén, la expectación de los caciques fue en aumento, pues era reconocida por todos su fama de hombre fuerte y empecinado. Purén luchó contra el cansancio medio día, y entonces, agotado, hasta casi no poder dar paso, soltó el tronco y esperó que los otros le aventajaran. Tucapel, el hombre difícil del Consejo, pareció ser el vencedor de la prueba cuando, aventajando a Purén, se mantuvo catorce horas sosteniendo el gran peso.

Pero entonces se acercó al estrado el terrible Lincoyán, el hombre fuerte por excelencia; los demás callaron como previendo un acontecimiento. El cacique se sacó la manta y la echó con descuido sobre el prado; las espaldas aparecieron en toda su magnífica robustez; la carne morena, apretada y

firme, realizada por el vigor de los músculos que se dibujaban perfectos en el busto amplio, parecía hecha con las fibras de un metal fino y precioso. Se puso el tronco sobre los hombros y comenzó a correr y dar saltos para todos lados, queriendo demostrar a los otros lo poco que esa carga le significaba. Se mantuvo así un día entero, y luego, detenido, pero sin dar muestras de fatiga, sostuvo el tronco la noche y la mitad del día siguiente; cuando el sol llegó a la cumbre del cielo, sus espaldas estaban hinchadas, las venas del cuello se le habían abultado y su organismo entero parecía que iba a estallar; con un grito extraño, en que el orgullo, la cólera y la fatiga estaban mezclados, Lincoyán soltó el tronco y miró con desprecio a sus rivales.

No hubo duda ya de quién sería nombrado Toqui de Guerra; aun Colo-Colo, que durante la prueba se había mantenido mirando hacia los senderos del bosque y ansiando ver llegar a Caupolicán, pensó que su estrategia para ganar tiempo había fallado, y que, finalmente, tenía que nombrar a Lincoyán. Se había puesto de pie, y se disponía a anunciar el veredicto, cuando, ante la sorpresa de todos y la alegría de muchos que compartían las preferencias del anciano, Caupolicán apareció en la palestra. Había caminado días y noches desde su lejano pueblo, para llegar hasta el Consejo; se notaba cansado y triste, pues creía que la reunión ya había terminado. Colo-Colo, al verle, se adelantó y saludándole sonriente, le dijo:

—Caupolicán, hijo predilecto de Arauco, llegas en esta hora de grave significación para nuestro pueblo como enviado por los espíritus. Tú solo puedes competir con el

gran Lincoyán, en esta prueba de fuerza en que se ha de elegir al jefe de nuestros ejércitos. He aquí este tronco de árbol; Lincoyán lo ha sostenido durante un día, una noche y medio día; si tú eres capaz de superarle, en ti recaiga la responsabilidad de esta campaña; si Lincoyán no es vencido, sea él nuestro único capitán, y a él obedezcamos todos, gentes de Arauco.

Caupolicán iba a despojarse de su poncho, dispuesto a someterse a la prueba de inmediato, pero un rumor de protesta se elevó entre los caciques; Caupolicán estaba agotado por la caminata a través de la selva.

—Que se le deje reposar hasta el nuevo día...

Fue la opinión de todos y a ella se sometieron Caupolicán y Colo-Colo. La noche transcurrió en medio de acaloradas disputas, apuestas que se cruzaban y más libaciones. Caupolicán acompañó al Toqui de la Paz hasta su ruca, y allí, sentados en el suelo junto a la hoguera que siempre se mantenía en las rucas, conversaron sobre el destino de la patria. Caupolicán era "un varón de autoridad, grave y severo", duro y decidido, firme para mantener sus opiniones y llevar a cabo sus empresas. Había nacido tuerto, y ese defecto, que daba a su cara un aspecto feroz y un poco tétrico, no era desmedro para su habilidad física, y sí parecía ser un símbolo de su personalidad; era difícil de entender en sus designios, así como era difícil coger la vaga y rápida expresión de su único ojo; era terco y duro y parecía conducir su vida y la de su pueblo como deben haberlo hecho los cíclopes en su tiempo, siempre hacia adelante.

La noche pasó rápida, y aun no había retirado la pedrería de su manto de rocío, cuando el sol quebró los picachos de los Andes y se deslizó quebradas abajo como un baño de oro sobre la verdura de los bosques y la espuma fresca de los ríos. Los caciques, refrescados por la brisa del amanecer, aguardaban el instante de ver a Caupolicán en acción. Colo-Colo había ocupado el centro de nuevo, y, anunciando el comienzo de la prueba, se retiró para darle paso.

Caupolicán, desnudo el torso, cogió el tronco del suelo como si hubiese sido una varilla y se lo puso sobre un hombro. En los rostros de la indiada se veía el asombro y la admiración; Lincoyán se había puesto pálido, su victoria se tornaba dudosa. El tuerto cacique caminaba de un lado para otro, sin reflejar el menor esfuerzo, ni tampoco la menor impaciencia. Su único ojo miraba con imprecisión hacia el horizonte; su boca estaba cerrada en un gesto de porfía. Su cuerpo era un canto vivo a la grandeza de Arauco; su cabeza, bien modelada, coronada por cabello negro y rebelde, se mantenía erguida; el cuello era grueso como el de un toro y apenas ensombrecida la nuca por un vello moreno que parecía la pluma del ala de un tordo. Sus espaldas eran enormes, gruesas, pesadas; la musculatura de los brazos y las piernas era materia viva, casi independiente del resto del cuerpo, como pequeños organismos trabajando a alta presión. Con el tronco a la espalda anduvo un día y una noche, y un segundo día y una segunda noche. Cuenta la crónica de un poeta que en esta segunda noche la luna se detuvo en el cielo para ver tamaño milagro de fuerza. Ni la

fatiga, ni la impaciencia turbaron al cacique en su proeza; caminando siempre con su tranco viril, la cabeza alzada y el ojo vagando por la lejanía, llegó al tercer día, y cuando vio el sol sobre los Andes, dio un salto enorme, como un puma al ataque, y lanzó lejos el tronco de sus hombros, demostrando que guardaba energía para otra jornada por lo menos. Colo-Colo interpretó el sentir de todos cuando pronunció la sentencia:

—Sobre tan firmes hombros la causa de Arauco descansa desde ahora.

—¡Veyllechi! ¡Veyllechi! —gritaron al unísono los caciques, lo que significaba: ¡así es!, ¡así es! Luego hablaron otros, todos en estilo oratorio, profiriendo amenazas contra los españoles, y alabando al nuevo Toqui de Guerra. Cuando el último orador abandonó el estrado, todos cogieron sus lanzas y las levantaron sobre sus cabezas; luego, sin que un sonido saliera de sus labios, patearon el suelo con todas sus fuerzas y pareció que la tierra entera temblaba. Trajeron entonces un guanaco y lo mataron, y con toda prisa le arrancaron el corazón que, palpitante todavía, pasó de mano en mano; los caciques se acercaban el corazón a la boca y se untaban los labios de sangre y luego untaban sus armas. Así el pacto de guerra quedaba sellado y elegido el gran capitán que debía conducirles a la victoria.

Caupolicán no vaciló en hacerse cargo de la campaña; el golpe inicial de la insurrección contra el poder español debía darse rápidamente y con éxito. Una victoria araucana sería la voz de alarma para todas las tribus de Chile, que

se levantarían en un solo día y a una misma hora. Planeó, pues, un ataque contra un objetivo inmediato. Reunió a ochenta de sus mejores hombres, y, dándoles toda clase de instrucciones, les envió al fortín español de Arauco.

Los indios se acercaron al fortín cargados de leña, dando muestras de gran humildad y cansancio; los centinelas les dejaron entrar al verles tan pobres e inofensivos. Caupolicán, mientras tanto, se había colocado con su ejército en sitios estratégicos a la entrada del fortín, y cortando todos los pasos. Esta fortaleza, que había sido construida por orden de Valdivia, tenía sólidos y anchos muros y estaba rodeada por un foso que mantenía al enemigo a la distancia. Adentro había una pequeña fuerza de caballería y arcabuceros. Cuando los ochenta indios llegaron a la plaza del fortín, botando sus cargas sacaron las lanzas, arcos y mazos que llevaban escondidos, y con un griterío ensordecedor atacaron a la guarnición. La pelea se hizo de inmediato encarnizada; los españoles, tomados por sorpresa, apenas tuvieron tiempo de recoger sus espadas y ponerse las corazas; retrocediendo, pero devolviendo golpe por golpe, rechazaron la embestida araucana. Luego pasaron al ataque, y con ayuda de sus arcabuces y sus cabalgaduras, empujaron a los indios hasta la entrada, y allí les dieron tan enérgico castigo, que éstos no pudieron menos que retirarse. Caupolicán, viendo a sus soldados luchar en la puerta, se abalanzó con su gente, pero llegó demasiado tarde, pues los españoles, librándose de sus últimos enemigos, alzaron el puente levadizo del fortín, aislándose contra todo ataque desde afuera.

De este modo el resultado del combate quedaba indeciso; pero no olvidemos que era época en que los actos de valor individual pesaban más que las acciones colectivas; la época romántica de los soldados de Carlos V, que gustaban más de los duelos singulares que de las oscuras matanzas en los campos de batalla. Sucedió que un joven soldado español, pensando en que la escapada de sus huestes era más bien innoble y afrentosa, decidió bajar el puente y afrontar solo la embestida de los bárbaros. Con ello quería, tal vez, dar un ejemplo de valor a sus compañeros, o quizás, lo hacía con el pensamiento puesto en la lejana Europa, donde alguna joven señora esperaba oír de sus acciones de gloria. Salió el mozo frente a los araucanos, y a voz en cuello les desafió a combatir. Los araucanos, que no entendían de esta clase de romanticismo, se abalanzaron en tropel y, rodeando al joven español, comenzaron a golpearle. Los de adentro, viendo a su camarada en tal mal trance, decidieron salir, y así, por segunda vez, los bandos tuvieron que enfrentarse; pero ahora las fuerzas araucanas eran muy superiores en número y contaban con el brazo de Caupolicán, que con cada golpe volaba, por lo menos, cuatro cabezas...

La victoria se decidió rápidamente; los españoles se retiraron una vez más de la fortaleza para salir casi al instante, y, rompiendo con sus caballos por entre las filas de Caupolicán, huir hacia el fortín de Penco o Tucapel, donde esperaban llevar la noticia de la insurrección araucana y encontrar refuerzos.

De este modo Arauco obtenía su primera victoria; la rebelión contra la tiranía española se iniciaba con un golpe certero. Por primera vez los indios hacían huir a los semidiosos de los caballos y de los arcabuces; por primera vez, las tribus de Chile aprendían que el español no era invencible ni inmortal. El ejército araucano celebró aquella noche su primer triunfo y fijó sus ojos en Caupolicán con admiración y respeto. Pero el gigante tuerto no se durmió en los laureles, y antes de amanecer conducía ya sus huestes adelante; ahora iba contra Tucapel, otra fortaleza de Valdivia, y uno de los baluartes que más fama iba a adquirir en la historia de la liberación araucana, por los acontecimientos que allí tuvieron lugar.

Una saeta en la noche

No estaba lejano el día en que Don Pedro de Valdivia había llegado por primera vez al valle del Mapocho. Maltrecho y desesperanzado después de una larga travesía por el desierto, Valdivia había descubierto en febrero de 1541 una colina a cuyo alrededor se agrupaban numerosas tribus. Desde la cima, el Conquistador contempló el lugar y se dijo:

“He aquí que el Señor nos regala con la tierra prometida después de haber vencido el infierno del desierto.”

Ahora, al acercarse a Santiago, una impresión semejante le embarga. Hasta lo que puede alcanzar la vista desde el cerro Huelén —que así se llamaba el lugar desde donde Valdivia concibió Santiago, su obra maestra—, el valle no ofrece más que una fiesta de verdura y fertilidad a los ojos maravillados. Los alerces vibran en el aire y los cipreses se aferran pesadamente a la tierra. De los ríos se escapan las acequias que van hasta la ciudad a correr por entre las ca-

sas y las avenidas como pequeños rapaces. En las mañanas una gasa informe empieza a deshacerse bajo la presión del sol y deja descubiertos las altas arboledas y los cauces que rumorean con tristeza. A lo lejos se adivinan los ranchos rodeados de solares, donde se ha improvisado una chacra. Las gallinas van por todos lados iniciando una conversación o una comida que no acaban nunca.

Suena la campana de la Viñita con alegría infantil. La bruma se detiene un instante en la cima del San Cristóbal, como un velo que se quedara prendido en la zarzamora y luego se escapa y se disuelve en el aire arrastrando un aroma confuso de yerbas. En 1552 las casas de Santiago empezaban a botar la paja y la madera, y se afirmaban en sólidos muros de adobes; grandes árboles echaban su sombra sobre los caminos de tierra. La Plaza de Armas era un solar donde la antigua tierra del Mapocho ensayaba sus primeros brotes de civilización.

Don Pedro de Valdivia no se daba cuenta de que amaba a Santiago sino cuando se alejaba de ella. Desde la tierra de Arauco regresó con el corazón ligero, inquieto y turbado, como un adolescente. La ciudad tiene un clima de romance que no la abandona jamás; tiene ciertas calles y avenidas, y árboles y casas, y ciertos paisajes que son íntimos y cuando se les mira se van adentro del alma y allí se quedan, y cuando uno se aleja, cobran vida y atormentan el corazón y dan nostalgia, y con la nostalgia vienen los suspiros y el ansia del retorno, y uno siempre vuelve, pero solo para volver a partir. ¿Qué cosa fatal obliga a Santiago a existir solo en el

recuerdo y la leyenda? Don Pedro la fundó como un asiento transitorio para los ejércitos y refuerzos que venían desde el Norte; allí se podría descansar, para luego continuar al Sur, donde realmente estaba el paraíso perdido. Desde su nacimiento, Santiago fue mirada en menos. Y a pesar de todos los sueños y las empresas de Don Pedro, Santiago creció y fue la única obra que le fue fiel y que cimentó su fama de Conquistador; creció; por sí sola hizo desde el vallecito del Mapocho lo que el Conquistador no fue capaz de hacer incursionando por las selvas y soñando con lejanos mares que lo llevarían hasta el fin del mundo.

Lautaro miraba la ciudad sin hacer comentarios, seguía a su señor con el sentimiento de ir penetrando en un nuevo mundo. Los habitantes de la capital recibieron al Gobernador con gran entusiasmo; era la primera vez que un guerrero español lograba volver victorioso de una campaña contra Arauco. Valdivia venía bajo la impresión de haber dominado el Sur de Chile para siempre, y así se lo contaba a todo el mundo, en la calle, en su casa, en la iglesia, dondequiera que hubiese un oído para su engolada oratoria. Los santiaguinos veían en él la única arma capaz de subyugar a los indios de Chile, y pensaban que mientras el Conquistador permaneciese allí, Santiago estaría seguro y ellos podrían trabajar en paz y a salvo de cualquier ataque inesperado.

La casa de Don Pedro de Valdivia fue adquiriendo cada vez más el prestigio de un palacio; allí venían los capitanes españoles, los magistrados, los comerciantes enriquecidos, las pocas familias que por entonces habían emigrado desde

España. Allí servía el Conquistador sus comidas y las damas lucían sus mejores trajes, y entre plato y plato se bebía "a la flamenca", los comensales diciéndose uno a otro: "¡bebo a vos!", mientras el vino brillaba como una granada en los pesados vasos de oro. Después de comer, los invitados jugaban gruesas sumas de dinero y —un poco aparte y con mucha cortesía— los primeros romances se iniciaban entre las muchachas recién venidas de España y los jóvenes guerreros del ejército de Don Pedro. Por las mañanas, el Conquistador oía misa y luego salía con sus amigos y se estacionaba a la puerta de la iglesia, contando en alta voz sus hazañas y discutiendo las noticias de Europa o los negocios de la Colonia.

Día a día, mientras tanto, Lautaro profundizaba más en la persona del Conquistador; ahora creía saber la razón que Valdivia y los suyos habían tenido para venir hasta América. Les oía hablar sobre fantásticas minas de oro y sobre un imperio que abarcaba todo el mundo y era regido por un solo hombre más poderoso que un Dios; les oía hacer planes para dominar a su pueblo, y arrancándole sus riquezas, llevárselas luego a Europa. Les oía también disputar cuando jugaban en las veladas nocturnas. Una vez el Conquistador se había apasionado durante el juego, y perdiendo todo control apostó varios miles de pesos contra un capitán; habiendo perdido, y no teniendo dinero a mano, ¡apostó un cacique!, y lo perdió también. Entonces, ante el asombro de Lautaro, negó toda la deuda e insultó a su adversario. Esa noche el indio sintió lástima por su señor; le vio tan insignificante y tan vil como el más indigno miembro de su tribu.

Los conquistadores solo tenían una meta: el oro, y un solo acicate: la codicia. A ellos no les importaba el pueblo que conquistaban, no se preocupaban por civilizarle, sencillamente le despreciaban, y sometiéndole por la fuerza a su dominio, le arrebatában su oro y sus cosechas, y luego, al verle vencido, le abandonaban. Lautaro aprendió entonces a despreciarles; ahora que conocía los secretos de su poder militar, que sabía cómo manejar un arcabuz y una pieza de artillería, que estaba familiarizado con el cuidado y el manejo de los caballos, ahora que conocía los móviles del Conquistador y sus secuaces, que había vivido en sus hogares y observado toda la miserable condición de su existencia, Lautaro no les temía, amaba más que nunca a su pueblo, y esperaba la oportunidad para liberarlo.

Una noche estaba Lautaro en las caballerizas del Conquistador cuando una voz en un suave susurro pronunció su nombre. El indio se sobresaltó; no estaba acostumbrado a recibir visitas durante su trabajo, mucho menos a esa hora. El lugar estaba apenas alumbrado por la luz parpadeante de una antorcha; ni un ruido venía de la calle, y de vez en cuando el relincho de un caballo o el choque de los cascots contra la piedra rompían el silencio. Lautaro prestó atención. La voz volvió a oírse y desde un rincón oscuro vio surgir una sombra; Lautaro retrocedió vacilando.

—Lautaro, no temas... —dijo la voz, y sonó tan suave, tan familiar, que el indio se detuvo y, tranquilizado, intentó hablar; pero la sombra se adelantó y, apareciendo ante la luz de la antorcha, no le dio tiempo para decir nada.

Lautaro estaba ahora tan sorprendido, que tal vez ni siquiera hubiera tenido voz para hacer la pregunta que le bailaba en los labios. Frente a él estaba la figura de una muchacha. No tendría más de dieciséis años; vestía como una española, pero se notaba en sus facciones que era una indígena; acercándose a él aun más, ella le tomó de la mano, y le dijo:

—Esta noche debes venir a casa de Francisco de Villagra; allí, en la solera, hay un hombre aguardándote; él me ha dicho que trae un mensaje para ti, un mensaje de Cayumanque... cacique de Arauco.

Lautaro no podía creer ni a sus ojos ni a sus oídos; ¿quién era esta muchacha que surgía en la noche como una aparición, que le hablaba con la voz de su raza, que le traía el nombre de Arauco y el de Cayumanque, el cacique y pariente de su padre? Mientras la muchacha hablaba, Lautaro advirtió que en los ojos de ella estaba la tristeza de su pueblo; sintió el calor que apretaba su mano, y su sangre, en rápida oleada, le conmovió hasta lo más íntimo de su ser.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Guacolda —dijo la jovencita, sonriendo.

—Gracias —dijo Lautaro—; esta noche iré a casa de Villagra a ver al mensajero.

Guacolda no dijo nada y soltándole su mano se alejó entre las sombras y desapareció tan misteriosamente como había venido. Lautaro se quedó largo rato reflexionando; el incidente le había impresionado profundamente; su mano todavía conservaba el calor de la mano de ella, en sus ojos estaba todavía la huella de su mirada, y en sus oídos, el eco

de terciopelo de su voz. Nada sabía de ella; era la primera vez que la veía, pero era también la primera voz hermana que le hablaba aquí en este momento extraño y enemigo. Guacolda le había traído el llamado de su raza; era como un símbolo, como la voz de su padre y de su pueblo, la voz de la selva que venía a despertarle recordándole su responsabilidad.

Lautaro reconstruyó su figura. Era esbelta y ágil, como las hijas de los caciques de Arauco; su piel era oscura y sus cabellos negros, sus ojos eran grandes y del color de las castañas, eran tristes y suaves y traían la voz de la selva al atardecer. Un caballo golpeó el suelo impaciente; en la casa del Conquistador reinaba el más completo silencio; Lautaro miró el cielo que estaba pesado de estrellas, y aspirando el aire tierno de la primavera, se levantó y dirigió sus pasos a la casa de Villagra.

Caminó con sigilo; habría sido peligroso toparse con alguien a aquella hora. El Gobernador había prohibido a los indios que transitasen por las calles de la ciudad en la noche. Cuando llegó a la casa de Villagra, Lautaro esperó vacilando, sin saber qué hacer. Pero pronto vio la figura de un indio que le esperaba ocultándose detrás de un árbol. Lautaro se le acercó, y le dijo:

—Soy Lautaro, hijo de Curíñancu.

El indio le miró largamente y luego, sin decir nada, le puso un objeto en la mano y se marchó. Lautaro, sorprendido, quiso detenerle, llamarlo, pero todo fue inútil; el indio corría lejos ya, tragado por las tinieblas. Entonces Lautaro, con temor, alzó el objeto que el otro le había dejado y lo puso

frente a sus ojos. A la luz de las estrellas, surgió la hechura fatídica de una flecha ensangrentada. Era la flecha de la guerra que venía desde Arauco, traída por los mensajeros de su pueblo a través de montañas, de selvas, de ríos, venciendo el tiempo y la distancia, dominando todos los obstáculos, aguda como el ojo del Dios de la venganza.

Lautaro sintió que en sus manos estaba el destino de su raza, y guardando la saeta se aprestó a partir. Pero, ante su sorpresa, descubrió que alguien más había estado contemplando la flecha con él. Era un soldado español; tal vez uno de los guardias nocturnos; en la obscuridad se destacaba su figura corpulenta y parecía una montaña junto al cuerpo joven y esbelto de Lautaro. En su mano brillaba la empuñadura de la espada. Lautaro hizo un intento de huir, pero el otro le cogió con su mano enorme y, sin darle tiempo para defenderse, le descargó un golpe terrible, dirigido a la cabeza, pero que le dio sobre el hombro. Lautaro se desplomó pesadamente y quedó en el suelo sin hacer movimiento; el soldado sintió con el pie la humedad de la sangre; con un rápido movimiento la confundió con la tierra, y dijo:

—Que les sirva de lección a los otros; estas bestias no aprenderán nunca a obedecer las órdenes del Gobernador...

Y se alejó sin mirar siquiera el cuerpo que allí dejaba. Para él la flecha no tenía sentido; Lautaro era un indio cualquiera que había desobedecido las órdenes del Conquistador caminando por la ciudad a una hora prohibida. Seguro de haberle dado muerte, continuó su guardia más orgulloso que antes de la fuerza de su brazo.

Lautaro permaneció unos instantes inmóvil, no sentía dolor todavía, pero era incapaz de todo movimiento. Parecía que todo el lado izquierdo de su cuerpo estaba sujeto por una cadena pesada y caliente; sentía correr la sangre por su hombro y no podía hacer nada para detenerla. Cerró los ojos. El silencio en aquella noche tan antigua era profundo. El viento de noviembre parecía traer polvo de estrellas; el verano de Santiago estaba cerca, se notaba su llegada en el sopor de los árboles, en el perfume de los naranjos que se hacía más intenso y sobre todo en la proximidad del cielo de un azul casi negro.

De pronto, sin haber notado un solo ruido, sintió que una mano se posaba sobre su corazón; era una mano pequeña; luego la sintió sobre la frente, y entonces tuvo la conciencia de ser acariciado por primera vez en su vida. Sin abrir sus ojos, supo que era Guacolda. Sintió su mano que pasaba sobre sus cabellos con una ternura que él no conocía, y, luego, sobre su hombro, la presión de algo que detenía la sangre. Allí, en las sombras, Guacolda le vendaba la herida, sin decir nada; Lautaro notó que por su rostro le corrían las lágrimas, y entonces le cogió la mano y con una ternura ciega, agradecida, de niño, se la besó. Entre lágrimas, ella trató de sonreír.

—Algún día te llevaré conmigo —dijo Lautaro—; volverás a ver a tu madre, vivirás de nuevo en la selva y serás mi esposa.

Guacolda sonreía; sus ojos brillaban más que la mejor estrella. Lautaro, casi desvanecido, sentía aquella manita sobre la frente, veía el cielo estrellado y bajo, y sentía el

aroma de los naranjos que le envolvía como en un sueño. Apenas, lejanamente, le oyó decir a Guacolda:

—Ahora debes hacer un esfuerzo y alejarte de aquí. Mi amo Villagra podría encontrarte y te mataría... Lautaro, ¿los hombres de Arauco te llaman?

El asintió débilmente.

—Algún día volverás y me llevarás contigo, ¿verdad?

Lautaro le besó la mano largamente sin responder; luego, con un gran esfuerzo se levantó; antes de perderse del todo, dijo con voz apenas perceptible:

—Te llevaré conmigo...

De su mente ya no podría borrarse la imagen de la indiecita cristiana que esa noche le había conducido hasta la flecha de la guerra y que había llorado, murmurando una plegaria, sobre su herida. En ella parecía que algo estaba naciendo: una nueva fe que estaba hecha con el amor que ella sentía por el Dios de los opresores y con el amor, tal vez más poderoso, que sentía por Lautaro, que iba a exterminarlos.

A la conquista de Arauco

Por aquellos mismos días Don Pedro de Valdivia tuvo noticias de que sus valiosísimos yacimientos de oro de Quilacoya estaban en condiciones de producirle un millón de pesos de renta al año. Esto le produjo una de las grandes alegrías de su vida; esta fortuna venía a ser la coronación de todas sus empresas; su codicia fue más intensa que nunca y, sin poder soportar su impaciencia, ordenó a sus soldados que estuviesen listos para marchar a Concepción antes de Navidad.

Lautaro, que, luego de reponerse de su herida, estaba haciendo planes para abandonar a Valdivia y huir hacia Arauco, se dio cuenta de que ésta era la ocasión que necesitaba. Se mostró más respetuoso que nunca, cuidó la caballeriza con especial celo y, cuando llegó el día de la partida, fue él quien sujetó las bridas del caballo en que montó el Conquistador. Actuando de este modo, el joven se había ganado un pres-

tigio en el ejército español que lo situaba en un rango muy particular; sabiéndolo hábil e inteligente, digno y valeroso, Valdivia habría querido darle un cargo de responsabilidad en sus campañas; pero Lautaro era demasiado joven, no tenía más de veinte años, y era, además, un indígena, lo que hacía imposible toda idea de mezclarse con los orgullosos capitanes españoles. Pero Valdivia encontró la manera de honrar a su paje; antes de salir en esta nueva campaña, le nombró capitán en jefe de todos los indios yanaconas que seguían al ejército español y que hasta entonces habían sido uno de los aliados más eficaces en la guerra contra Arauco. Los yanaconas eran gentes serviles y crueles; en la pelea se portaban feroces, pero generalmente no soportaban un ataque, y tan pronto como veían que el enemigo se afianzaba en sus posiciones y preparaba una carga, huían, dejando el campo a la caballería española. Lautaro asumió el mando sin mayor ostentación y montando en un brioso caballo overo, con un cuerno terciado al busto, condujo su ejército detrás del Conquistador.

En el transcurso de los días, cuando las marchas a través del valle central se habían insostenibles a causa de los soles de diciembre, los yanaconas aprenderían a respetar a su jefe y también a temerle, porque Lautaro —aleccionado por Valdivia, que en la guerra era implacable— sabía mantener la disciplina de sus hombres con mano de hierro.

Mientras Lautaro estuvo en Concepción y acompañó a su señor en las breves incursiones que éste hizo por las vecindades de Arauco, no dejó un instante de pensar en

Santiago. La ciudad le había transformado, le había hecho conocer otro mundo, otra civilización. ¿Quién pudiera decir los sueños que se mezclaban en la imaginación de Lautaro, cuando pensaba en Santiago? Tal vez soñaba con orientar a su pueblo, marchar a la capital y construir a su alrededor un Estado grande y poderoso: tal vez, un imperio, como aquel de la España lejana de que hablaban los soldados de Valdivia. Quizás en alguna parte de su corazón había el deseo de llegar a ser Gobernador como Valdivia, de montar en el más hermoso caballo, vestido con un jubón de terciopelo y medias finas, ceñida una brillante espada al cinto y rodeado de barbudos capitanes y de rubias damas de corte. Su pueblo estaba tan atrasado. Pero entonces venía el recuerdo de Guacolda y con él el de su padre, de su gente y el de la saeta ensangrentada. Sí, habría sido hermoso ser un capitán como Don Pedro de Valdivia; ir a misa todo engalanado, dar banquetes y beber en copas de oro; pero más hermoso que todo esto era la libertad salvaje de la selva, el viento de la cordillera, que azota y hiere, los ríos de Arauco que parecen ir apuñalando la tierra; más hermoso que el séquito español era el Consejo de los Caciques; más hermoso que el oro, el maíz dorado y fragante que acaricia con su aroma. Más hermosas que las damas rubias eran las jóvenes de su tierra, tiernas y abnegadas, nacidas con rayos de luna para suavizar la existencia de los guerreros; más hermosa que las capas de terciopelo era la piel morena de su gente, donde el sol, el viento y el mar dejaban su huella.

Lautaro amaba su país con amor de hombre; se sentía atado a su tierra igual que el árbol; se sabía hijo de la selva tanto como la vertiente es hija de la montaña. En la selva había crecido y jugado, los árboles eran como viejos amigos suyos, distinguía los pájaros por su grito y los frutos y las yerbas por su aroma. Solo en la selva podía vivir, allí estaba su hogar, allí, su familia; la selva era su país.

El Conquistador, en tanto, soportaba todo por el ansia del oro; todo su tiempo lo dedicaba a las minas, a procurarse más trabajadores, más herramientas, a extraer más metal. Había llegado a la cumbre del poder; famoso en toda América y España como el conquistador de Arauco, respetado por sus vasallos, enriqueciéndose rápidamente, todo parecía pertenecerle en esta vida. Había realizado sus mejores sueños. Pero su avaricia no tenía límites; su egoísmo era como una barrera que lo mantenía solo; apartaba a sus amigos y creaba una leyenda sombría a su alrededor. Pero no era solo la avaricia, sino también la crueldad, la que destruía la fama de Valdivia. Asesinaba indios por millares; en sus minas de Quilacoya los indios morían de hambre y de frío y eran azotados sin piedad. Así pasó el invierno de 1553. Valdivia, enriqueciéndose como vampiro a costa de la sangre araucana; Lautaro, callado, observando, aprendiendo.

Fue un domingo de diciembre, cuando el Conquistador había recién escuchado misa en el Convento de los Mercedarios y se aprestaba a almorzar, que la primera noticia de la rebelión de Arauco llegó a sus oídos. Su primer impulso fue el de no darle importancia; pero, al imponerse de que

los indios habían destrozado el fortín de Arauco y se dirigían hacia Tucapel, estalló su cólera y, reuniendo a sus capitanes, preparó la marcha para el anochecer del mismo día. Por sobre todo era la posibilidad de una rebelión en sus minas lo que más le impresionaba.

Lautaro, cuando supo las nuevas, no pudo reprimir una sonrisa de alegría y, palpando la saeta que guardaba bajo el poncho, pensó que la hora decisiva se acercaba.

Aquella tarde el Conquistador recibió una inesperada visita; estaba preparando su armadura asistido por Lautaro, cuando fue introducido a su presencia nada menos que Cayumanque, el Cacique de Arauco. Valdivia no supo en un comienzo qué pensar; Lautaro, sorprendido, abrió mucho los ojos, pero no dijo una palabra. Erguido, el indio esperó una señal del Conquistador para hablar:

—Vengo en son de paz—empezó diciendo—; he sabido que ciertos rebeldes se han levantado contra ti, y como tú has sido hasta ahora un buen amigo, vengo a ofrecerte mi ayuda.

Mientras hablaba ni una vez dirigió su mirada a Lautaro; parecía no haber notado siquiera su presencia.

—Es muy generoso de tu parte—respondió Valdivia, pensando que tal vez la ambición del indio o el miedo lo hacían traicionar a sus hermanos—; en mi ejército habrá un puesto para ti y tus hombres.

—Acepto el puesto para mis hombres, tres mil flecheros—dijo el cacique—; pero no para mí, mi brazo está ya viejo y cansado y de nada te serviría en una batalla...—Y después de una pausa—: Pero aquí tienes un hombre joven y valeroso,

un hijo de Arauco, como yo, que seguramente se sentirá honrado de servirte...

Por primera vez las miradas de los indios se encontraron. La de Lautaro era fría y despreciativa, miraba con odio y no se dignó responder. La del cacique era dulce y triste, como reflejando el sufrimiento que cada palabra dicha le había producido. Valdivia miró por un largo rato al cacique; en su cerebro de viejo guerrero pesó todas las posibilidades. Tres mil flecheros eran un aporte magnífico para su ejército; pero solo podía tratarse de una simple traición; era cierto que Cayumanque había sido hasta entonces un indio amigo y pacífico, pero los rumores que le habían llegado eran de que la rebelión se extendía y parecía ser nacional; era realmente extraño que el Cacique de Arauco no estuviera con las demás tribus. Luego miró a Lautaro, y éste, con su actitud digna, serena, sostuvo su mirada; en esos momentos cruzó por la mente de Valdivia, en un segundo, toda la existencia de Lautaro a su lado. Sorprendido, se dio cuenta de que, a pesar del tiempo que Lautaro había sido su paje, no podría haber dicho que le conocía. El indio había sido siempre reservado, impenetrable; nunca le había hablado con intimidad; nada sabía de sus sentimientos, de sus ideas; ignoraba si algo había cambiado en su vida, en su mentalidad en otras palabras; después de tres años de tenerle a su servicio, Valdivia no sabía si su paje era realmente "su paje" o si era todavía el mismo indio que una noche recogiera en Andalién.

Lautaro no había sido un sirviente en casa de Valdivia, sino un cautivo; no había sido "un lacayo de su corte", sino

"un prisionero de guerra que seguía en su campo militar". Pero había tal serenidad y tal firmeza en la presencia de Lautaro, que el Conquistador una vez más le sonrió con estimación y le dijo:

—He aquí tres mil flecheros más que engrosarán las filas de tu ejército.

Lautaro asintió ligeramente, mientras el cacique, con una gran reverencia abandonaba el aposento.

Esa noche fue actividad y movimiento en Concepción. Los soldados se despidieron de los suyos y luciendo brillantes corazas, cascos empenachados y pesadas tizonas, montaron a caballo y aguardaron que el Conquistador les pasara revista. La ciudad vivía en un clima de guerra; situada en la frontera de Arauco, estaba siempre aguardando el ataque, que, desde cualquier lado que viniera, siempre habría de traerle desolación y muerte.

El Conquistador montaba en un brioso caballo e iba vestido como un príncipe; su traje era tejido de verde y púrpura y recamado con rica plata y oro; se cubría con un fuerte peto y la celada era de brillante acero, coronada por un racimo de esmeraldas. Al paso lento de su caballo, empezó a revistar su ejército. Algunos soldados sostenían una antorcha en la mano y el fulgor era lúgubre y hacía brillar los ojos de los caballos como si hubieran sido monedas de cobre. Los rostros barbudos se veían casi rojos y estaban brillantes de sudor; sobre los cascos, algunos lucían penachos encarnados y sobre los escudos había leyendas o dibujos. Las banderas del emperador Carlos V flameaban en la noche

como pájaros gigantes. Cuando Valdivia se acercaba, Lautaro hizo sonar su trompeta y su ejército entero golpeó el suelo con los talones, produciendo un ruido de torrente. El Conquistador, orgulloso de su poder, confiado en la fuerza invencible de sus hombres, se puso a la cabeza e inició la marcha. Desfilaron los arcabuceros, luego pasó la caballería y por último Lautaro con sus flecheros. Los habitantes les vieron despedirse en las tinieblas, y durante mucho rato escucharon el redoblar de los tambores y los gritos de los indios, que se daban ánimos mientras avanzaban.

El ejército marchó de este modo hasta las minas de Quilacoya; el Conquistador, dispuesto a evitar cualquier sorpresa, ordenó la construcción de un fuerte y encerró a los veinte mil indios que allí trabajaban. Entretenido en estos menesteres, perdió días preciosos; pues, mientras tanto la rebelión cundía por todo el país y las huestes de Caupolicán, el Toqui de la Guerra, continuaban su avance victorioso. Desde las minas, Valdivia se fue a Purén a obtener refuerzos y pasó por Arauco, que había sido destruido por Caupolicán inmediatamente después del gran Consejo de Caciques. Más encolerizado aún, al ver las ruinas de su fortaleza, el Conquistador ordenó marchar hacia Tucapel, donde esperaba hallar más refuerzos españoles. El día 24 acampó con toda su gente; hizo decir una misa al cura que lo acompañaba y luego discutió sus planes con sus hombres de confianza.

Lautaro, mientras tanto, había sido avisado por uno de sus yanaconas de que un hombre importante deseaba verlo.

Sentado junto a su campamento, con toda la arrogancia de un capitán, Lautaro ordenó que el hombre fuera traído a su presencia; su sorpresa no tuvo límites cuando reconoció en el visitante el rostro de Cayumanque, el Cacique de Arauco. Esta vez el cacique no se veía ni triste ni paternal; su mirada tenía el frío de un puñal; con voz apagada, pero firme, dijo a Lautaro:

—Hijo de Arauco, tu pueblo viene a ti a pedirte que le ayudes. Todos los espíritus de nuestra raza aguardan el resultado de la batalla. Arauco va a pelear por su libertad contra el invasor extranjero. En tu mano está la flecha de la guerra; en tus manos he puesto yo las flechas de tres mil guerreros. Ayúdanos; usa esas flechas contra el invasor y no contra tus hermanos.

Lautaro comprendió entonces en toda su magnitud el gesto del cacique; recordó su actitud de desprecio cuando lo había visto ofrecer sus soldados a Valdivia y sintió vergüenza de su torpeza. El cacique le acababa de dar un lección de patriotismo y de astucia.

—En mi poder está la flecha de la guerra —repitió Lautaro; pero no prometió ni aclaró nada. El cacique notó, sin embargo; la decisión de sus ojos, y sin decir más se alejó pensando que en las filas mismas de los españoles su pueblo tenía ahora un aliado.

Durante la noche, los españoles, de acuerdo con su costumbre, encendieron grandes fogatas y se mantuvieron alertas. Pero nada sucedió. Había, sin embargo, una amenaza pendiente en el aire; el silencio de la selva era

demasiado perfecto para ser normal. Los españoles echaban de menos la muchedumbre de sombras y las flechas traicioneras que les habían seguido a todas partes en su primera campaña contra Arauco. En los matorrales no se oía ahora ni un ruido. Parecía que los habitantes todos de Arauco, obedeciendo a una sola consigna, esperaban escondidos en alguna parte el instante de echarse sobre los españoles con todo su empuje.

Pedro de Valdivia, por primera vez en su vida de guerrero, había sentido el temor de ir entrando a la muerte por un camino sin salida. Le parecía que su ejército era insignificante comparado con el poder de estas selvas y de estas montañas que escondían la furia de todo un pueblo, de toda una raza. Se sentía atrapado; no sabía dónde estaba el enemigo ni quién era; le habían dicho que la rebelión era nacional y que Caupolicán tenía varios miles de soldados consigo. Varias veces se sintió tentado de retroceder; un vez lo insinuó a sus capitanes, pero éstos, que eran gente joven, inexperta y bravía, desecharon con desprecio la idea. El Conquistador, no obstante, sabía que a cada paso que daba en la selva se iba introduciendo más y más hondo en una trampa, de la cual sabe Dios si sería capaz de escapar con vida.

Al día siguiente, al amanecer, los españoles continuaron su avance. El enemigo no se veía por ninguna parte. Valdivia, cada vez más temeroso, envió una partida de soldados con la orden de comunicar inmediatamente a la retaguardia si notaban algo anormal. Pasaron las horas y la avanzada no volvía. Cansado el Conquistador, ordenó seguir la marcha.

Muy pronto un grito de horror se escapó de los que iban al frente. Sobre el suelo yacía un brazo ensangrentado. Nada más que el brazo; los españoles pudieron reconocer restos de un jubón y la piel blanca de uno de sus compañeros. Pálidos, con el corazón a saltos y sin decir palabra, siguieron adelante. Y entonces el horror no tuvo límites; de los troncos de los árboles colgaban las cabezas de los soldados españoles y por todas partes, repartidos en espantoso desorden, los restos de los cuerpos descuartizados.

Valdivia sintió el frío de la muerte sobre su espalda. Miró a los suyos y no dijo nada; en su corazón el temor, la indignación y la pena se mezclaban. Cogiendo la brida y espoleando con furia a su caballo, se puso al frente de sus tropas y, con repentina e inquebrantable decisión ahora, avanzó en busca del enemigo. Todos los demás apretaban los labios mientras empuñaban con mano firme las espadas. Llegaron por fin sobre una loma; desde allí podían ver, a lo lejos, el fuerte de Tucapel. Todo se veía tranquilo; parecía como si jamás un ser humano hubiera pisado antes esas soledades. Al acercarse notaron con asombro que por sobre las murallas del fuerte se alzaban débiles columnas de humo. Valdivia tuvo un presentimiento; cuando se halló más cerca ya no tuvo dudas. Lo que tenía delante no era sino las ruinas del fuerte de Tucapel. ¿Qué había sido de sus defensores? ¿Qué de los refuerzos que él esperaba encontrar allí? Todos contemplaban mudos de asombro el aspecto tétrico del fuerte cuando un ruido tremendo, ensordecedor, atronó el aire. ¡Los indios!... ¡Los indios!...

Frente a frente al ejército español, como un alud, surgió una masa compacta de araucanos gritando y provocando a sus enemigos al combate. Valdivia espoleó su caballo que levantó las patas delanteras como en un gesto de espanto y, sin vacilar, dividió su tropa en cuadrillas y envió la primera a detener el choque de los araucanos.

El conquistador y el héroe

Y entonces comenzó una de las batallas más sangrientas de que se tiene memoria en la crónica de la conquista española de Chile. La primera cuadrilla española era comandada por un valeroso oficial llamado Bobadilla. Avanzaron éste y su caballería hasta chocar contra la primera fila de araucanos; ante el embiste furioso de los caballos, los lanceros indígenas cayeron como figuras de cera y los españoles avanzaron un gran trecho a galope tendido; creyendo en una victoria rápida, Bobadilla y los suyos apuntaron sus lanzas contra lo que ellos creyeron la última línea araucana. El ejército de Caupolicán se había abierto como un abanico y dejaba entrar en su seno a la caballería enemiga; de pronto, Bobadilla fue envuelto por los dos flancos. Valdivia le perdió de vista. Pero todo fue cosa de pocos minutos, porque pronto se volvieron a abrir los tentáculos araucanos y en medio solo quedó un montón de cadáveres y de caballos despanzurrados.

Caupolicán había destrozado limpiamente y con increíble presteza una de las mejores columnas del Conquistador.

Los españoles parecieron vacilar por un instante; pero, en seguida, Valdivia ordenó a su sargento acometer con toda su gente. Lautaro, mientras tanto, había sido ubicado sobre una pequeña loma con todos sus flecheros; Valdivia le reservaba para el último momento.

El segundo batallón español avanzó a rienda suelta contra los araucanos; esta vez el choque fue frontal; los indios no se abrieron, por el contrario, habían engrosado sus filas de tal modo que los españoles chocaron contra una verdadera muralla de picas y mazas. El resultado de esta escaramuza fue aun más rápido y espectacular que el otro; los españoles fueron masacrados casi al instante mismo de entrar en contacto con el enemigo. Valdivia se dio cuenta en un segundo del peligro inmenso que corría; estaba siendo vencido por dos enemigos terribles; la sorpresa y la inferioridad numérica. Ni él ni los suyos habían esperado nunca enfrentarse a un ejército de diez mil araucanos bien armados, con tácticas de guerra preparadas y dueños de semejante coraje y decisión de vencer. Advirtiendo que en esos momentos se jugaba su destino, como buen aventurero que era, decidió arriesgar el todo por el todo, y se lanzó a la cabeza de sus tropas contra el corazón mismo del ejército araucano.

Los caballos avanzaron primero al trote, luego al galope y, por fin, a toda carrera; se oyó como un ruido subterráneo; los caballos llevaban casi desorbitados los ojos, las colas volando al viento, las orejas tensas anunciando el peligro. Los españoles gritaron:

—¡Santiago, españoles!

Y los indios contestaron con sus gritos terribles, como de bestias feroces. Cuando el choque se produjo fue como si toda la tierra hubiera temblado. Los españoles atravesaron las primeras filas enemigas cercenando brazos, cabezas, piernas; las grandes espadas trabajaban como máquinas de muerte sobre la carne desnuda de los indios. Las lanzas, las flechas, las piedras que los araucanos lanzaban con sus hondas chocaban contra los petos y los escudos sin producir más que abolladuras. En cambio, los cuchillos españoles cortaban con la velocidad del rayo. Caupolicán apeló a sus maceros; los más fornidos mocetones, lo más selecto de su ejército, el arma más poderosa de Arauco. Estos blandieron sus pesadas mazas, grandes como troncos, y las descargaron sobre el enemigo derribando hasta caballos con el lomo entero quebrado. La sangre cubría el prado; las figuras de los combatientes eran apenas discernibles. Era la época de las batallas cuerpo a cuerpo; cuando los soldados se veían la cara y se reconocían por los nombres. La época en que el hombre peleaba frente al hombre, cuando había héroes y duelos singulares y cuando las tropas, en lo mejor de la pelea, se detenían para descansar y refrescarse y luego volvían a enfrentarse con más furia. Los adversarios se gritaban insultos y aun discutían, y cada bando se animaba con sus respectivos gritos de guerra. Había tiempo aún para que los capitanes arengaran a sus soldados y para que los generales cambiaran sus tácticas en el campo mismo de batalla.

La embestida de los españoles fue tan tremenda, tan impetuosa, que arrasó con el enemigo. A Valdivia le volvió el alma al cuerpo y, gritando su ¡Santiago, españoles!, se dedicó a hacer proezas de maestría a costa de las cabezas araucanas.

Sobre una loma vecina los ancianos caciques presenciaban la batalla; de la alegría del triunfo habían pasado a la incertidumbre, primero, y luego a la desesperación. Era casi increíble que las fuerzas de Caupolicán, después de haber estado tan cerca de la victoria, se hallaran ahora a la defensiva o, más bien, en franca retirada. Colo-Colo, con su mirada buena e inteligente, observaba las acciones sin hacer comentarios. En sus ojos ardía una fe inextinguible. Cayumanque mantenía su mirada fija sobre la loma en que se hallaba Lautaro con sus flecheros. “¿Será posible? —pensaba—, ¿nos habrá traicionado?, ¿nos irá a abandonar en esta hora decisiva para su pueblo?” Sus ojos no podían aún encontrar la respuesta a estas preguntas.

De pronto; cruzó el aire un sonido agudo, estridente, como una saeta invisible. Era la señal de alerta con que Lautaro movilizaba sus tropas. Los españoles sintieron correr un frío por la espalda; por un instante detuvieron sus espadas y se miraron extrañados; el Conquistador miró hacia el lugar donde sonaba la trompeta. La duda y el temor les paralizó, pero, luego, continuaron su tarea de exterminio. Caupolicán y los suyos seguían retirándose.

Mientras tanto sobre la loma, Lautaro, erguido sobre su potente caballo, con su lanza firmemente apretada bajo el brazo, arengaba a sus soldados.

—¡Hijos de Arauco! Ved cómo aquellos temerosos y vencidos huyen enlodando la fama de valientes que los araucanos en mil años han ganado. Perderéis vuestras leyes, fueros y derechos y os harán siervos si hoy no sabéis defender vuestra patria de los extranjeros invasores. No os he conducido aquí para que derramáis la sangre de vuestros hermanos, os he traído para que libertéis a vuestra patria y dejéis al mundo una eterna historia. Notad la impotencia de los españoles, ya no tienen aliento, sus caballos tienen las ijadas bañadas en sudor y en sangre. Convirtamos esta derrota en la mejor victoria del pueblo araucano. Vamos a probar con nuestros brazos que ésta es aún la tierra de la libertad. ¡Soldados de Arauco, por nuestra independencia, por la defensa de nuestra tierra, al ataque!

Un clamor inmenso saludó la arenga del caudillo que recién nacía a la historia de América. Lautaro encabritó su caballo y, seguro de su gente, se lanzó loma abajo contra las victoriosas huestes de Valdivia. Los españoles, al verse atacados por un flanco, se desconcertaron y distrajeron sus fuerzas. Al principio no se dieron cuenta de la situación; pero al ver a Lautaro que avanzaba al frente de sus indios, comprendieron lo que acababa de suceder. El Conquistador Valdivia no tuvo siquiera tiempo de reflexionar; sus ojos se fijaron en Lautaro, agrandados por el asombro, primero, luego por la rabia y el despecho.

Lautaro fue rápidamente rodeado por los españoles, pero se defendió con maravillosa agilidad; sabía manejar maestramente su caballo y su lanza; de un golpe atraviesa a uno por el costado, salta y revuelve su caballo y golpea y hiere

una y cien veces. Su lanza atraviesa la pierna de un español y allí, en el esfuerzo que hace por sacarla, se quiebra y queda desarmado. Con un salto de tigre se desmonta y apoderándose de una maza que recoge en el suelo, la esgrime sobre su cabeza como si fuera una frágil varilla, golpea y echa por tierra a sus enemigos y se abre paso. Avanza solo por el medio de la caballería española hiriendo y destroncando adversarios; los españoles están espantados ante semejante hazaña de valor y de fuerza. Tras él los yanaconas van clavando sus flechas en cada punto libre que dejan las armaduras y los arneses españoles. Caupolicán, que ve avanzar de este modo a su nuevo aliado y caer a los españoles por docenas, vuelve al ataque con sus tropas. Sobre la loma vecina, los caciques celebran entusiasmados el nuevo giro que ha tomado la batalla.

Lautaro parecía avanzar con un objeto definido; no lo detenían ni caballos, ni espadas, ni arcabuces; pasaba por entre todos, veloz como un pájaro de rapiña, sólido como un puma. Al fin su carrera pareció haber terminado; cubierto de sangre, de sudor, se encontró frente a frente al Conquistador Valdivia. Los dos hombres se midieron con la mirada. Valdivia podría haber sido el padre de Lautaro. Pero ahora, en la batalla, el valor y la maestría en el manejo de las armas les igualaba. Allí estaban frente a frente, Don Pedro de Valdivia, capitán del ejército imperial de Carlos V, vencedor en Flandes y en Pavía, en Florencia y en Roma, en Venezuela y el Perú, conquistador de Chile, célebre estratega, famosa espada, y Lautaro, hijo de la selva, un niño todavía, con el libro de su vida en blanco, hermoso de cuerpo,

vivo de inteligencia, defensor de su tierra, protegido de los espíritus de Arauco...

El uno, recargado de acero, defendido por coraza de plata, con yelmo empenachado y maciza espada en la mano.

El otro, cubierto el torso por fino peto de cuero, desnudas las piernas, desnudos los brazos, desnuda la cabeza, con solo una maza por toda arma. Valdivia le miraba casi incrédulo; era inconcebible; el pajecito que él educara en su hogar, y a quien creyera ya ganado para la causa española, venía de súbito a ponerse frente a frente, a amenazar su reino, su vida misma, como enviado por un negro destino. Por primera vez se dio cuenta del supremo error de su conquista; él venía como un extraño entre pueblos libres y permanecía extraño y pretendía dominarles y arrancarles sus riquezas a fuerza de sangre. A Lautaro le había recogido un día como en un simbólico intento de ganar algo para su reino por medio de la enseñanza y del afecto; pero su egoísmo le había mantenido apartado del mozo y le había impedido ver lo que en realidad estaba sucediendo en ese corazón joven y rebelde. Ahora era demasiado tarde, estaba solo frente a Lautaro y se sentía vencido. Solo frente a Arauco, frente a las selvas y montañas chilenas, y se sentía extraño, se sabía un intruso, se sentía odiado, se sabía próximo a la muerte. Con un gesto de disgusto en los labios y movido solo por su instinto de viejo soldado y aventurero, empuñó firmemente la espada y se dispuso al combate.

Las primeras estrellas de la tarde lucieron esa noche de Pascua sobre el cielo azul. La Cruz del Sur apareció en la

inmensidad como un presente de Dios para los hombres que se sienten solos sobre la tierra. Una brisa cálida trajo el aroma de los bosques y se llevó el olor de la sangre y de la muerte. Por el suelo yacían en un solo hacinamiento los cuerpos de los conquistadores y de los araucanos y los bultos enormes que hacían los caballos muertos, con las patas estiradas en un gesto final de dolor y de impotencia, o con las patas recogidas como pobres criaturas desamparadas. Lautaro miró por última vez al Conquistador y adelantando su maza en un gesto indeciso, le dijo:

—¡Huye, Valdivia! ¡Huye!

Pero el otro dijo tan solo:

—Traidor, ¿qué haces?

Por segunda vez repitió Lautaro su generoso ruego.

—¡Huye, Valdivia, si no quieres pagar a mis manos los azotes que ha recibido mi pueblo!

Valdivia contestó a estas palabras con un feroz golpe de su espada que dio sobre la mano de Lautaro; la sangre saltó, pero el brazo del indio fue rápido para contestar el golpe; su maza cayó de plano sobre el yelmo del español rasgándose de arriba abajo. Valdivia escupió sangre; vaciló sobre las piernas, pero embistió de nuevo. Con su espada, descargando mandobles desde todos los ángulos, perseguía a Lautaro, que saltaba a su alrededor barajando golpes con agilidad felina y esperando que se abriera un blanco en la guardia de su adversario para descargar un golpe decisivo. La espada caía una y otra vez sobre la maza que a veces soltaba una que otra astilla por el aire.

El Conquistador, sin embargo, cada vez se notaba más lento en su ataque. La lucha se prolongaba. Lautaro estaba fresco y parecía gozar con la ferocidad de la pelea. Desde la distancia, los caciques presenciaban el duelo. Colo-Colo sonreía. “Son dos razas combatiendo sobre el escenario de un nuevo mundo —pensaba—; la victoria no tardará en venir”, y sonreía.

Junto a los dos campeones, los ejércitos araucanos se dedicaban a completar ahora su tarea de exterminio; caían los españoles uno por uno; todos los famosos capitanes de la Conquista, los mejores sostenedores de Valdivia; allí cayeron Andrés de Villaruel y Juan de las Penas y Juan de Lamas y Diego Oro, todos murieron como valientes, peleando hasta el último.

Valdivia ya no podía más, su brazo se movía torpemente y su espada caía sin fuerza. Lautaro seguía haciendo quites con gracia, con flexibilidad, haciendo alarde de astucia, de ligereza y de energía. El Conquistador lanzó un postrer ataque, una lluvia de golpes que Lautaro apenas pudo contener; un golpe dirigido al cuerpo de Lautaro se perdió en el aire, y entonces el indio, desde atrás, lanzó la maza con toda su fuerza, con la velocidad de un zarpazo y la dejó caer entre el hombro y la nuca de su adversario; el golpe fue terrible; la coraza saltó hecha pedazos y, a través de la malla, la sangre saltó a borbotones. El Conquistador cayó pesadamente, y allí, sobre el suelo, sin hacer movimiento, quedó a los pies de Lautaro, vencido él, que no había conocido igual en la pelea, vencedor de mil batallas, capitán de Carlos V...

*

La batalla había terminado; del bando español no quedaba sino Don Pedro, que, malherido y derrotado, iba muy pronto a afrontar el juicio del Supremo Consejo de Caciques. Caupolicán había recibido a Lautaro con júbilo y admiración; Colo-Colo le había saludado como al salvador de Arauco y le había ofrecido un sitio junto a él en el Consejo.

Entre los araucanos la alegría de esta primera gran victoria fue inmensa; preparaban grandes fiestas en celebración y enviaban mensajeros hacia todos los rincones del país, invitando a las tribus a rebelarse y a compartir con ellos la victoria; el nombre de Lautaro iba a dar la vuelta a Chile en los labios de los mensajeros; sería oído por indios y españoles con asombro y respeto; lo cogerían la leyenda y la fama y lo convertirían en un mito. Los españoles temblarían ante él y los indios lo pronunciarían con devoción, como una plegaria de gracias a los espíritus que por fin les enviaban al libertador de Chile.

Colo-Colo presidió el Consejo; a su lado estaban Lautaro y Caupolicán y, luego, sentados en círculo, los demás caciques. Empezó el juicio del Conquistador, y de inmediato se notaron dos corrientes entre los caciques: la de Lautaro, que pedía merced por la vida de Valdivia, y la otra, de los que pedían la pena de muerte. Lautaro se había hecho oír y sus razones pesaban ya en el ánimo de la mayoría, cuando sucedió algo horrendo que por lo rápido fue inevitable. Uno de los caciques se había levantado a declarar su opinión y en el calor de su perorata se había acercado al prisionero.

—”Por dar crédito a un rendido —decía—, ¿quieres perder tiempo y aparejo?”

En su mano tenía un grueso bastón que blandía amenazante; de súbito, y ante el asombro de todos, se acercó aun más a Valdivia y, con un juramento de rabia, le descargó tan feroz golpe en la cabeza que el Conquistador, sin lanzar un gemido, cayó muerto instantáneamente. Lautaro y Caupolicán se abalanzaron sobre el indio y quisieron castigar su osadía, pero la voz de Colo-Colo los llamó a la razón y tuvieron que serenarse y dejar pasar el incidente por no provocar una desunión que habría sido fatal para la campaña que recién se iniciaba. Así, de modo tan infame y cruel, fue muerto el Conquistador Don Pedro de Valdivia, el fundador de Santiago, el soldado aventurero que había salido de España siguiendo la leyenda fantástica del oro de América y que había soñado con forjarse un imperio en las soledades australes, donde ningún otro hombre pudiera hacerle sombra.

Pero si malo fue su fin, peor fue la suerte de su cadáver. Los indios se apoderaron de él, y lejos de la autoridad de Lautaro y de los ancianos caciques, se entregaron a las peores atrocidades. Con una concha marina le arrancaron el corazón, le sacaron los huesos de las canillas y con ellos hicieron flautas; luego le vaciaron el cráneo y en él bebieron vino hasta emborracharse. Esta crueldad de los araucanos era proverbial; no olvidemos que se trataba de un pueblo bárbaro y, en ocasiones, antropófago. Hay quienes cuentan que Valdivia no fue muerto de un garrotazo, sino en lento suplicio; dicen

que le amarraron a un poste y que le cortaron los brazos y se los comieron delante de él, y también las pantorrillas, que, según la historia, Valdivia tenía muy bien formadas...; pero todo esto no puede aceptarse sino como leyenda¹⁾.

Después del sacrificio de Valdivia, fueron reunidos todos los guerreros araucanos para oír las deliberaciones del Consejo. Caupolicán habló y expuso su plan de guerra; influenciado por las victorias obtenidas, se mostró partidario de invadir las ciudades españolas y precipitar el resultado final de la campaña. ¡Hasta insinuó la idea de marchar sobre España y destruir el imperio por las armas!

Lautaro le siguió en el uso de la palabra y su presencia fue recibida con un clamoroso entusiasmo: era la figura más popular después de la victoria de Tucapel. Con gesto sereno saludó a los caciques y se dirigió a los soldados; su voz era suave, pero firme; sus palabras llevaban un extraño acento que había captado en su trato con los españoles, sus frases eran más largas y más sonoras que las de sus compatriotas. Había aprendido el arte de la oratoria escuchando a Don Pedro de Valdivia. Hablaba con un gesto orgulloso y más violento, entusiasmaba a la vez que convencía.

1 En cambio, historia y no leyenda fue lo que le sucedió al primer negro que vieron ciertos indios de Chile. Fue en los primeros años de la Conquista; un barco español naufragó en las costas de X..., y entre los naufragos se salvó un negro. Los indios asesinaron a los españoles, guardaron a las mujeres y luego no supieron qué hacer con el negro. Sorprendidos al ver el color de su piel, pensaron que se trataba de una burla y que era un español pintado de negro para engañarles. Entonces hicieron hervir agua en un gran fondo y allí lo metieron, y como el color no desapareciese le refregaron con mazorca secas, hasta que le arrancaron la piel y le dejaron la carne viva...

—Caupolicán ha dicho que estamos luchando por nuestra libertad —empezó diciendo—, y es verdad; pero yo no quiero que pudiendo ganar nos aventuremos a perder nada. Seamos discretos, tengamos calma, razonemos y no nos dejemos embriagar por vano entusiasmo. Dejemos que el tiempo consuma su obra.

Sus palabras sonaban extrañas a los araucanos, acostumbrados como estaban a la oratoria sonora, aunque un tanto hueca, de sus caudillos. Lautaro hablaba con la razón; sus palabras eran como golpe de maza, claras, contundentes.

—Habéis muerto a Valdivia y a los suyos y destruido una importante plaza. Pero luego volverán los españoles a vengarse, tan pronto como las nuevas sean sabidas en sus ciudades. Demos al enemigo paso abierto; dejémosles que vengan con furia y a rienda suelta, porque después no podrán volver atrás. Ahoguémosles en la inmensidad de nuestra selva, dejémosles perecer en las ciénagas, lagunas y pantanos, en los espesos y duros montes. Este es nuestro hogar, aquí pelea bien el araucano, pero no el español, que solo sabe hacerlo dentro de sus muros.

Había tanto juicio en sus palabras y un conocimiento de los españoles tan oportuno, que sus oyentes le escucharon como a un Dios y no osaron siquiera interrumpirle con la clásica voz de “¡Así es!” De este modo continuó por largo rato, explicando sus planes de pelea, dando a conocer en detalle el poderío español y su manera de combatir.

—... Les aguardaremos en cada paso libre que conduce a Arauco —concluyó—; pero cuando el temor les impida venir

a buscarnos, entonces nosotros, soldados de Arauco, iremos hasta sus ciudades y les arrojaremos de sus casas.

Sus últimas palabras, dichas con insolencia e ironía, hicieron estallar el entusiasmo de los indios. Caupolicán se puso entonces de pie e imponiendo silencio, dijo, dirigiéndose a Lautaro:

—¡Oh, varón que has extendido la fama del pueblo araucano, tú has redimido a nuestro Estado, liberándolo del poder tiránico, a ti solo se debe esta victoria! ¡Y, señores—agregó, dirigiéndose al Consejo—, es tan digna de premio y de honor su hazaña que, con la autoridad que vosotros me habéis dado, le nombro desde hoy mi segundo en el mando de los ejércitos de Arauco!

Todo fue gozo y algazara en el campamento araucano. Lautaro fue investido jefe, de acuerdo al ritual de su pueblo; y luego se celebraron toda clase de festividades en su honor; primero fueron los juegos de destreza física: saltos, luchas y la chueca; luego, en la noche, danzaron en torno a los fuegos, por fin comieron y bebieron, como de costumbre, hasta emborracharse.

Estaban Caupolicán y Lautaro platicando con los demás caciques, cuando un mensajero llegó corriendo, sin aliento, todo lleno de sudor, de polvo:

—Señor, señor—dijo a Caupolicán—, tus defensas han sido rotas, tus centinelas muertos, ven pronto a socorrer a tus soldados... Por la tierra de Elicura bajan catorce soldados españoles, armados de fuertes corazas y ya han destrozado dos escuadrones tuyos de piqueros.

Caupolicán dijo:

—Tenía razón Lautaro, no tardarían en venir a buscar venganza... Esta noche son catorce, mañana será un ejército... Vamos a poner remedio ahora mismo...

—Yo iré—dijo Lautaro—; tú te quedarás aquí con el grueso del ejército; me llevaré solo un grupo de soldados escogidos, ya sabremos dar cuenta de esos audaces.

Mientras en el campamento la fiesta seguía y los cantos y las danzas deleitaban a los guerreros, Lautaro condujo a sus hombres por un camino oculto de la selva al encuentro de los "Catorce de la Fama".

La cabalgata sorprendida

El capitán Gómez de Almagro y trece valientes habían salido del fuerte de Purén en dirección a Tucapel, sin conocer todavía la suerte que habían corrido las huestes de Valdivia; la distancia que debían recorrer no era sino de diez a ocho leguas, pero entre los dos fuertes se alzaba la cordillera de Nahuelbuta con sus espesos matorrales y sus senderos abiertos a través de tupidos bosques.

Los catorce españoles avanzaban en ágiles corceles, armados de lanzas y espadas, defendidos por corazas que centelleaban como piedras preciosas bajo el sol de enero. Con enorme sorpresa veían que los indios les dejaban pasar sin atacarles o huían por los senderos ocultos de la montaña. El capitán Gómez de Almagro, acostumbrado a la fiera resistencia de los araucanos, comenzó a temer una emboscada; más adelante, sus temores crecieron, aunque ahora por diferente motivo. Algunos indios, cuando les veían pasar, les gritaban:

—Cristianos, ¿adónde vais? ¡Ya hemos muerto a vuestro Gobernador!

¿Sería posible semejante catástrofe? La ansiedad se reflejaba en el rostro de los españoles; pero, aventureros formados en la rudeza de mil combates, no se comunicaban estos temores, sino que avanzaban resueltos, sin proferir palabra, decididos a descubrir el secreto de la selva que se había tragado al Conquistador.

Cuando avanzaban por un estrecho sendero que en graciosa curva ascendía la montaña hasta llegar a una extensa planicie, recibieron el primer ataque de los araucanos. Desde el sendero se podía ver que al fondo del barranco había una laguna de agua azul e inmóvil, incrustada entre rocas como un espejo, donde el cielo no cesaba de contemplarse y donde los celajes pasaban sin dejar huellas, como cisnes aéreos. Los indios saltaron sobre los españoles desde los árboles, desde las rocas, blandiendo pesadas mazas. La pelea fue corta y dramática, sobre el borde mismo del barranco. Los españoles, sujetando con una mano los caballos, que caracoleaban nerviosos y casi resbalaban, y con la otra dando tajos y mandobles triunfantes se abrieron paso hasta el fin del camino y tomaron posesión de un lado de la verde planicie.

Entonces, cuando les vio firmes en las patas poderosas de sus cabalgaduras, excitados por el calor de la pelea recién sostenida y las lanzas buscando en el aire el cuerpo enemigo, Lautaro se decidió a presentarles combate. Fue un verdadero torneo; sobre la llanura escasa que coronaba la cordillera, bajo el cielo purísimo de verano y el sol que lanzaba sus rayos

como una lluvia de fuego sobre las corazas de los caballos y la piel desnuda de los indios, los adversarios se trenzaron en duelos singulares. Al entrar en batalla los araucanos, según su costumbre, prorrumpieron en gritos e hicieron sonar las trutucas de ronca y tétrica resonancia; los españoles, por su parte, atacaron al grito de ¡Santiago y cierra España!

En el primer encontrón, los españoles rompieron sus lanzas contra las picas de los indios; volvieron atrás y, arremetiendo nuevamente a toda carrera, esgrimieron ahora sus espadas contra las mazas de Lautaro y los suyos. El ruido del choque fue inmenso; la sangre saltó por todas partes manchando la plata de las celadas y los claros arneses. Los cuerpos parecían insensibles a las más horrendas heridas; se descargaban golpes con verdadera saña; el filo de las espadas rasgaba la carne morena de los indios como si hubiera sido de seda; Lautaro descargaba golpes con su maza, y de cada golpe arrodillaba un caballo o hacía saltar las piezas de una coraza por el aire. Uno de los españoles, llamado Cortéz, recibió tan fuerte golpe en la cabeza, que soltó la espada y, aturdido, se dejó llevar por el caballo, que corría por todas partes, hasta que, recobrado el conocimiento, cogió de nuevo las riendas, buscó una lanza y atacó a su adversario con tanto ímpetu que le atravesó de parte a parte por el costado; pero antes de sacar el arma del cuerpo que se desplomaba, recibió otro garrotazo por la nuca, que le derribó del caballo y esta vez para siempre.

Los españoles caían peleando heroicamente; de nada les valía el jubón de fina malla ni el peto de dos cueros que les

defendían; los mocetones araucanos castigaban con fuerza de titanes, y parecían no conocer el cansancio.

El sol comenzaba a declinar; espesos nubarrones se juntaban en el cielo a presenciar el combate y parecían participar del odio de los hombres, pues se arremetían también y se trenzaban con rabia para soltarse luego y huir destrozados a ocultarse detrás de los picachos.

Los adversarios se retiraron por un instante; los españoles arreglaban sus armas y daban un respiro a sus caballos; los indios reorganizaban sus filas, cuando una flecha traicionera cruzó el espacio y vino a clavarse medio a medio en un ojo del español Morán. La flecha hirió profundamente; la sangre brotó y el dolor hizo escapar un grito del esforzado pecho. Lanzando una maldición, Morán con su propia mano arrancó la flecha y en ella el ojo, y luego, montando su caballo, loco de dolor y de rabia, se abalanzó sobre los araucanos. Detrás de él galoparon sus compañeros; fue el comienzo de una nueva lucha, más cruel y más encarnizada aún que la primera. Lautaro, respaldado por los suyos, afrontó el nuevo ataque con tanto rigor como si recién hubiera empezado a combatir aquel día. Pero Nino cayó el primero, luego Diego García fue a dar a los pies de Lautaro, abierto el pecho por una feroz herida; luego Nereda y Manrique.

Los "Catorce de la Fama", que se habían aventurado por los bosques de Nahuelbuta para salvar a su señor, iban cayendo uno a uno, envueltos en polvo y sangre; sobre ellos crecerían después en el suelo de Arauco las flores de la leyenda.

El trueno retumbó en la cordillera como la voz airada de Dios. El cielo estaba negro y las nubes atropellándose corrían con su carga de rayos. La tormenta empezó con una lluvia tupida, y luego, mientras los rayos y relámpagos se cruzaban en el aire, cayó el granizo, grande como piedra, separando a los hombres y haciéndoles huir aterrados. Los pocos españoles que quedaban con vida huyeron por los bosques, sin temor de los indios ya, y no pararon hasta reunirse muy cerca de la fortaleza de Purén. Lautaro, después de haber obtenido una nueva victoria, se retiró hacia el interior de Arauco para reunirse al grueso del ejército. Cuando se acercaba a su campamento, uno de sus tantos mensajeros le salió al encuentro diciéndole:

—Lautaro, los españoles de la Imperial saben la muerte de Valdivia..., llamaron al capitán Francisco de Villagra, que viene desde Osorno con un gran ejército para atacarte...

Lautaro escuchó sin que su rostro transmitiera el tumulto de su corazón, ¡Villagra venía a enfrentarle! Villagra, tal vez acompañado de todo su séquito, de sus servidores, de..., no, no podía ser, era tan hermosa la oportunidad...

—¿Dónde tendrá su casa? —preguntó al mensajero.

—Su casa la tenía en Imperial, pero ahora todos le aguardan en Concepción.

—Todos... —repitió maquinalmente—, ¿sus servidores?

—Sí, Lautaro; sus servidores indios le aguardan en Concepción.

Lautaro lanzó una exclamación de júbilo, Guacolda estaría entre ellos... El romanticismo de su lucha por la

independencia de Chile adquiriría en ese momento un juvenil encanto personal; iba a pelear para libertar a la muchacha de las manos del tirano invasor; como el caballero medieval que mataba al dragón para salvar a la dama de sus sueños, el indio adolescente asaltaría al español para rescatar a la indiecita que una noche había curado su herida en la obscuridad colonial de Santiago. Con una sonrisa en los labios, tenso todo el cuerpo por la nueva emoción y la cercanía del nuevo peligro, partió Lautaro a comunicar sus planes al Consejo de Caciques. Había decidido atacar, con un grupo de sus mejores soldados, Concepción, la ciudad española más fuerte del Sur de Chile, legítimo orgullo de los conquistadores, defendida ahora por el poderoso ejército del capitán Francisco de Villagra.

La victoria de Marihuenu

Lautaro se puso en contacto con el grueso de su ejército y rápidamente organizó los planes de su nueva campaña. Distribuyó a sus soldados en columnas, asignando un jefe para cada una de ellas; preparó su campamento a la manera española, destacando centinelas, rondas y avanzadas; reunió a sus capitanes y les enseñó el arte de la guerra a base de estrategia y organización de las fuerzas; les enseñó a escoger el terreno conveniente para la batalla, a cortar caminos, a ocultar sus hombres en emboscadas, a tomarse las piezas de artillería, y miles de otros detalles que él había captado en su paciente aprendizaje junto a Don Pedro de Valdivia. Había dispuesto además que las siembras debían recogerse en épocas adecuadas y que se almacenaran víveres durante el otoño; pero, como veremos más adelante, este sabio consejo para resolver el aspecto económico de la guerra desgraciadamente no fue seguido por los araucanos.

Por otra parte, Lautaro se mantenía bien informado acerca de los pasos que daba el enemigo; sabía que Francisco de Villagra había sido reconocido en Concepción como sucesor de Valdivia; sus mensajeros le habían dicho que estando Villagra acampado a orillas del Río Bueno se había dirigido a la ciudad de Valdivia y luego a la Imperial, tan pronto le relataron los hechos en que halló la muerte su antecesor; después atravesó la Araucanía y llegó a Concepción; aquí organizó sus fuerzas y, con un ejército que bien podría ser considerado uno de los más poderosos de la conquista de Chile, salió en busca de las huestes enemigas. Poseía ocho cañones, y ésta era, pues, la primera vez que la artillería pesada iba a emplearse contra los araucanos. Los cañones eran de bronce, de calibre rigurosamente sistemado y montados en aparatos de fácil manejo; no poseían aún la eficiencia de la moderna artillería, pero, siendo livianos y nuevos, le iban a prestar una gran ayuda en su lucha contra Lautaro.

Los españoles atravesaron el Biobío en pleno verano, usando las balsas de los indios que vivían en las inmediaciones; siguieron luego por entre la cordillera de la Costa y el mar hasta llegar al valle de Aldalicán; allí notaron con sorpresa que los indios habían abandonado sus casas y sus siembras de maíz en la estación misma de las cosechas. Procediendo con su crueldad acostumbrada, destruyeron los sembrados y prosiguieron su marcha. Llegaron hasta las serranías de Marihuenu, que avanzan hasta el mar, y allí están cortadas casi a pique; por entre la montaña y dividiéndola en dos, corre el río Chivilingo, que antes de zambullirse en el mar

forma un valle, que fue el sitio donde los españoles armaron su campamento.

Lautaro les dejaba avanzar mientras distribuía su máquina de guerra; esa misma noche, aprovechándose de las sombras, en tanto que los españoles dormían apaciblemente junto al río, una parte del ejército araucano ocupaba las alturas que Villagra acababa de pasar. Al amanecer del día siguiente, el ejército de los conquistadores reanudó la marcha, esta vez subiendo por estrechos senderos en demanda de las alturas de Marihuenu. Cuando habían llegado a una planicie y empezaban a sentirse aligerados por la soledad del lugar y el viento fresco que traía un saludo del océano, el ladrido de un perro les hizo ponerse en guardia. En realidad el perro había traicionado los secretos movimientos de los araucanos; pues acto seguido aparecieron éstos desde todas partes lanzando sus clásicos gritos de guerra e invitando al enemigo con gestos presuntuosos. Villagra, sin vacilación, lanzó la artillería adelante y detrás puso a los arcabuceros, quedando la caballería en dos filas para cubrir los flancos.

Lautaro estaba al frente de sus hombres; soberbio en su caballo overo, cubierto el pecho por fino peto de cuero y en la mano la aguda lanza, hacía resonar su cuerno a través de la soledad de la montaña. Tenía solo veinte años el caudillo de los araucanos, y a esta edad de romance y aventura iba a enfrentarse al poderoso ejército de Villagra. Todos los ojos de la gente chilena estaban pendientes de su actuación; por primera vez iba a batallar contra un ejército español poniendo en práctica lo que había aprendido de los españoles mismos.

Su táctica, su inteligencia, su valor, iban a ser puestos a prueba de una vez para siempre. Si triunfaba aquí, la causa de la libertad estaba afianzada; si era derrotado, la invasión y la conquista española no encontrarían ya obstáculos en adelante. Lautaro observaba las maniobras del enemigo con toda calma; había dado orden de esperar el primer ataque español para entrar en pelea. Sus indios creían en él como en un joven dios. Pero él sabía que su poder era simplemente humano; reconocía que ellos le seguían con un fanatismo supersticioso y no intentaba desengañarles. Esta fe de la masa, fe ciega y colectiva, mezcla de religión y de guerra, era lo que él necesitaba para vencer a los extranjeros y construir un gran Estado. Por lo demás, sabía que los españoles eran tan humanos como él y que, a base de astucia, valor e inteligencia, se les podía vencer fácilmente.

Allí estaban, pues, bajo el cielo de la cordillera de la Costa, en una calurosa mañana de enero, los bandos enemigos listos para medir fuerzas. Villagra, viendo que Lautaro no se decidía a atacar, lanzó la primera carga de caballería. Como siempre, fue recibida por una andanada de piedras y flechas y no consiguió pasar más allá de las primeras líneas. Se retiraron los españoles y Lautaro envió su primera avanzada. Villagra les recibió con una carga de la artillería; el resultado fue fatal para los araucanos, que cayeron masacrados por la metralla. Lautaro no se inmutó; hizo sonar su cuerno y una nueva brigada fue al ataque; los indios iban en filas de cinco en fondo. Así, en hileras sucesivas, un pelotón tras otro, empezó la presión de los araucanos a vencer la resistencia

española. Cuando un pelotón era desbaratado, otro le sucedía, y así interminablemente. Los vencidos se arrojaban por las laderas de las montañas evitando la persecución de los españoles; éstos se mostraban asombrados ante la táctica que el enemigo estaba poniendo en práctica; era difícil imaginar que en el cerebro de estos "bárbaros" pudiera concebirse tan hábil plan. Villagra había oído hablar de Lautaro y recordaba haberlo visto en las calles de Santiago conduciendo los caballos del Conquistador Valdivia; en esta ocasión el nombre del caudillo indio se le prendería a la memoria con caracteres imborrables. Los españoles se veían acosados por todas partes; los indios peleaban con furia y atacaban con una insistencia desesperante.

Villagra ordenó salir a la caballería de nuevo; pero entonces su suerte fue peor, porque los araucanos, usando un arma nueva y terrible, la desbarataron en pocos momentos. Lautaro había hecho construir unos lazos corredizos, con tallos de enredaderas, para ser atados a largas varas. Los indios dirigían los lazos a la cabeza de los españoles y los recogían con fuerza; los jinetes salían volando de los caballos y, una vez en el suelo, eran presa fácil para los lanceros. El mismo Villagra fue derribado en una oportunidad de esta manera y se salvó de ser liquidado a causa de la oportuna intervención de algunos de los suyos.

Pero no se consumó aquí la derrota. Cuando Lautaro vio la caballería española realmente diezmada, lanzó sus indios en ataque frontal contra la artillería. En su primer ataque, los indios mataron a once de los arcabuceros, y en

el segundo, el resto; se apoderaron entonces de los cañones y les arrastraron consigo como trofeos de guerra. Este fue el principio del fin. Los españoles, aterrados ante la pericia y el valor de los araucanos, decidieron bajar al valle de Chivilingo e intentar allí una nueva defensa. Cuando volvieron grupas, divisaron a lo lejos un nuevo ejército araucano que entraba por el valle dispuesto a cortarles la retirada. Los españoles, perdida toda cohesión, debilitados, temerosos, perseguidos por los indios de cerca, se abalanzaron peñas arriba, hacia las cumbres.

Lautaro reía a carcajadas ante el espectáculo de los conquistadores en fuga; esa mañana además de derrotarles se había burlado de ellos lindamente; pues aquello que los españoles vieron aparecer al fondo del valle como un gran ejército, no era sino una muchedumbre de mujeres y niños araucanos armados de lanzas y puestos allí para impresionar a los adversarios.

Cuando los españoles alcanzaron la cumbre de Marihuenu encontraron todos los pasos cerrados por palizadas y defendidos por nuevos grupos de indios. Perdido todo control, no pensaron sino en huir; había en frente de ellos dos senderos: uno que conducía a las tierras bajas del Norte y otro que llevaba al borde del barranco sobre el océano. Gran número de ellos siguió este último, y allí, bajo el ataque implacable de los araucanos, se despeñaban e iban a morir contra las rocas al fondo del abismo. En el aire, jinete y caballo caían eternizados en un resto de terror e impotencia; sonaba un grito de hombre aterrado y luego el choque de un cuerpo contra la piedra

filuda, y, por fin, la ola que barría todos los vestigios. Desde la altura, los indios se asomaban sobre el abismo y presenciaban el espectáculo de muerte, profiriendo maldiciones. El resto de los españoles, que siguió por el camino del Norte hacia los lugares por donde habían venido, tuvo que soportar la persecución incansable de Lautaro y sus hombres.

Al anoecer, del poderoso ejército de Villagra no quedaban más de veinte hombres. Los araucanos, agotados también en la pelea, habían cesado de seguirles; no les fue difícil a los españoles atravesar nuevamente el Biobío, aunque para ello tuvieron que utilizar solo cuatro miserables canoas. Al abrigo de la noche, temiendo aún ser atacados, cruzaron el río en pequeños grupos. El Biobío era como un aliado de los araucanos; macizo, majestuoso, luciendo el estrellar magnífico de la noche de verano en su lomo azuloso, apenas si movía las canoas; las dejaba ir como sabiendo que solo llevaban derrota y que solo servirían para desmoralizar a las poblaciones españolas que tenían toda su confianza puesta en el capitán Villagra.

*

Lautaro quiso marchar de inmediato sobre Concepción; su ansiedad era la del jefe victorioso y también la del joven enamorado. Guacolda estaba en Concepción. Era indudable que Villagra, reconociendo la inferioridad de sus fuerzas, intentaría algo desesperado; una huida hacia la Imperial o Santiago quizá... Lautaro no podía soportar la idea de perder a Guacolda en esta ocasión en que podría ser tan fácil llegar

hasta ella. Tan pronto como la persecución terminó, hizo venir a todos sus capitanes y les avisó que se prepararan para marchar de inmediato más allá del Biobío. Pero sus hombres no compartían la ansiedad que agitaba su pecho; eran también humanos y sentían también el cansancio; después de la recia pelea de ese día no era posible exigirles un nuevo sacrificio. Escucharon al jefe con desaliento y le expusieron sus quejas; Lautaro, en un raptó de violencia, les censuró duramente; pero luego, pensando con calma, olvidando su corazón y escuchando su cerebro, comprendió que ellos tenían la razón. Para conquistar a Guacolda en esos instantes se necesitaba un esfuerzo sobrehumano. Un hombre solo podía hacerlo; era más bien una empresa romántica, un gesto para ser perpetuado en la leyenda o en los romances. Pero él estaba peleando por algo más que su propia felicidad; en sus manos estaba la libertad de su patria y el destino de su pueblo; no era posible entonces confiarlo todo al azar. El haber lanzado esa noche su ejército contra Concepción podía haber significado la victoria cúspide de su carrera o la derrota definitiva; todo habría dependido de la suerte. Decidiendo esperar un par de días para reorganizar su ejército y dar descanso a su gente, obraba con la razón y aseguraba su victoria.

Tres días después del desastre español en Marihuenu, Lautaro cruzó el Biobío a la cabeza de sus tropas y se enfrentó a la fortaleza de Concepción. En aquellos tres días sufrió más que en todo su cautiverio al lado de Valdivia; en él permanecía imborrable la imagen de la indiecita de los suaves ojos y de la ternura callada; no podía olvidar

aquella noche de verano en Santiago; el recuerdo del aire tibio, del cielo azul, del aroma de los naranjos y del calor de unas manos jóvenes estrechando las suyas se unía a todos sus pensamientos.

Cuando llegó frente a Concepción, los españoles terminaban la desocupación de la ciudad. Villagra, al día siguiente de la batalla, convocó al Cabildo, y, después de una rápida sesión, se acordó abandonar Concepción y huir a Santiago. La angustia de los pobres habitantes fue indescriptible. En pocas horas debían preparar sus cosas y ponerse en camino; apremiados por los jefes, que no deseaban enfrentarse de nuevo a Lautaro, apenas si tenían tiempo para recoger lo más esencial. En el puerto cercano había solo dos barcos; en ellos se fueron los niños, las mujeres y la servidumbre; el resto de la población y los soldados emprendieron el viaje a pie. ¡Un viaje que duraría más de un mes! Mucho se criticó al capitán Villagra esta huida, más bien vergonzosa, de Concepción. Algunos dicen que se debió a que, teniendo pleitos en Santiago para ser reconocido Gobernador, prefirió abandonar la guerra y marchar a arreglarlos con su propia mano; otros afirman que la victoria alcanzada por Lautaro días antes le hizo entender que ya no era posible realizar la conquista con pequeños ejércitos y que marchó a la capital a buscar refuerzos. En todo caso, antes de que Lautaro pudiera atravesar las puertas de Concepción, los españoles, comandados por Villagra, ya se habían marchado, y los dos barcos pesqueros, en los cuales la servidumbre había sido embarcada, se alejaban majestuosamente de la bahía.

Guacolda se iba de las manos del joven jefe. Delicada y tierna, iba a seguir siendo un sueño en su vida, un sueño que le haría desear con más vehemencia el desenlace de esta guerra a muerte. Desde los barcos, ella y los demás vieron la entrada de Lautaro a la ciudad; le vieron, según cuenta la historia, arengar a sus tropas desde lo alto de una colina. Lautaro, herido en lo más hondo por este fracaso, que solo era fracaso para él, pues nadie sabía lo que pasaba en su corazón, permitió que sus guerreros saquearan la ciudad y luego le prendieron fuego. Mientras las llamas se alzaban rápidas y voraces y el humo se iba por el mar en seguimiento de los barcos, él gritaba:

—Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca... Yo soy Lautaro, que acabó con los españoles... Yo soy el que les derrotó en Tucapel y en la cuesta. Yo maté a Valdivia, y a Villagra puse en huida. Yo les maté sus soldados; yo abrasé la ciudad de Concepción...

Sus guerreros gritaban locos de entusiasmo y de furor bélico; pero en la voz del caudillo había un nudo que para no desatarse en sollozos se desataba en imprecaciones de rabia y de orgullo herido. Su pobre alma joven, que veía alejarse en la bruma del mar la única ternura de su existencia, necesitaba esta afirmación de valor personal dicha así a gritos sobre la ciudad en llamas, bajo la mirada de Dios, para no sucumbir.

—... Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca...

Su voz se perdía bajo las aclamaciones de sus guerreros, bajo el crepitar del fuego que reducía a cenizas los últimos restos de la ciudad de Concepción.

La presencia de los mitos

Solo un baluarte iba quedando ahora a los españoles en el Estado de Arauco: la Imperial; Pedro de Valdivia había fundado esta ciudad y le había dado este nombre a causa de unos signos de madera que encontró a la entrada de las viviendas indígenas, que semejaban las alas del águila imperial de Carlos V. Como si la ciudad hubiera estado consciente de su nombre y de su responsabilidad, había resistido hasta entonces todos los ataques de los indios y era considerada por todos una fortaleza imbatible.

Lautaro se hallaba en un mal momento de su vida cuando decidió atacarla. A pesar de sus triunfos decisivos, su ánimo estaba un tanto apagado y su imaginación vagaba sin gran cordura; no era precisamente la mejor ocasión para emprender una nueva y tan peligrosa campaña. Se unió, sin embargo, a las tropas de Caupolicán, y juntos avanzaron sobre la fortaleza. Los españoles, al mando de Pedro de Villagra,

organizaron una rápida defensa; construyeron palizadas en las avenidas de la ciudad, enviaron pequeñas fuerzas a las alturas inmediatas y esperaron más muertos que vivos el ataque de los famosos mocetones de Lautaro.

Esta vez los araucanos estaban decididos a romper las defensas castellanas; fortalecidos por los recientes combates, avanzando tras la figura heroica de Lautaro y del tuerto Caupolicán, se hallaban seguros de obtener una fácil victoria. Se situaron a tres leguas de la ciudad y tomaron las últimas precauciones para la batalla.

Se encontraban a punto de marchar, cuando se descargó una tempestad con furia hasta entonces desconocida en esos lugares. Grandes masas de nubes, que inventaban extrañas figuras en el cielo, se acumularon y, por detrás de ellas, el estampido del trueno retumbó como si la cordillera toda hubiera estallado; el granizo cayó entonces y luego la lluvia; el cielo parecía un gran océano desbordándose; el ruido del torrente cruzaba el aire como una caballería invisible. Caía y caía el agua sobre la selva; los árboles, temblando bajo el peso de sus ramas mojadas y atacados por el viento, caían con ruido siniestro y los animales escapaban enloquecidos por los claros del bosque.

Para Lautaro, esta tempestad no era sino un accidente que postergaba sus planes; para los indios que le seguían era un monstruoso espectáculo que los dioses organizaban en el cielo para decidir el destino de los hombres. Así, su sorpresa no tuvo límites cuando les vio botar las armas y huir despavoridos bajo la tempestad que arreciaba. Buscó a

Caupolicán con la mirada, pero éste también había huido, y al abrigo de un árbol gigantesco, rodeado por algunos guerreros, contemplaba el cielo y seguía la carrera de las nubes con una expresión de espanto en el rostro. Lautaro no podía entender lo que pasaba; sus soldados huían por todas partes y se cobijaban bajo los árboles o se metían en cuevas que el tiempo había cavado en los montes; desde allí seguían el curso de la tempestad dando gritos, saltando, escondiéndose, haciendo gestos, a veces de alegría, otras, de profunda desesperación. Parecían una manada de locos. Con toda la fuerza de sus pulmones tocó su cuerno que resonó sombríamente por encima del ruido de la tempestad. Fue inútil, sus guerreros no le obedecieron... Su pueblo había abandonado el dominio de este mundo por unos instantes y arreglaba ciertos asuntos directamente con los dioses...

Los araucanos creían en la magia; adoraban a los espíritus de sus muertos, y en cada cosa, en cada fenómeno natural, en cada elemento de la vida veían una fuerza oculta, un extraño poder que podía obrar sobre los hombres, ya fuera para su bien o para su perdición. El vuelo de los pájaros o la carrera de los zorros eran indicios del resultado de la batalla. Antes de ir a la guerra disminuían sus alimentos para alivianarse, pero al mismo tiempo comían las yerbas que los pájaros comen y se frotaban con plumas o con pieles de guanacos, porque de este modo creían obtener la agilidad y rapidez de estos animales.

Vivir así es vivir en un mundo extraño y apasionante; creer en todo; creer en la voz de los animales que anuncia

la muerte, el amor o la victoria; creer en las sombras que ocultan la persona de un muerto querido; creer en los ruidos de la noche que nos traen mensajes del otro mundo. Creer para vivir una existencia apasionada en la intimidad de los dioses. Temer, porque el temor afina el alma mejor que todas las pasiones, mejor que el amor más intenso.

Los araucanos no creían en la muerte sino como un accidente; el hombre no puede morir, la muerte es una intervención extraña, sucede a causa de la herida invisible inferida por un enemigo o a causa del veneno o del sortilegio que más allá de nuestro conocimiento nos prepara una mano que nos odia.

La muerte es un cambio de la vida; los araucanos no creían en un castigo o recompensa futuros; el hombre sigue viviendo en condiciones semejantes a las de antes. Los caciques o pillanes, después de muertos, van a habitar en los cerros más altos o en el interior de los volcanes, y expresan su voluntad por medio de erupciones, truenos y relámpagos. Los guerreros, a su vez, van a las nubes, donde prosiguen sus combates en medio de terribles tempestades. Algunas gentes, tal vez los más apreciados por la tribu, siguen viviendo en los mismos lugares que habitaron, pero ahora convertidos en aves o en simples moscardones. La mayor parte, sin embargo, forma una muchedumbre de muertos oscuros y tranquilos que van al otro lado de los mares a una región fría y pobre, donde llevan una existencia más o menos soportable.

Cuando un hombre ha muerto, sus familiares le entierran junto con sus armas, sus ropas y joyas y le dejan los

alimentos necesarios para que haga el tránsito a su nuevo estado. Al cabo de un año vuelven al sepulcro y le renuevan los víveres, y luego, dando vueltas a su alrededor, con voz monótona y sombría le relatan todo lo que ocurrió en su casa desde el día de su muerte. El difunto no responde, pero, en cambio, una hoja de árbol cae sobre la mano de uno de los parientes o un grillo comienza a contar su historia o un moscardón pasa zumbando entre las cabezas: los familiares están satisfechos, el espíritu les ha comunicado su presencia.

Es hermoso vivir en un mundo en que hay tanta compañía oculta. Los araucanos no están jamás solos; en la soledad de los bosques o de las montañas, en la negrura infinita de una noche en el mar, en el silencio de las luces abandonadas, ellos viven alertas y asombrados, porque adivinan la presencia de millares de espíritus. A veces es tan grata aun la compañía de una sencilla piedra.

Lautaro, educado entre españoles, no creía en este otro mundo de su pueblo; no creía en mitos ni en fuerzas misteriosas; pero ante el espectáculo de esa tempestad y de esos hombres aterrorizados su corazón se encogía, y observaba en silencio. Los indios seguían los movimientos de las nubes con profunda atención, ante ellos se estaba realizando en esos instantes una gigantesca batalla entre los espíritus de su pueblo y sus enemigos aéreos. Cuando las nubes amigas avanzaban y en movimientos monstruosos parecían envolver a sus adversarios y sofocarles mientras el trueno y los relámpagos estallaban con furia, ellos saltaban y prorrumpían en exclamaciones de júbilo. Pero cuando las nubes

enemigas, negras e informes, arremetían por la atmósfera con el poder de toros salvajes, entonces enmudecían y, con el temor pintado en los ojos, se encogían como deseando esconderse bajo la tierra. Esa lucha fantástica duró largo tiempo. Para desgracia de Lautaro, las nubes "amigas" se retiraron perseguidas por el "adversario"; en una masa informe se atropellaron detrás de las sierras y se escurrieron por entre los contrafuertes de la cordillera; el sol volvió a brillar y la lluvia siguió botando sus gotas de oro. Un arco iris enorme cayó como un machete del cielo y se clavó en medio de los bosques. El pueblo indio había perdido en el cielo la batalla de ese día. No había para qué pelearla de nuevo sobre la tierra. Los guerreros se retiraron y fueron a ocultarse en sus rucas. Nada pudo la furia de Lautaro, nada sus arengas, nada el sonido ronco de su cuerno. La batalla estaba perdida antes de pelearla...

Los españoles, a lo lejos, cantaron victoria, y, prisioneros de la imaginación y del miedo igual que los indígenas, achacaron la retirada de los indios a un milagro. Contaron que la Virgen María acompañada de un venerable anciano había bajado en una nube luminosa para rogarles a los indios que se retiraran. ¡Es tan hermoso creer en todo y se vive tan intensamente cuando se tiene la ayuda de los poderes sobrenaturales!...

La Imperial continuó siendo el baluarte español en Arauco; Lautaro se retiró a la selva; triste, pero no derrotado, se fue al hogar de su padre a pensar en la suerte de su pueblo; ahora tenía otro enemigo que vencer, tanto o más temible

que los españoles: la superstición. A derribar los mitos que tiranizaban la vida del araucano se internó en la selva; a preparar sus fuerzas para cuando llegara el momento de reanudar la lucha; y también, ¿por qué no?, a penar el amor de su vida, que continuaba siendo imposible.

Caupolicán, el tuerto fiero y empecinado, mantuvo su ejército a las puertas de la ciudad, dispuesto a rendirla aunque fuera por hambre y aunque para ello tuviera que sostener el cerco durante el invierno.

La voluntad de vivir

El ejército de Lautaro se había llevado consigo un cuantioso botín; en telas, muebles, ropas y equipajes, y aun en oro, el valor de sus ganancias ascendía a varios millares de pesos; pero todas estas riquezas eran inútiles en el reinado de la selva, eran una burla a la desnudez y pobreza de los indios; allí, en medio de la naturaleza y de una sociedad primitiva, el oro, no estando endiosado por el comercio de los hombres, apenas si valía para regalar los ojos; con él los indios no podían obtener absolutamente nada, a menos que hubiesen comerciado con sus enemigos, cosa enteramente imposible. Preocupados con los afanes de la guerra, los araucanos no habían recogido sus cosechas aquel año; los consejos de Lautaro, que había previsto la posibilidad del hambre después de las campañas, no fueron tomados en cuenta. Ahora, en las pequeñas rucas, los niños gemían alrededor de las madres y lloraban por algún alimento que

nadie podía obtenerles. Llegó el invierno y con él las lluvias, que se apoderaron de la tierra con la persistencia de una manga de langostas. Los indios permanecían en sus rucas sin hallar qué hacer, entreteniéndose el estómago con yerbas o pequeños animales que cazaban en la selva; para los que vivían junto al mar el problema no era tan grave, pues podían subsistir comiendo peces y mariscos; pero para los que vivían en la selva o la montaña, el hambre era como una bestia que después de hincar el diente no suelta hasta matar.

Los indígenas empezaron a morir por millares; morían en la selva, tendidos bajo la lluvia, con una mirada mala en el rostro y las manos agarrotadas en un gesto de impotencia; morían ahogados en los ríos, tratando de emigrar a otras regiones, o despeñados en la cordillera. Pronto se empezó a oír de una enfermedad abominable; los indios, enloquecidos por el hambre, salían a darse caza unos a otros, y se comían; se volvieron antropófagos, y entonces una epidemia, una peste, o fiebre, que ellos llamaban chavalongo, empezó a hacer estragos. Como bestias feroces andaban armados de cuchillos por la selva a la caza de hombres. En el rostro les apareció un color amarillo...

La peste y el hambre, como dos fantasmas, recorrían Arauco. La muerte era un gran pájaro negro que pasaba volando en la noche y dejaba caer ceniza de sus alas sobre las chozas; al día siguiente los cadáveres aparecían en desorden, con la piel arrugada y sucia y, a veces, completamente negra. Los machis, curanderos y adivinos encargados del culto religioso, realizaban toda clase de ceremonias para aplacar la ira

de los espíritus; al frente de sus viviendas tenían el rehue o altar, que era una especie de escala de madera tallada en un tronco de árbol y adornada con ramos de canelo; al pie de este altar, los machis degollaban víctimas humanas y desde lo alto de la escala rogaban al pillán. Pero todo era inútil; la muerte continuaba su obra. Arauco perdía sus mejores hombres; este pueblo que había sido vigoroso y rebelde, que había dado un ejemplo de valor y estoicismo a toda América, perecía injustamente.

Los caciques lloraban la tragedia en silencio. Toda la nación chilena sufría calladamente; pero en medio de la muerte y del dolor colectivos se mantenía una pequeña luz alumbrando; era como la llama de una fe extraña; fe en la tierra y en sus hijos, fe en el destino de este pueblo que siempre ha sabido alzarse por encima de todas sus miserias. En el corazón de Lautaro había una esperanza; él conocía su tierra, pero también conocía su gente. La naturaleza de esta región austral es caprichosa y fiera, ama y hiere, jamás da sus encantos sin que sufrimientos les acompañen; inundaciones, aludes, terremotos, todo sucede en esta parte del mundo para castigo del hombre. Pero a través de la historia parece que los chilenos han aprendido a sufrir juntos, y así, compartiendo la miseria, ayudándose, animándose unos a otros, como parte de un organismo de maravillosa vitalidad, dominan la naturaleza, vencen las catástrofes colectivas y siguen viviendo en medio del peligro, desafiando los poderes ocultos, sostenidos por una fe que más bien que humana parece un regalo personal de Dios.

Fue en estos momentos trágicos para las gentes de Arauco cuando el capitán Francisco de Villagra organizó una nueva expedición vengadora. Salió de Santiago en la primavera de 1554 y llegó antes de que acabara el año a la ciudad de la Imperial; su ejército, suficientemente reforzado, no tuvo dificultad en quebrar el cerco de Caupolicán; los araucanos se retiraron a la selva y los conquistadores se fueron a la siga, inaugurando uno de los más vergonzosos episodios que conoce la historia de Chile.

Pedro de Villagra fue el que inició la persecución de los araucanos; cuando les vio batirse en retirada y huir a ocultarse en la selva, salió con sus guerreros y manadas de perros bravíos, y les buscó hasta en los más apartados rincones. Los perros, que estaban cebados en la cacería de indios, hicieron una verdadera masacre. Algunas tribus atravesaron las aguas del lago Budi y se fueron a refugiarse a las pequeñas islas; hasta allí les siguió el conquistador con sus perros. Huyendo por las islas hasta no encontrar refugio posible, la mayor parte de los araucanos prefirió morir intentando una fuga antes que perecer en las fauces de aquellos perros imperiales. Pero luego los hombres de Francisco de Villagra se encargaron de consumir esta serie de hazañas; habiendo hecho numerosos prisioneros en una de estas excursiones, decidieron encerrar un grupo de ellos en un rancho para quemarlos. Al tiempo de prenderles fuego, uno de los españoles, llamado Juan Macías, les contó por curiosidad, y encontrando que eran noventa y nueve, cogió por el brazo a un inocente indio, servidor de otro español, y le arrojó a las llamas diciendo:

—¡Voto a tall, ¡que han de ser ciento!...

Esta crueldad sin nombre tuvo la virtud de agrupar de nuevo a los ejércitos araucanos. Desde los rincones más apartados de la selva, vinieron los hombres a ponerse bajo las órdenes de Lautaro. Las tribus enviaban a los restos de su juventud, aquellos que por milagro habían sobrevivido a la epidemia y al hambre; desde todas partes, desde todos los ámbitos de Chile, venía una voz clamando venganza. La voluntad del pueblo parecía nacer desde el fondo de la tierra y era un mandato a conquistar la vida de nuevo, a renacer de la derrota, el infortunio, y a construir el Estado sobre los restos del invasor. Lautaro era el jefe indicado para realizar esta empresa; era el único que había vencido a los conquistadores; a él solo cabía la misión de conducir los ejércitos araucanos. Le aclamaron jefe único; Caupolicán le entregó la insignia de su mando, y le dijo:

—¡Tú, el joven, el fuerte de la victoria, vengarás a tus hermanos y liberrarás a tu tierra!

Para Lautaro ésta era la oportunidad de su vida; el pueblo entero estaba detrás de él; todas las tribus le aclamaban y confiaban en su genio. Su enemigo era Villagra, el conquistador brutal y carnicero, que mantenía encarcelada, sin saberlo, a la única mujer que existiría en su vida. Lautaro sentía la obligación de liberrar a Guacolda y ganarla para sí de un modo o de otro; adivinaba la devoción que ardía en su pecho viviendo en medio de enemigos, siguiendo desde lejos la suerte de sus propias campañas con la esperanza de ser liberada alguna vez para vivir junto a él. Vagamente

presentía que al arrancarla del lado de Villagra iba como a ganar una batalla; una batalla más bien simbólica, íntima y silenciosa, pero trascendental; iba a ser como quitarle al conquistador la tierra en un instante para poseerla él por toda la vida.

Los grandes días de Arauco

Transcurrió, sin embargo, un largo tiempo antes de que Lautaro pusiera en práctica sus propósitos; el año de 1555 se terminaba ya cuando la Audiencia de Lima ordenó a los españoles de Chile reconstruir la ciudad de Concepción, que Lautaro había dejado en ruinas. Los colonos marcharon desde Santiago bajo el mando del esforzado aventurero Juan de Alvarado: los dos Villagra estarían ausentes de los sucesos que iban a desarrollarse en Concepción. Lautaro, cuando lo supo, no pudo ocultar su amargura; se le escapaba una nueva oportunidad para vengarse de los odiados primos, y, al parecer, su sueño de enamorado no iba a convertirse en realidad esta vez tampoco.

Preparó un pequeño ejército, y a comienzos de diciembre avanzó por segunda vez contra Concepción. Se acercaba a la fortaleza de Penco, cuando un muchachito indígena

que venía desde los lugares ocupados por los españoles, se le acercó y con voz entrecortada por el cansancio, le dijo:

—Desde Concepción te mandan esto...

En una mano tenía una minúscula saeta confeccionada con prolijidad femenina en un trocito de fresno, y junto a la punta aguzada, había una pequeña flor prendida y que la mano del indiecito había sofocado. Lautaro cogió el presente y lo tuvo largo rato en su mano; no cabía duda, tenía que venir de Guacolda; ella era la única que podía recordarle con cariño en Concepción y augurarle una victoria. Con los ojos brillantes de ansiedad y de contento, Lautaro agradeció al mensajero y luego, haciendo sonar su cuerno, ordenó reanudar la marcha. En su mente empezó a tejer un plan para derrotar a los españoles e impedir que se le escaparan. Dividió sus fuerzas y, al mando de un destacamento, se dirigió a Penco, enviando el resto hacia el Norte para que por detrás de Concepción cortaran toda posible retirada hacia Santiago.

La noche del once de diciembre avanzó cubierto por las tinieblas hasta una pequeña colina en frente de Purén; con todo cuidado eligió el lugar de la batalla; había hecho llevar unas pesadas vigas, que luego enterraron en el suelo y unieron con palizadas, construyendo una verdadera fortaleza. Además, cada indio acarrea un denso ramaje, detrás del cual ocultaría sus movimientos; pero esto no era todo, porque ahora traían también las armas que habían conquistado en Tucapel y Marihuenu, espadas, yelmos y cotas que Lautaro les había enseñado a apreciar.

Al amanecer, los españoles de Penco se encontraron con un ejército nacido de las tinieblas, amenazando de frente sus posiciones. La defensa fue rápida y febrilmente preparada. Los araucanos avanzaron en las primeras horas de la mañana; ocultos detrás de sus ramajes se hacían casi invisibles en medio de la vegetación exuberante de esos lugares. Esta arma poderosa y terrible que en nuestros días se llama camuflaje la usó Lautaro en aquellos tiempos, dando una prueba más de su genio militar y de su asombrosa imaginación. Los españoles, como siempre, intentaron un ataque desordenado y brutal de caballería. Cuando se acercaban a la fortaleza de Lautaro, una verdadera andanada de unos raros proyectiles les detuvo y les obligó a retirarse. Los indios, usando otra estratagema creada por el ex paje de Valdivia, lanzaban unos pequeños garrotes o rajas de leña contra la cabeza de los caballos, que, golpeados tan certeramente, se encabritaban, retrocedían y volvían grupas, finalmente, huyendo sin control. Los pocos infantes que lograban llegar hasta la empalizada eran liquidados rápidamente por las picas y mazas de los araucanos.

Después de esta escaramuza, Lautaro, cambiando su táctica acostumbrada y dando a los conquistadores una nueva lección, esta vez de coraje y audacia, avanzó al frente de sus tropas y a pecho descubierto contra la fortaleza; los defensores le aguardaron en silencio, con las armas listas. Los yelmos, coronados de plumas verdes, azules, blancas y encarnadas, brillaban en la atmósfera pura del verano. Lautaro avanzaba seguido de sus guerreros, con paso ágil y

graciosa destreza; arrastraba una lanza larga y gruesa, y de tiempo en tiempo la cogía por sus extremos y, poniendo a prueba sus músculos potentes, la terciaba y tanto la blandía, que los extremos casi llegaban a tocarse.

Cuando estuvo cerca, los arcabuceros empezaron a dispararle y sus indios a responder con espesas descargas de flechas. Lautaro, en medio de las andanadas, seguía avanzando, y cuando llegó a la fortaleza, desdeñando puente o puerta o paso favorable, de un solo salto libró el foso y trepando la muralla se descolgó al otro lado, seguido por sus audaces lanceros. La pelea cuerpo a cuerpo fue encarnizada; con una maza en la mano, Lautaro se abrió paso a garrotazos, dejando a unos tullidos, a otros mancos, hundiéndole a alguien "el pescuezo por los pechos" y rompiéndole a otro "los lomos y costados". Ante enemigo tan bravo y tan superior en número, los españoles no solo se retiraron sino que empezaron a huir. En Concepción, el vecindario escapó hacia el mar para ocultarse en el único barco que había en la bahía. Algunos corrían por los caminos que llevaban a Santiago, pero allí se encontraban con grandes troncos que atravesados en los senderos les obstruían el paso; luego aparecían los hombres designados por Lautaro para cortar la retirada y daban fácil cuenta de ellos. El barco zarpó sin aguardar a todos los fugitivos; soldados españoles se echaban con cabalgadura y todo al mar, y a nado pretendían darle caza. Los indios les perseguían con cruel insistencia, y cuando no les mataban, les dejaban ir con marcas para toda la vida. La derrota fue más contundente que la primera vez; Lautaro avanzó hacia Concepción.

Cuando la batalla estaba decidida, con los restos del ejército español huyendo hacia el mar o hacia Santiago, en un monte resonó un vocerío que atrajo la atención de los guerreros. Cuesta abajo y enarbolando lanzas, venía un batallón de mujeres araucanas a tomar parte en la pelea; por lo general, las mujeres de Arauco acompañaban a sus maridos a la batalla, pero permanecían al margen hasta que la suerte de su bando se había decidido; si les veían victoriosos y al enemigo huyendo, sacaban a relucir sus armas o cogían las de los caídos y cargaban con una ferocidad y una constancia de que ya no eran capaces sus esposos después de tantas horas de combate. Esta vez, Lautaro tuvo una razón más para alegrarse de verlas aparecer. Entre ellas pudo distinguir a la distancia la silueta fina y ágil de Guacolda. La indiecita blandía una lanza y corría con la destreza de un animal joven y hermoso; en el aire volaban sus trenzas morenas y sus ojos se agrandaban en la vecindad del peligro y con el espanto de la muerte que veía por todas partes. Con energía de guerreros avezados empezaron su trabajo en la retaguardia española. Lautaro, como pudo, se acercó a donde peleaban. Guacolda, al verlo, palideció; toda la belleza de su adolescencia temblaba ante la felicidad de encontrarse frente a Lautaro, su libertador y el caudillo de su pueblo. El le quitó la lanza que parecía arder bajo el calor de la reyerta reciente y del sol de mediodía y, cogiéndole la mano, le dijo:

—En mi tribu hay un lugar para ti, Guacolda; estarás allí aguardándome cuando yo regrese...

—Lautaro, mi señor —respondió ella—, toda mi vida he estado aguardándote; cuídate, que no te hieran, sálvate para que yo pueda amarte.

Luego, confiándola a uno de sus capitanes para que la condujese a la tribu, el jefe se separó de ella, montó de nuevo en su caballo y llevó sus tropas en persecución del enemigo. Concepción había sido destruida por segunda vez. En el aire se alzaron las llamas y las columnas de humo; en cenizas quedaba convertido un nuevo esfuerzo del imperio español para subyugar al pueblo libre de Arauco. Con saña y ferocidad, vengando en cada muerte de un español la muerte de cien indios, Lautaro destruyó a los fugitivos o hizo una matanza en la playa frente al barco que escapaba y que llevaría hasta Santiago el eco de sus hazañas.

Esta victoria consagró la fama de Lautaro en todo Chile; dio la impresión de que su poderío era invencible y de que el reinado tocaba a su fin. Los chilenos de todas las regiones del país vieron en él al jefe de la victoria, el único hombre capaz de doblegar y destruir los ejércitos españoles. En Arauco, los caciques decidieron celebrar el triunfo con una fiesta magnífica, algo sin parangón en la historia de ese pueblo. Invitaron a gentes de toda la región y a jefes de remotas tribus, a gentes de la selva, de la montaña, de las islas. Se iban a celebrar torneos de fuerza y destreza, y se iba a llevar a cabo también la boda de Lautaro y Guacolda. Vinieron los forasteros y ocuparon los valles, los montes y las riberas del lugar; miles de ellos; parecía que el país austral entero se congregaba para saludar al héroe de Arauco.

Caupolicán convocó a los juegos, y con gesto magnífico fue señalando los premios a los jóvenes campeones. Para el que lanzara un dardo a mayor distancia, el premio era un alfanje guarnecido de plata; para el más diestro luchador, una celada de plata, cubierta de altas plumas de colores y rodeada de un cerco de oro puro; para el más veloz corredor, un lebrél que lucía un collar recamado; para el flechero de mejor puntería, un arco con su aljaba dorada “pendiente de un labrado talabarte”; para quien esgrimiese la maza con más maestría, un caballo morcillo con rica silla española. Los mocetones, rodeando la palestra, sentían hervir la sangre, ansiosos de lucirse ante sus caciques y ante la belleza morena de las jóvenes indias. Caupolicán hizo sonar una trompa, y ésta fue la señal de partida para las diferentes competencias.

Mientras tanto, en una ruca no muy lejana, Lautaro arreglaba los pormenores de su matrimonio con el padre de Guacolda. La costumbre era de que el novio pagase a su futuro suegro una dote que consistía en unas cuantas llamas o “hueques”, algunas mantas de lana y unas botijas de chicha. Los novios y los familiares se habían sentado frente a la ruca, y gozando de la sombra fresca de los árboles, comían los clásicos platos de maíz y bebían la chicha espumante y sabrosa. Conversaban con sencillez y no reían mucho; eran más bien gente triste, tal vez porque pensaban demasiado en la muerte o porque vivían en una tierra demasiado poderosa; aplastados por la montaña, sofocados por la selva, limitados por los ríos, eran gente rebelde; vivían como asfixiados, anhelando siempre evadirse, ya fuera por

la muerte, por la bebida o, simplemente, por la inercia. Por eso, cuando la hora del triunfo y de la fiesta llegaba, bebían en grandes cantidades para ponerse alegres y olvidar un poco la secreta angustia; desgraciadamente, esta alegría era más bien peligrosa, pues casi siempre terminaban dándose de bofetadas o de garrotazos. Pueblo triste, pero fuerte; bueno, pero violento; Dios le quería, sin embargo, y había puesto la Cruz del Sur sobre su cabeza para protegerle.

Lautaro bebía chicha, miraba a Guacolda y sonreía; los parientes bebían también y sonreían haciendo comentarios irónicos. Junto al grupo corría un arroyo de sonido sencillo y cristalino; el aire vagaba por entre los árboles y dentro de la ruca la fogata habitual ardía y era como el corazón del suelo.

Cuando llegó el atardecer, Lautaro se despidió de la novia y de su suegro como si nada hubiera sucedido y se marchó a su ruca a esperar la noche. Guacolda le dijo adiós y se fue también a su ruca. Todo era parte de la costumbre, de un verdadero rito que bien puede sonarnos como leyenda a nosotros, pero que fue verídico. Las sombras cayeron luego y solo quedó viva el alma de las fogatas; entonces Lautaro abandonó su ruca y fue hasta la de su esposa; entró con gran sigilo, la tomó en sus brazos y salió con ella; a la puerta estaba su caballo esperándoles. Desde las otras rucas los indios miraban divertidos y hacían comentarios risueños. El caballo partió a la carrera y se lo tragó el bosque. Lautaro había raptado a su esposa... Era la costumbre araucana, el rapto simulado que coronaba la ceremonia de una boda; en esta costumbre pintoresca y extraña estaba vivo el carácter

heroico del araucano que gozaba de la lucha aún tratándose de amores.

En un sitio lejano las mujeres bailaban separadas de los hombres. El canto era triste y la música más bien monótona; un tamboril marcaba el ritmo interminablemente, mientras una melodía sencilla manaba como un lamento de unas flautas hechas con huesos de hombres o de animales... A veces una voz sobresalía, y era pura y de fino timbre; una voz de ángel que decía cosas de la guerra, de los espíritus o de las siembras; todo parecía animarse al conjuro de esa voz; pero luego moría y solo el tamboril entregaba su ritmo de cuero, mientras el aire seguía llorando por los agujeros de las flautas, tal vez las canillas de Don Pedro de Valdivia...

El torneo había asumido un contorno dramático; el joven Orompello había sido derrotado en el lanzamiento del dardo por el famoso Leucotón, y, no satisfecho con el veredicto de los juegos, había iniciado una reyerta. Caupolicán no escuchó sus reparos, no obstante, y entregó el premio a su rival. Luego se había dado comienzo a las luchas; Cayeguano dio cuenta de Torquín, y Rengo, de Cayeguano y de Talco; pero se presentó Leucotón y rápidamente resultó ser el supremo vencedor. Orompello, sin embargo, había estado por allí rumiando su derrota y alimentando su deseo de venganza. Cuando vio a Leucotón vencedor, se adelantó a la palestra dispuesto a arrebatarse el título; los demás, que ya conocían su enemistad, se apartaron para ver una lucha épica.

Los dos hombres frente a frente se miraron con odio; tenían desnudo el cuerpo. Orompello era más joven, un

adolescente apenas; bien plantado, de anchos hombros y de cadera estrecha, de manos firmes y nervudas; en el pecho apenas se veía la sombra de un vello; se movía con agilidad, parecía inquieto, demasiado ansioso por acabar la lucha. Leucotón era el varón sabio en el combate; astuto como un zorro viejo, no gastaba energías en balde. Su pecho parecía un tambor de guerra, sus piernas se plantaban sobre la tierra como dos encinas. Sonó el cuerno de Caupolicán y empezó el combate.

Avanzaron cautelosos, el cuerpo semiinclinado; Orompello con un gesto felino, trató de coger las piernas de su adversario; pero éste, rápido, saltó atrás y amagó el peligro. Orompello saltaba ahora alrededor; sus ojos le brillaban, tenía el rostro pálido y su negro cabello le cubría casi una parte de la cara. Avanzaron tentándose con las manos, como buscando la ventaja en la tomada; llegaron al cuerpo a cuerpo; se aferraron entonces en un abrazo salvaje, terrible, que hizo crujiir los huesos y se fueron dando vueltas por el campo sin caer, entre bufidos y maldiciones; el pecho contra el pecho, las rodillas avanzadas, los pies tendiendo traicioneros lazos a las piernas enemigas, forcejearon por un largo tiempo. Sin soltarse y apretándose como si fueran a triturarse, moviéndose de un lado para el otro, los músculos tensos, los cuerpos sudorosos, hasta que no pudiendo contenerse ya más, rodaron ambos por el suelo. Según la costumbre araucana, ninguno de los dos era el vencedor.

Pero entonces vino la disputa sobre el premio; los luchadores se empeñaban en decidirlo en un combate a muerte;

los partidarios de uno y otro discutían a voz en cuello y una batalla campal estaba a punto de armarse. El mismo Caupolicán había perdido el control de sí mismo y ya iba a golpearse con Tucapel, el primo de Orompello, cuando el anciano Colo-Colo, el de las sabias razones, vino a restaurar la paz. Colo-Colo dispuso que la celada fuera concedida a Orompello, quien, más joven e impulsivo, no podía consolarse si no se la daban, y que Leucotón recibiera una malla de cuero guarnecido de oro. Satisfechos ambos con el premio, la fiesta siguió su curso y vencedores y vencidos fueron a sellar la amistad con el turbador hechizo de la chicha.

Concluidos los torneos, llegó el momento de pensar en la guerra nuevamente. A nadie se le habría ocurrido acabar las campañas de liberación con las victorias de Concepción y Marihuenu; el de Arauco era un pueblo de guerreros; la lucha era para ellos el trabajo de cada día; la muerte, la aventura apasionante que viene detrás de cada golpe.

Los caciques se reunían de nuevo en Consejo; ciento treinta hombres fuertes de Arauco habían sido convocados. Era la orden de que cada guerrero se presentase luciendo los trofeos conquistados en las peleas con los españoles; un peto de cuero, un trozo de una coraza, la pluma de una celada, un sable, una lanza, eran objetos preciosos que enorgullecían a sus poseedores. Ocupando el sitio de mayor importancia, estaba Lautaro vestido con el traje que perteneció a Valdivia; su piel morena, sus cabellos y sus ojos negros resaltaban en el verde y púrpura del traje; el peto ceñía su pecho joven y el casco de acero brillante le daba la apariencia de un extraño

dios adolescente; se mantenía de pie, mirando a la distancia con un gesto de vaga melancolía; tenía ya la mirada de los triunfadores, la mirada de los héroes que ignoran su destino, que construyen hoy un mundo sobre la palma de la mano para que el viento lo vuele y lo convierta en polvo en seguida; era como si el atavío del Gobernador le hubiese transmitido un poco de universalidad, un poco de su prestigio europeo, transformándole de inmediato en un héroe más allá de las fronteras de Arauco. Los demás caciques, con sus extraños adornos, formaban un cuadro fantástico, a la vez terrible y trivial. Caupolicán, el tuerto, lucía un gran casco de acero y tenía una espada al cinto, mientras el resto de su cuerpo permanecía desnudo. Inaugurando el Consejo, él fue quien primero usó de la palabra:

—...ayudado por vuestros corazones, pienso entrar en España fácilmente y someter al emperador Carlos V bajo el dominio araucano.

Su voz era tan poderosa como descabelladas eran sus pretensiones; ignorante y heroico, fuerte, sano y brutal, el gigante no podía medir sus palabras; medía el mundo de acuerdo con la grandeza de su propio corazón.

—...los españoles ya no pueden oponérsenos, sabemos el valor de sus espadas, sabemos cómo vencerles, pues ya les hemos vencido; ¡con la fuerza de vuestro brazo, araucanos, conquistaremos no solo España, sino el mundo entero!

Su oratoria entusiasmó a los jóvenes mocetones, que ardían en deseos de participar en una campaña. Pero ante el centenar de caciques había hombres juiciosos y serenos;

Petequelén, por ejemplo, y a él, precisamente, correspondió el uso de la palabra...

—Fuerte varón y capitán perfecto, no dudo de la fuerza de tu brazo ni de la capacidad de tu ejército —dijo el anciano—; pero falta mucho por hacer antes de que pienses en desterrar a los invasores y conquistar España. Mejor será que nos contentemos con las tierras que nos han legado nuestros mayores y que las defendamos y las mantengamos libres de extrajero dominio... Ya dirá el destino lo que hayamos de hacer cuando sea nuestra la victoria...

A estas palabras llenas de sentido, respondió Tucapel, el cacique más soberbio, más rebelde, el más fiero capitán araucano.

—No me espanta a mí la España ni sus hombres, sean ellos divinos o humanos; lanzarles de Chile y destronarles no ha de ser para mí bastante guerra; con la fuerza de mi maza y a puro golpe de hierro he de perseguirles hasta el fin del mundo, y cuando no quede uno de ellos, cuando haya desolado sus hogares, cuando haya convertido en polvo y muerte su odiosa tiranía, haré la guerra contra sus dioses, destruiré su propio cielo..., la máquina entera de su imperio y de sus dioses vendrá al suelo hecha pedazos. No son los hados ni la fortuna los que nos detienen, es solo nuestra flaqueza. La fortuna y el hado no son sino la fuerza de los brazos; mi destino lo hago yo con el golpe de mi maza y es nuestra propia obra la que ha de crear nuestra grandeza o nuestra ruina.

Estas palabras, encendidas de orgullo y de soberbia, provocaron una gran conmoción en la asamblea; hubo quienes

las aplaudieron con entusiasmo y quienes las condenaron; la unidad pareció romperse; entonces el hombre de la paz, el viejo de la cordura, Colo-Colo, alzó su voz e impuso el silencio.

—Vuestra tierna edad os descontrola —empezó diciendo—; a los ancianos corresponde llevar la paz y el sentido allí donde la sangre y la inexperiencia hierven. No hagamos desprecio de los españoles; si bien es cierto que fueron vencidos, bien sabéis cuán caro vendieron sus vidas... Con sano juicio y con calma organicemos la tarea de redimir a nuestra patria. No prestemos oído al loco entusiasmo que las victorias, cual generoso licor, encienden en nuestra sangre... Mi opinión es que dividamos nuestro ejército en tres bandos y que con ellos ataquemos Cautín, Valdivia y Santiago...

¡Santiago! ¡La ciudad fundada por Valdivia, la mejor fortaleza de los españoles, el corazón de Chile! Santiago, situada al término de un desierto y al comienzo de un paraíso, donde las expediciones acababan y nuevas aventuras se concebían... Lautaro oyó la palabra y para él tuvo un eco profundo; conquistar Santiago era conquistar Chile; desterrar a los españoles de la capital significaba entregarlos al mar o al desierto; éste era el broche que necesitaba su campaña; éste, el plan que le consagraría como genio militar ante su pueblo y ante la historia; la conquista de Santiago significaba llevar la guerra fuera de Arauco, contagiar al resto de los chilenos con el espíritu de la libertad y el odio a la tiranía. Sus ojos brillaban y su cuerpo entero parecía irradiar fuerza y entusiasmo cuando Colo-Colo acabó su discurso.

Antes de que hablara Lautaro debía hablar Puchecalco, el hechicero. Viejo y misterioso, escondido en su fama de mago, Puchecalco traía al Consejo la voz de los espíritus, la profecía que sus ojos descifraban en el curso de las estrellas, en el canto de los aves o en la dirección de los vientos. Aquella vez el hechicero parecía más siniestro y sombrío que nunca; antes de hablar se le escapó un suspiro.

—Tendréis libertad por un tiempo breve —dijo—, y lo más de este tiempo ya está pasado... Está escrito en las estrellas que sufráis duros trances y amarga tiranía nuevamente. El aire anda lleno de señales, las aves nocturnas han invadido el día y nos turban con su vuelo sordo, mientras las plantas, envenenadas por secreto humor terreno, perecen sin producir fruto. Es funesto presagio el que os traigo; el fuego de la guerra arde ya en la tierra; ruina y fracaso, dolor y miseria veo por todas partes...

La mirada del hechicero se posó en Lautaro, que le miraba con absoluta calma.

—Sobre el golpe del viento viene la muerte, da vueltas a tu alrededor, te quiere palpar y se detiene; en su garra hay un movimiento paralizado; cualquier brisa le dará vida; se pasea por tu lado, va y viene la muerte. Estará junto a ti a la aurora; se caerán las estrellas, se irá la noche y no llegará el día; ¡nadie te podrá librar de su abrazo!...

Nadie tampoco osó quebrar el silencio que siguió a sus palabras. Lautaro, mudo, sereno, miraba hacia lo lejos. De súbito, Tucapel avanzó y alzando su garrote en el aire lo dejó caer como un rayo sobre la cabeza del hechicero, diciendo:

—¡Veamos si adivinando se defiende de mi maza este necio!
La muerte del hechicero sobrecogió de espanto a los caciques; el horror y la sorpresa les mantuvo quietos; el gesto de Tucapel era un sacrilegio a los espíritus; todos los mitos de Arauco vengarían la muerte del agorero; Caupolicán, reaccionando, gritó:

—¡Capitanes! ¡Muera!

Y entonces los guerreros se fueron como bestias salvajes sobre Tucapel. Hubo un revuelo de mazas y garrotes; el cacique se defendió como un león acosado; de cada golpe volaba una cabeza. Ni diez, ni veinte eran capaces de dominarle. La pelea se convertía en una batalla campal. Lautaro, al fin, tocó su cuerno y el eco de su llamado detuvo a los combatientes. Temblando de cólera, el joven caudillo comenzó su arenga.

—Inútil, criminal, vergonzoso es gastar nuestras fuerzas combatiendo entre nosotros mismos —dijo—; nuestra raza necesita de todo nuestro valor, de toda nuestra pujanza; no podemos malgastar en esta loca lucha intestina lo que nos hace tanta falta. Soldados de Arauco, nuestra tierra ha sido invadida, el extranjero viene desde un imperio lejano a robar nuestras riquezas; nos despoja de todo, nos somete al dominio de la fuerza, mata a nuestros hombres, a nuestras mujeres, quema nuestros sembrados, se lleva nuestro oro y deja tras sí el hambre, la desolación y la miseria. Gentes cobardes o incautas, gentes de baja condición, bandidos, se entregan al invasor y sirven de azote contra sus hermanos; los yanaconas y los otros que sirven al español deben abrir

los ojos, despertar a la verdad y declarar la guerra contra los tiranos. Vamos hasta ellos, recorramos el país con un ejército libertador; llevemos la voz de redención a través de los llanos, de montes, de ríos, hasta el desierto. Lleguemos hasta el Mapocho, golpeemos en el corazón mismo de los invasores. ¡Conquistemos Santiago! A nuestro paso, las gentes despertarán, los chilenos verán llegada la hora de luchar por la independencia de su tierra. ¡Contra quienes se han apoderado de nuestras siembras, de nuestras ciudades, de nuestras minas! ¡Conquistemos nuestra patria, ya que la hemos perdido! Desde hace una eternidad, nuestros antepasados vivieron en esta tierra maravillosa que nos sustenta; generaciones y generaciones de chilenos vendrán tras nosotros a ocuparla y a bendecir sus frutos. ¡Seamos leales a nuestro pasado, seamos dignos de nuestros hijos! ¡Mocetones de Arauco, gente libre y valerosa de Chile, vamos a continuar esta guerra hasta que no quede un solo invasor, un solo tirano, un solo siervo del imperio en nuestra patria!

Los jóvenes de Arauco, los caciques todos, aclamaron una vez más al caudillo. Lautaro expuso luego su conformidad con los planes de Colo-Colo y se ofreció para dirigir personalmente la campaña contra Santiago. El conocía la capital, había vivido en ella, conocía el valle central y las tribus que lo habitaban, conocía las armas españolas, sus puntos fuertes y débiles; nadie como él podría dirigir esta empresa. El acuerdo fue unánime: Lautaro fue designado jefe del ejército que intentaría la toma de Santiago.

Para llevarla a cabo, Lautaro no quiso aceptar el concurso de todos los miles de soldados que se le ofrecían; ante el asombro de todos, organizó un pequeño y selecto ejército de solo seiscientos hombres; escogió los más jóvenes y fuertes, los más hábiles, inteligentes y leales; lo mejor, lo más puro de Arauco. Luego les entrenó con todo cuidado en el arte de combatir a los españoles; les dio, además, principios; les enseñó cuanto había aprendido al lado de Valdivia; hizo un guerrero perfecto de cada uno de ellos; y cuando les tuvo listos, cuando estuvo seguro de que no le fallarían en ningún sentido, solo entonces se puso en marcha.

Un día, al amanecer, dijo adiós a Guacolda, la tierna esposa; quedó ella en la selva para llorar por el marido ausente y mantener viva su imagen en medio de las sombras de los bosques y de los mitos que en la noche velaban por el destino de los guerreros. Los seiscientos —que mejor que los castellanos merecerían el pomposo título de “los de la fama”— partieron de Arauco y se movieron rápidos y decididos, como una bandada de aves salvajes, hacia el valle del Mapocho.

A la conquista de Santiago

Lautaro procedió en esta campaña con el talento de un consumado estratega; quienes han estudiado a fondo los detalles de su guerra contra Santiago no pueden menos de maravillarse ante la inteligencia, la previsión y audacia del joven general. Lautaro superó a su maestro Pedro de Valdivia; le superó no solo en talento militar, sino en el significado que supo dar a sus acciones. Pedro de Valdivia fue el aventurero por excelencia; Lautaro —como sería más tarde Bolívar— fue el libertador, el héroe popular que luchaba por una causa: la independencia y el engrandecimiento de su patria.

Conocía la estructura de su tierra como la palma de su mano; sabía que el valle central, a causa del abandono en que se le tenía entonces, de las largas distancias a través de parajes intransitables y de las escasas poblaciones, no podía ser de utilidad para sus planes. El camino de la costa, en

cambio, iba a través de valles fértiles, de tribus numerosas, y conducía hacia el valle de Mataquito, que era asimismo fecundo en toda clase de recursos. Aquí, en una tierra próspera, donde había alimentos, donde había gentes y desde la cual se podía dominar todo el corazón de Chile, mantenerse en contacto con sus hermanos de más allá del Biobío, así como asegurarse los refuerzos de la región de los promaucas y hacer oír su voz en el valle del Mapocho y del Aconcagua, proyectaba Lautaro asentar su campamento.

Ahora, cuando su pequeño ejército avanzaba hacia el norte a marchas forzadas, se comprendía toda la grandeza de su estrategia. Sabiendo que el avance iba a ser peligroso, duro y a tiempo rápido, que sus ataques serían por sorpresa, no había querido traer una gran masa de soldados. Habría resultado imposible movilizar a una muchedumbre a través de ríos y montañas, hasta llegar al Mataquito. Con sus seiscientos valientes, Lautaro se movía con rapidez; atacaba aquí o allá, en la noche generalmente; se apoderaba de su botín y luego partía para dar un nuevo golpe a una distancia increíble del anterior. Los españoles creían vérselas con el demonio; era éste un enemigo astuto y fiero que no habían enfrentado antes.

Pero esto no era todo; Lautaro no necesitaba de un ejército regular para batir a los conquistadores; él sabía que después de los triunfos araucanos en Tucapel, Marihuenu y Concepción, los invasores habían caído en el descrédito; ya no eran los dioses invencibles, los fabulosos personajes que habían llegado en palacios flotantes y disparando rayos. Los chilenos sabían ahora que era posible derrotarlos; desde todas partes llamaban

a Lautaro y le ofrecían hombres, víveres y armas para que continuase su lucha de liberación. Su avance era, pues, una revolución en marcha. Lautaro atacó un campamento minero, por ejemplo, y se apoderó de toda clase de herramientas, mató a los encomenderos y libertó a los trabajadores indios; luego se reunió con todos los caciques del lugar y les dirigió una arenga, les invitó a levantarse en armas contra los tiranos y a formar filas en su ejército. Desde allí partió con un nuevo regimiento siguiendo a su guardia araucana.

El verano entregaba sus calores mientras tanto; los ríos venían debilitados y era fácil pasarlos a pie enjuto. Todas las poblaciones ribeanas del Maule y del Itata despertaban inquietas por la fama de Lautaro y se preparaban para la sedición; a mediados de mayo, Lautaro cruzó el Maule. Las primeras noticias de sus triunfos llegaron entonces a Santiago.

En el centro de los valles más populosos y más fértiles de Chile, en la huerta del Mataquito, entre Peteroa, en el valle central, y Lora, en las colinas junto a la costa, el jefe araucano estableció su cuartel general y empezó a construir una ciudadela para resistir a los ataques del enemigo, que no tardaría en venir. Esta fortaleza iba a ser el centro armado de una insurrección destinada a ser nacional.

*

En Santiago la noticia de que Lautaro había cruzado el Maule produjo una verdadera conmoción. La ciudad, desde que Valdivia había marchado al Sur, estaba indefensa. El Conquistador había llevado consigo casi todos los hombres

y prácticamente cuanto arma había disponible; se dice que arrastró no solo con lo que era suyo, sino también con lo ajeno; se recuerda el hecho de que por pura generosidad dejó un herrero, uno solo, para que atendiera las demandas de toda la población. Cuando Valdivia murió, Francisco de Villagra llegó desde el Alto Perú como un enviado de la Providencia; los santiaguinos le recibieron como al salvador; de modo que cuando éste a su vez fue derrotado en Marihuenu, "Santiago y el país entero estuvieron a dos dedos de sucumbir y despoblarse".

La situación de Santiago era, pues, en ese año de 1556 por demás precaria; los conquistadores se habían repartido las tierras en grandes estancias; mordidos por su ambición, se habían aislado unos de otros en el espacio de cien leguas entre el Aconcagua y el Mataquito. Santiago yacía al medio como una aldehuela perdida; su soledad era lastimosa; no dejaba de ser el tambo que Valdivia ideara para servir de posada y refresco a los soldados que llegaban tarde, mal y nunca desde las tierras del Norte. Lautaro sabía esta condición de la capital, conocía su debilidad, su aislamiento y sus enormes posibilidades. Ahora, ante la vecindad del peligro, los españoles empezaron a darse cuenta de ello también. Francisco de Villagra se hallaba entonces en Santiago y fue tal vez el único todavía empeñado en ignorar la gravedad de la situación; creyendo que el avance de Lautaro no era sino una escaramuza y que sus indios huirían ante la sola voz de que un ejército español les iba al encuentro, ordenó a Diego Cano marchar contra Lautaro al mando de una pequeña partida de jinetes.

Cano avanzó hasta el Mataquito sin darse cuenta de las columnas de humo que se alzaban a su paso, indicando a Lautaro sus movimientos. Antes que pudiera divisar siquiera la fortaleza araucana, Cano y su insignificante caballería fueron sorprendidos por una emboscada y puestos en fuga. Lautaro les persiguió por un largo trecho y, habiéndoles cogido un prisionero, los dejó huir; el prisionero fue desollado y su cuerpo lleno de paja fue suspendido de un árbol como espantapájaros. Este acto dio una idea más exacta a Villagra de lo que se trataba; la alarma cundió en Santiago; los hombres empezaron a sacar sus armas enmohecidas por el desuso y se ofrecieron a colaborar en la defensa. Hasta entonces habían escuchado el relato de las hazañas de Lautaro con un dejo de desdén, o al menos de incredulidad; no les parecía posible que un muchacho imberbe, el ex pajecillo del Conquistador, que ellos habían visto pasar por las calles de Santiago llevando los caballos al bebedero, fuera a ser capaz de poner en verdadero peligro el destino de la Colonia. Pero ahora, con el joven caudillo a las puertas del Mapocho, todos aquellos relatos de heroicas hazañas crecieron en magnitud y significación. La figura de Lautaro se tornó fatídica, apareció como un dios vengador con el azote listo para descargarlo sobre sus hogares.

Villagra juntó todos los jinetes que pudo, les armó con picas, y tras ellos envió a sus arcabuceros, más varios centenares de indios esclavos; dispuesto a ponerse él mismo frente al frente de este ejército, cayó enfermo, sin embargo, y hubo de resignarse a dar el mando de la expedición a su

primo hermano, Pedro de Villagra. Partieron los españoles un día de julio; las lluvias comenzaban a desgranarse y el viento frío de la cordillera empezaba a pulir el contorno de las cosas. Había huido el color reseco de las llanuras y un verde gris y sucio, como si hubiera sido el moho de la niebla, cubría la tierra. Los cerros estaban pelados, hoscos bajo los negros nubarrones que hacían maniobras en el cielo. Los ríos empezaban a crecer; corrían por los valles oscuros con su bulla de piedras y sus voces misteriosas. Al atardecer llegaron los españoles a la vecindad de Peteroa, y en el fondo del valle instalaron su campamento.

Un espeso nublado se escurría por todas partes; con mil lazos de humo parecía tentar las cosas, acariciar los árboles y luego retirarse; se pegaba a los cerros, les recorría por las faldas arriba y luego se descolgaba a pedazos, dejándoles harapientos y tenebrosos. De pronto, sobre una altura vecina que dominaba toda la planicie, los españoles vieron una multitud de fogatas que se encendían en la noche como para suplantar las estrellas. Entre la niebla surgían las llamaradas lengüeteando el aire; una humareda espesa y fragante llenaba el ambiente; era el olor de las hojas quemadas y de la madera seca ardiendo.

Villagra reconoció en esos fuegos, y en la posición estratégica de donde salían, la presencia de Lautaro. No quiso atacar, sin embargo; creyó más oportuno aguardar hasta el amanecer. Sus hombres quedaron dormidos; a poco, en todo el campamento reinaba el silencio. Una fogata enorme se alzaba al medio de las tiendas; el chisporroteo de las

ramas quemándose podía escucharse desde lejos; de vez en cuando una rama estallaba soltando un puñado de chispas que se iban a incrustar en la sombra. Hasta los centinelas se permitían dormir confiados en la quietud de la noche.

Los dos campamentos enemigos yacían separados por una corta distancia, bajo un cielo tempestuoso; parecía que el destino de los hombres estaba siendo tejido en esos instantes por arañas invisibles y que toda vida estaba paralizada en ellos por obra de un extraño sortilegio.

Sería medianoche cuando el campo español fue despertado por un ruido súbito; un grito resonó en el aire y luego fuertes pisadas que corrían sin control entre las tiendas. Villagra, sobresaltado, abandonó el lecho, cogió sus armas y salió pensando que le atacaban por sorpresa. Los soldados se levantaron también y empuñando sus espadas buscaban al enemigo en la sombra. Todo el campamento estaba en confusión. Corrían de un lado para otro y hasta hubo quienes se dieron de golpes sin reconocerse. Alguien gritó:

—Por aquí, por aquí andan...

Y todos acudieron a sus voces. Grande fue su sorpresa cuando se encontraron con un caballo que sin silla ni jinete corría desatentado buscando una salida. Dándose cuenta de lo absurdo de la situación, rieron de buena gana; pero no rieron tanto un momento más tarde, cuando advirtieron que el caballo no era de los suyos, sino que provenía del campamento araucano.

—Alguien ha venido a espiarnos —dijo Villagra—, e indudablemente se le escapó el caballo.

Este incidente fue entonces la voz de alarma; los soldados se pusieron sus armaduras, empuñaron sus lanzas, reunieron la caballada y aguardaron alertas. Villagra, rodeado de sus hombres de confianza, discutía los detalles del próximo combate.

—Es posible que Lautaro ya no ataque esta noche —decía—, en vista de lo que ha pasado; él sabe que estamos sobre las armas; pero de todos modos le esperaremos, y si no viene, nosotros iremos contra él al amanecer.

Mientras tanto, en el campamento indio, Lautaro descansaba frente a su tienda y todavía reía del susto que había hecho pasar a los españoles. En efecto, él había sido quien soltó el caballo en el campamento de Villagra. Protegiéndose en la obscuridad de la noche y en compañía de dos guerreros, había visitado a los españoles para cerciorarse de las fuerzas que traían consigo y de la posición que ocupaban; después de averiguar todo lo necesario, quiso burlarse de su enemigo haciéndole pasar un susto, y fue entonces cuando soltó el caballo entre las tiendas.

Lautaro estaba seguro de su triunfo; hasta entonces no había conocido sino victorias; transportado a la fama de improviso, convertido en caudillo y en héroe de todo un pueblo, su juventud ardía de impaciencia por iniciar nuevas batallas, por acometer empresas más importantes y liquidar al invasor para siempre. Había, en realidad, alcanzado la cúspide de su poder. Su carrera había sido espectacular; iniciándose en plena adolescencia como un jefe de genio, todavía no salía de ella cuando todo un pueblo tenía sus

esperanzas puestas en él y los invasores le temían más que al mismo demonio.

Hasta entonces, Lautaro venía actuando bajo el impulso de su juventud; avanzando en el campo de batalla y en el campo de la historia como un bólido, no tenía ni el tiempo ni el deseo muy fuerte de detenerse a reflexionar. Era el muchacho que, en vez de combatir en un campo de deportes, combatía en el campo de batalla. Sentía la causa de la patria muy hondo y muy clara, sin embargo; sabía que estaba luchando por la libertad de Chile y por la grandeza de sus gentes. Pero a veces se preguntaba qué iba a hacer con esa libertad y esas gentes una vez que obtuvieran la victoria..., derrotar al enemigo; pero en ninguna de ellas había una alusión al porvenir.

Poseído por el furor de la guerra y la satisfacción de la victoria, no deseaba más que avanzar, y avanzar sin dar tregua al enemigo. Se le veía activo, dinámico, siempre alerta, organizando, preparando planes e imaginando batallas. En sus ojos ardía una inquietud casi trágica, era un fatal apresuramiento, una prisa por llevar a cabo sus ideas de inmediato y en forma espectacular; parecía como si en el fondo de su alma hubiera sabido que su vida iba a ser corta, que su existencia estaba resultando demasiado precoz y genial para que durase un largo tiempo. Los indios le comparaban con un ave de rapiña; y así era; veloz, decidido, audaz, caía como un águila sobre su presa, despreciando los peligros, recio, con el arma lista y sin ningún temor de la muerte. Era un gran estratega, pero lo era más

bien por instinto; en el fondo era un gran improvisador. El mismo no era sino una genial improvisación de los espíritus de Arauco. Precoz, nacido bárbaro y convertido en genio, criado en la selva y conquistador de ciudades, un hábil rapazuelo cuando niño, ahora jefe de un pueblo, no había lógica en su existencia. Por ella corría una inspiración divina. Y era el símbolo de su pueblo; de un pueblo que ha estado siempre despreciando a la muerte, luciendo su habilidad y astucia, actuando con precocidad e improvisando, combatiendo con firmeza por algo que solo presiente, que jamás ha logrado ver claro.

Su campamento se alzaba en una pequeña puntilla que dominaba el rico valle; su posición era muy estratégica; a su espalda tenía un espeso bosque en que se mezclaban las pataguas, los peumos y los robles; por el frente y los flancos estaba rodeado de pajonales y defendido por densos pantanos y carrizales de totora. En el invierno estos parajes acumulaban agua y se hacían completamente intransitables; allí los españoles, que contaban con la caballería como mejor arma, no podían maniobrar, debían ser presa fácil para sus flecheros.

Hasta cerca del valle alcanzaban sus avanzadas; sus centinelas escrutaban con ojo avizor dentro de las tinieblas y las rondas nocturnas recorrían regularmente, asegurándose de que todo estuviese en orden. La disciplina entre sus soldados era ejemplar; se asegura que si un centinela era sorprendido durmiendo se le colgaba de dos picas, y quien robaba una espiga era sentenciado a muerte. Por lo demás,

Lautaro predicaba con el ejemplo: era el único a esas altas horas de la noche que permanecía despierto y alerta; las rondas nocturnas eran dirigidas por él mismo la mayor parte de las veces.

Sentado frente a su tienda, parecía contemplar el paso del tiempo con la respiración fina y todos los sentidos avizores; estaba contando los minutos hasta el momento de entrar en batalla. Su cuerpo no conocía el cansancio, su energía era inagotable; su mirada ardiente vagaba por las tinieblas detrás del peligro. El cielo estaba negro y una brisa caliente presagiaba tormenta. No amanecía aún cuando sintió unas voces que le llamaban desde lejos.

—¡Lautaro!, ¡eh, Lautaro! Marcos Veas desea hablarte.

El indio se puso en pie y cogió su lanza; los centinelas no habían advertido la presencia de los forasteros; era una mala señal. Se acercó hasta la empalizada que rodeaba su fortaleza y respondió:

—¿Quién eres? ¿Qué deseas? Yo soy Lautaro.

A la distancia, la voz continuó:

—Soy yo, Marcos Veas, que fue tu amigo en casa de Valdivia; te conocí en Santiago...

Lautaro se quedó pensando; por más que escrutaba en las sombras, no podía distinguir nada; la voz parecía venir de una distancia apreciable, tal vez desde debajo de la puntilla.

—Marcos Veas... —repitió la voz.

Lautaro sonrió reconociendo la voz, y dijo:

—Y bien, Marcos, me acuerdo perfectamente de ti, amigo; ¿vienes a tenderme una celada?

En el tono familiar con que habló, la ironía se mezclaba al agrado de hablar a un antiguo conocido. El capitán Marcos Veas, uno de los mejores soldados de Valdivia, había sido en efecto un amigo de Lautaro mientras éste estuvo en Santiago. Sin embargo, era incomprensible el hecho de que viniese a hablarle en estos momentos y ocultándose en las sombras.

—No, Lautaro; vengo como un amigo a decirte que te vayas, que regreses a Arauco, porque el Gobernador Villagra está dispuesto a matarte a ti y a todos tus guerreros si insistes en atacar Santiago.

—Capitán —le replicó Lautaro—, es verdad que somos amigos, y por el amor que te tengo te ruego que desistas en combatirme. Nada puedes tú, amigo, contra mi ejército. Tus compañeros están ciegos; no se dan cuenta de que mi ejército es inmensamente superior en hombres y que estamos peleando en nuestra tierra; ustedes no son sino un puñado y perecerán rápidamente cuando nos enfrenten. No quisiera que tú corrieses peligro; Marcos Veas, vuélvete a Santiago...

—Por tu boca habla el orgullo, Lautaro; no seas soberbio, ríndete y vuelve a tu selva; el imperio español es demasiado poderoso para que tú puedas oponértele.

Hablaban a voces; en el silencio de la noche el diálogo era escuchado por indios y españoles; ni un ruido les interrumpía; solo el canto de los grillos y la letanía de las ranas en los pantanos se alzaban como para servir de fondo a las dos voces.

—¡Marcos Veas, no deseo que perdamos el tiempo en vana discusión, vuelve a tu campo y dile al Gobernador que yo,

Lautaro, le exijo que se rinda, que con toda la gente de Santiago se vaya del reino!

Hablaba ahora con orgullo, con la autoridad que le daban sus victorias; su voz grave y reposada golpeaba el oído de los conquistadores como la arenga de un dios desconocido.

—¡Que se vayan del reino, que abandonen nuestra patria, pues de otro modo llevaré mis ejércitos hasta la misma capital, les apresaremos a todos y les pasaremos a cuchillo, no tendremos clemencia para nadie!... —Después de una pausa agregó—: Si Villagra desea quedarse, dile que le doy permiso, pero ha de ser a condición de que jamás pase al otro lado del río Maule. Los araucanos estamos felices en nuestra patria, no queremos aquí extranjeros tiranos, ni deseamos dominar otras naciones; dejadnos en paz, que el Maule sea nuestra frontera; permaneced en las tierras del Norte y no os molestaremos. Dile también que ha de pagarnos tributo cada año; y el tributo ha de ser treinta doncellas blancas y rubias, diez caballos enjaezados, diez perros bravos y cien capas de grana...

El español no pudo contener por más tiempo la rabia.

—¡Insolente, bárbaro soberbio y orgulloso; el filo de nuestras espadas castigará la insolencia de tu lengua! ¡Voto a Dios que has de arrepentirte de tus palabras! ¡El español no se rinde; que no se diga que un bárbaro haya insultado nuestro imperio quedando impune!

—Capitanejo —le respondió Lautaro con sarcasmo—, no gastes tu energía en palabras. Lleva mi mensaje a quien te envió aquí a espiar y dile que decida pronto y que acepte,

pues mis guerreros no pueden ya reprimir sus ansias de combatir...

Del otro lado no hubo respuesta. Lautaro esperó todavía un tiempo más, pero solo el canto de las ranas le respondió; el otro parecía haberse ido. Sospechando lo que iba a suceder, Lautaro tocó su trompeta y tuvo su ejército listo para entrar en acción.

Acercándose al campamento español iban dos sombras: Marcos Veas y el propio Pedro de Villagra. Todo el diálogo había sido una artimaña de este último, que deseaba acercarse a la fortaleza de Lautaro para darse cuenta de su poderío y de su ubicación; había llevado a Veas para entretener al indio mientras duraba su espionaje. Satisfecho de sus observaciones, reunió a sus hombres, y dando sus voces de mando en forma apenas perceptible, avanzó por el valle y se puso frente al ejército enemigo.

Una claridad tenue anunció la llegada de la aurora; la brisa se hizo más fría y la silueta de los cañaverales surgió vagamente; los robles afirmaron su corpulencia contra el negro de los cerros; una bandada de pájaros pasó sobre los guerreros y, sosteniendo por un instante sus graznidos, como asustados por la presencia de los hombres, maniobraron en grandes círculos observando atentamente lo que abajo acontecía; después, como decepcionados por el silencio y la calma, se alejaron dando chillidos de desprecio.

Entre las totoras, un poco oculto por las ramas y el cuerpo medio en sombras, Lautaro apareció a la vista de los conquistadores. Estaba listo en su puesto aguardando el instante

del combate. El amanecer sucedía lentamente; las sombras de la noche no se iban por completo; el cielo estaba oscuro y amenazaba lluvia. Poco a poco la figura del caudillo fue cobrando relieve; se distinguieron las facciones, surgió su vestimenta, brilló su lanza; a su espalda y a su alrededor, con las armas al brazo, los guerreros de la guardia araucana esperaban sus órdenes. Los españoles miraron el conjunto con respeto y asombro. Lautaro ofrecía un curioso cuadro; sus indios, en silencio, estaban pendientes de sus gestos, aguardando sus palabras; parecían dispuestos a seguirle con un fervor fanático; eran casi un millar de mocetones robustos, de mirada fiera, de piel oscura. El caudillo estaba armado de un peto acerado y cubierto con una camiseta colorada; en la cabeza lucía un bonete de grana con numerosas plumas; los españoles que le habían visto en Santiago un muchachito, ahora le desconocían; se veía robusto de miembros, lleno de rostro, el pecho levantado y las espaldas anchas. Su aspecto era agradable y expresaba energía, resolución, audacia. Terciada, llevaba una trompeta.

La fortaleza era un modelo de arquitectura; con espinos y otras maderas había construido troneras para sus flecheros; todo el sitio estaba rodeado por un ancho foso y por todas partes se veían lugares sospechosos que parecían ocultar trampas fatales, Villagra miró a Veas, y ninguno dijo nada; estaban pálidos y parecían saber de antemano su destino.

—¡Santiago, españoles!—gritó Villagra, sacando fuerzas de flaquezas, y espoleando su caballo se lanzó a la cabeza de sus valientes contra la fortaleza de Lautaro. Los indios le recibieron

con una andanada de flechas; las mazas descargaron golpes terribles contra los caballos; pero los españoles penetraron las primeras líneas y entonces la batalla se desarrolló en el interior del fuerte. Esta situación era desventajosa para los araucanos, que, acortadas las distancias, no podían usar sus flechas ni boleadoras ni lazos, mientras rompían sus picas contra los escudos de hierro y eran aplastados por el empuje de los caballos. Sin embargo, se mantuvieron firmes en sus posiciones; pelearon cuerpo a cuerpo y hombre a hombre contra adversarios mucho mejor armados. En cualquier otra circunstancia, los indios habrían sido derrotados, pero esta vez era la guardia de Lautaro, los mejores hombres de Arauco los que peleaban, y no podían sucumbir.

El combate se prolongaba; hubo acciones heroicas por ambas partes; pero esta lucha individual no podía continuarse indefinidamente; alguien debía pensar en una artimaña que decidiera la victoria. Los conquistadores no la pensaron; estaban demasiado entretenidos en lucir el poder de sus espadas; Lautaro, en cambio, que jamás perdía la serenidad ni en lo más arduo del combate, rápidamente se dio cuenta de la situación y halló el modo de inclinar la pelea en su favor.

En lo más recio de la lucha se escuchó su voz llamando a sus guerreros a retirarse. Los españoles creyeron que la victoria les pertenecía; los indios vacilaron un instante; pero luego, obedientes a su jefe y entrenados en férrea disciplina, empezaron a retroceder. Lautaro les gritó que huyeran, que huyeran por los pantanos a toda carrera; así lo hicieron y

los españoles se fueron a la siga; los indios corrían como gamos por la tierra movediza; los españoles apuraban sus caballos y trataban de seguirles. Pronto comenzó a verse el resultado de la táctica de Lautaro; los indios no perdían ni un hombre en la retirada; los españoles, en cambio, se empantanaban de tal modo en el lodo, que no podían avanzar con sus caballos; detenidos, espoleaban en balde a los pobres brutos; el lodo espeso y traicionero les tragaba lentamente las patas, les chupaba con deleite, con firmeza, se los llevaba adentro; los caballos relinchaban con los ojos saltados de las órbitas, la cola y las orejas paradas, locos de espanto. Los españoles, huyendo de la muerte, abandonaban sus cabalgaduras y trataban de correr como los indios; pero estaban cargados de armaduras, escudos, sables y lanzas, y apenas si eran capaces de moverse. Desde lejos los araucanos les disparaban flechas y piedras. Pronto la batalla se convirtió en una carnicería; los conquistadores eran destrozados fácilmente; los caballos, sepultados en los pantanos, morían bajo los mazazos certeros de los indios.

Seis horas llevaban combatiendo cuando la lluvia, que se había estado anunciando largamente, empezó a caer. Era uno de esos aguaceros pesados y compactos que parecen inundar toda la tierra. Los españoles que quedaban con vida se retiraron hacia el valle y buscaron refugio en su campamento. Los araucanos, satisfechos con su nuevo triunfo, les dejaban ir. Lautaro no permaneció ocioso sin embargo, y aprovechando la desorganización del enemigo, puso en práctica un nuevo plan destinado a consolidar su

victoria y a evitar una pronta reacción en el campo contrario. Aprovechando las herramientas que había obtenido al atacar las minas en su camino hacia el Mataquito, desvió un brazo del río de tal modo que las aguas invadieran todo el valle donde los españoles tenían su campamento; afortunadamente para estos últimos, Villagra, poco después del combate, había ordenado trasladar el campamento al pie de unas montañas, de manera que la estratagema de Lautaro no dio mayores resultados.

El nuevo triunfo araucano tenía una significación enorme; en su primera embestida Lautaro derrotaba dos fuerzas españolas; la de Cano y la de Villagra; al parecer, el camino le quedaba abierto para invadir el valle del Mapocho. Militarmente, la situación no había cambiado mucho; ambos bandos habían sufrido fuertes pérdidas; los españoles sabían vender caras sus vidas; Lautaro apreciaba perfectamente el estado de cosas. Los españoles habían roto sus defensas y penetrado en su fortaleza; los mejores hombres de su guardia estaban muertos o heridos; para continuar su ofensiva le era indispensable recibir importantes refuerzos. Por otra parte, el invierno estaba encima; las campañas eran mucho más duras en el frío insoportable de agosto y las provisiones que esperaba obtener de las tribus del Maule no llegaban. Solo una victoria rápida, una marcha espectacular sobre Santiago, podían salvarle del fracaso. Pero para ello necesitaba refuerzos.

Villagra había ya enviado emisarios a Santiago, y esa misma noche una nueva partida de jinetes vino a robustecer sus raleadas filas. Lautaro envió un mensaje angustioso:

necesitaba hombres y víveres; sin ellos era imposible continuar la lucha. Esperó toda la tarde y parte de la noche. Las horas pasaron en silencio y bajo el ruido triste del aguacero que tamborileaba sobre las ramas de los árboles y las pozas del suelo. El sabía que sus enemigos estaban armándose, ansiosos de vengar la derrota de aquel día; la suerte de su campaña, el sueño entero de su vida, se estaba decidiendo en esos instantes. A las puertas de Santiago, victorioso, con el arma sobre el cuello del invasor, listo para descargar el último golpe, debía esperar, desgraciadamente, la ayuda de sus aliados.

Lautaro se paseaba de un lado a otro en su fortaleza, por todas partes veía al desaliento y la desconfianza ganar terreno; sus hombres habían sufrido el rigor de una batalla campal; sabía que no podrían soportar otra a menos que llegaran los refuerzos. Pero sus emisarios no regresaban. En el fondo de su alma joven y romántica, Lautaro empezó a probar el amargo sabor del desaliento. De pronto se halló solo, privado de toda ayuda, incomprendido y prisionero de la desconfianza, del miedo y la apatía de sus hermanos de raza. Desde que abandonara Arauco y, avanzando por la costa, entrara en contacto con las tribus del país central, él había notado que un nuevo mundo iba a ser el escenario de sus hazañas. Ya no era la selva poderosa, gigantesca, mítica de Arauco; la selva que había ahogado a los incas y que había perdido a Valdivia; ya no eran las gentes rudas y valientes, nacidas para la guerra, criadas en el campo de batalla y amantes celosos del suelo patrio. Ahora el paisaje

era más suave e inofensivo, era más bien idílico. Grandes masas de gentes se aglomeraban junto a los ríos en valles fértiles donde la tierra producía casi por sí sola; apenas si se necesitaba del esfuerzo de los hombres para conseguir el pan. Las tribus no tenían personalidad definida; eran gentes apocadas, serviles, traicioneras; se habían entregado sin lucha al invasor; creyendo que Lautaro vencería fácilmente, le habían ofrecido su concurso; pero ahora que le veían en apuro y que debían probar con sus vidas sus ansias de libertad y su amor por la tierra, ahora vacilaban, se hacían sordos, respondían con evasivas y preferían huir hacia las montañas, temerosos tanto de Lautaro como del castigo español.

Mientras avanzaba la noche, y el viento le envolvía como un manto de hielo, una decisión ganaba cuerpo en el jefe araucano. Se descubría solo en medio de millares de seres que él creía entender y haber ganado para su causa. En el frenético entusiasmo de su juventud no se había detenido a juzgar a sus nuevos aliados; daba simplemente por descontado que todos deseaban ser libres; que todos amaban la tierra y estaban dispuestos a sacrificarse por ella.

Pasaron las horas; llegó la medianoche. Los mensajeros no retornaron. Lautaro, con una lágrima asomando en las pupilas, sufriendo la primera decepción de su vida, se alzó y con la voz preñada de emoción, empezó a hablar a sus soldados...

Contra la corriente

Antes del amanecer, Pedro de Villagra avanzó con su ejército reforzado al encuentro de Lautaro. No se iban las tinieblas de la tierra; la puntilla donde la fortaleza estaba situada parecía la proa de un barco navegando en la noche; los robles eran los mástiles que el viento movía majestuosamente. Los españoles llegaron hasta los pies del fuerte y esperaron. Poco a poco se alumbró el ambiente y surgió el contorno de las cosas. Las cañas parecían niños escuálidos con sus cuerpecillos doblados por el peso de la lluvia y medio desmayados sobre la tierra. Los cerros aparecían coronados de nubes. Los españoles esperaban ver surgir entre las totoras la figura apuesta del capitán Lautaro, su bonete encarnado, su camiseta roja y la trompeta dorada. Pero cuando la atmósfera se aclaró por completo, no vieron sino totoras vacías, las empalizadas deshechas, tal como habían quedado el día anterior; las armas diseminadas por todas

partes, los mismos muertos de la batalla en rígidas posturas y el humo de las fogatas elevándose desganadamente de unos leños que ya eran cenizas. De Lautaro y su guardia no había señales; durante la noche habían abandonado el campo y se retiraban sin duda hacia el Maule para ganar luego el Itata, y, por último, las selvas de Arauco.

El júbilo de los españoles fue enorme; Villagra, sin poder creer todavía en semejante milagro, dispuso rápidamente que una partida de jinetes al mando del capitán Juan Godínez saliera en persecución de los araucanos, y con el resto de su gente regresó a Santiago a llevar la buena nueva.

Godínez siguió los rastros de Lautaro, que aparecían claros en el suelo mojado por la lluvia. Los caballos galopaban hundiendo los cascos en el lodo y salpicando por todas partes el agua sucia de las pozas. Largo tiempo duró la carrera; una llovizna insistente y tupida mojaba el rostro de los españoles y casi les impedía ver; los truenos empezaron a retumbar en las montañas y a los pocos instantes la lluvia caía torrencialmente. Siguieron avanzando; a lo lejos, apenas distinguible a través de la lluvia, surgió el Maule, que a estas alturas del año corre grueso y potente como un tropel de potros salvajes. A la margen del río podían verse unas sombras, las figuras de unos hombres que parecían moverse indecisos. Godínez detuvo su caballo y miró con atención.

—¡Voto a Dios!, que es Lautaro y los suyos... Corramos, ¡que no se nos escapen!

En efecto, Lautaro y sus guerreros buscaban la manera de instalar un campamento hasta que cesara la lluvia. Los

conquistadores, a toda carrera, se abalanzaban sobre ellos con los sables en alto. Lautaro vio el peligro de inmediato; cogido entre el río y sus adversarios, no tenía escapatoria posible; solo un milagro podía salvarle de una destrucción completa. Godínez ya empezaba a descargar mandobles contra la retaguardia de los araucanos cuando Lautaro dio una orden que en cualquier otro momento habría parecido suicida:

—¡Al río! —gritó—. ¡Al río! ¡Escapad por el río!...

Y dando el ejemplo se puso la lanza en la boca, y con gran salto fue a perderse en la corriente. Los otros le siguieron sin vacilar; diez, cincuenta, cien hombres se lanzaron al río dispuestos a morir ahogados antes que ser presas del furor de los conquistadores. Pronto no fueron sino unas manchas oscuras en el torbellino blanco y espumoso; nadaban con desesperación. Lautaro sentía el peso de las aguas contra su cuerpo, y parecía que todos sus músculos iban a estallar en el esfuerzo. No podía ver la otra orilla; el bullicio del río le hacía perder conciencia de lo que estaba sucediendo; eran millones de voces murmurando palabras desconocidas, pedazos de frases, quizás el relato de la historia que traía el Maule desde su lecho. A esas voces se mezclaban gritos y una música vaga y disonante. Sentía deseos de abandonar la lucha y entregarse a la corriente; su corazón desfallecía y un sopor se apoderaba de sus miembros; no sentía ya el frío del agua. Junto a él pasaba la cara de uno de sus soldados fijada en un gesto trágico, y luego le veía perderse en un remolino.

Los conquistadores presenciaban el duelo a muerte desde la ribera; reían a carcajadas mientras hacían apuestas sobre el resultado.

La corriente crecía a causa de las lluvias, avanzaba vertiginosamente; el agua, al chocar contra las piedras, hacía el ruido de un chicote golpeando una superficie desnuda; los indios surgían un momento a flote, y luego se hundían, a veces para no aparecer más, o bien para asomarse dos, tres cuadras más abajo, perdido el control y con la angustia de la muerte en el rostro. Lautaro todavía luchaba; sus brazos cortaban el agua como espadas; con movimientos lentos, se dejaba llevar un rato por la corriente y luego torcía el rumbo y se acercaba más y más a la orilla opuesta. ¿Cuánto duró este duelo contra los poderes del río? Sería imposible decirlo; no se tiene noción del tiempo cuando se disputa con la muerte; las cosas suceden como un torbellino; se ve todo a través del vértigo; los segundos parecen años y los años desfilan por la imaginación en un segundo.

No supo Lautaro cuándo y cómo sus pies tocaron fondo, y su cuerpo se derrumbó a salvo en la otra orilla. Tendido sobre las piedras, inconsciente, incapaz de todo movimiento, permaneció allí dejando que la lluvia corriese sobre su cuerpo desnudo mientras el atardecer entregaba poco a poco sus colores a la voracidad de la noche.

A pesar de esta retirada más o menos funesta, no se podía decir que Lautaro había sido derrotado; los historiadores unánimemente dan cuenta de esta primera campaña de Lautaro contra Santiago como triunfo glorioso para las

armas araucanas, aun cuando no tuvo un resultado decisivo a causa de la traición de ciertas tribus en los momentos más difíciles del combate. Lautaro había dado cuenta de Cano y de Villagra; había invadido la región central del país y, apoderándose del rico valle del Mataquito, se había ganado la simpatía y el respeto de los indios promaucas, que, aunque no eran valiosos elementos en la guerra, poseían tanta riqueza de víveres como para abastecer no solo uno, sino varios ejércitos que atacaran Santiago.

Por lo demás, la crisis sentimental que torturó al héroe aquella noche en Peteroa estaba superada; no había dejado rastros en su espíritu joven y dinámico. Rodeado por sobrevivientes de su última aventura en el Maule, se encaminó hacia la selva de Arauco para buscar en la tierra materna la fuerza que le permitiese rehacerse y volver a marchar contra Santiago.

El invierno había terminado; era septiembre; los cielos se lavaban en las últimas lluvias, y en las mañanas lucían pureza de cristales; las neblinas eran gráciles y vagas, parecían el velo de una desposada que se hubiera prendido en los árboles; los cerezos soltaban su flor rosada e impregnaban el aire con su aroma; desde la tierra misma se alzaba una invitación a vivir; era el llamado urgente de las cosas y los seres a crear una nueva vida, a emprender tareas que en otra oportunidad se habrían creído exclusivas del poder de Dios.

Lautaro, el héroe, sentía que la sangre le turbaba el espíritu; los hechos de guerra descendían a un plano secundario y un ansia de gozar la plenitud de la naturaleza y de hallar en

su hogar una respuesta a su ternura inexpresada dominaba su voluntad y conducía sus pasos cada vez más a prisa en dirección a su antigua choza.

Allí en la vega del Itata, junto al mar, le esperaba su esposa. En medio de atardeceres y paisajes —los atardeceres que turban el alma con reminiscencias extrañas y vagos anhelos; los paisajes australes de Chile, donde el despliegue de colores asume proporciones mágicas—, los cielos se abren en claridades celestes, verdes, azules; el rojo encendido de los crepúsculos evoluciona a través de inefables matices y los ríos desfilan con su apariencia blanca y sosegada, para luego tornarse oscuros y, con el color del acero, salir a cantar en la noche historias del pasado. La flor es un mundo aparte en estas regiones; el copihue se cuelga de su guía verde y fina, y su faldilla roja no se sabe si es un rubí hecho seda o el corazón del árbol que al primer contacto reventará en sangre. Las enredaderas lo invaden todo en un vano esfuerzo por ahogar la tierra y el cielo. Aquí le esperaba Guacolda, sonriente y morena, henchido el pecho por el suspiro que al fin encontraría su destino.

Viviendo una existencia idílica, pasó Lautaro la mayor parte de la primavera. Recuperó la energía que había perdido y en el amor de Guacolda aprendió a borrar todo rastro de amargura que en el contacto de extranjeros y el conocimiento de la muerte pudiera haber recogido en el pasado; nuevos sueños empezaban a inquietar su espíritu; en la paz de la selva, acariciado por el ruido desmayado de las olas en la playa vecina, reflexionaba sobre el destino de su pueblo.

—Lautaro —decía Guacolda—, ¿es que esta guerra no habrá de terminar jamás? Las lunas mueren y vuelven a hacerse, y tú no regresas; estás siempre lejos y cuando vuelves es solo para partir de nuevo.

—Las guerras no acaban nunca para el soldado araucano, Guacolda; hemos nacido para combatir; la paz es un sueño que nosotros no gustamos sino una noche; cuando esa noche llega, los guerreros nos dormimos para siempre. Arauco vive en una guerra que no ha cesado nunca y que nunca cesará. Cuando las demás tribus se duermen y se dejan subyugar por la ignominia, Arauco les recuerda su deber entregando su sangre antes que nadie. En esta lucha por la libertad de nuestra tierra, mi pueblo, tarde o temprano, ha de perecer. Pasarán los años, se agotarán nuestros hombres, generaciones de generaciones habrán peleado por salvar la tierra de Chile, y entonces, cuando nuestro último guerrero muera, vendrá el segundo reinado de Arauco. La tradición de nuestro pueblo gobernará a los chilenos desde la muerte; entonces sí habrá mitos en la tierra de Chile, no los mitos ciegos, crueles e ignorantes de las tribus salvajes, sino los mitos de los héroes, de los que lucharon por la libertad y que desde otro mundo enseñan a los hombres con su ejemplo, les inspiran y les protegen en el campo de batalla contra las armas enemigas.

—Los españoles son muy poderosos —dijo Guacolda, pensativa—; a veces temo que no podrás vencerles...

—Pero no son invencibles; les he vencido ya y les venceré de nuevo. Esta vez mi ejército no será detenido por nadie;

tomaremos Santiago y expulsaremos a los conquistadores de todo Chile.

—¿Piensas marchar de nuevo, entonces?

—Sí, Guacolda, en unos cuantos días...

—No quisiera que te fueras esta vez; esta lucha constante tiene que ser fatal, es como si salieras a encontrar a la muerte. Por lo menos no quisiera de ti; Lautaro, ¿por qué no me llevas contigo a tus campañas?

Lautaro sonrió; la mujer araucana acompañaba a su esposo a la guerra, pero solo cuando las batallas se realizaban en Arauco; sin embargo, nadie antes de él había salido a combatir entre extranjeros; ¿por qué no podía, pues, crear una nueva tradición haciéndose acompañar de su esposa en esta nueva campaña? Guacolda era joven y valiente, era fuerte y sabía componer y limpiar sus armas, así como preparar sus alimentos; sonreía siempre y era más bella y más pura que la mejor flor de la selva. ¿Por qué no llevarla? Además, si entraba a Santiago, tendría que ocupar la casa del Gobernador, y un Gobernador sin esposa no impone respeto ni puede atender convidados... Lautaro se rió y dijo simplemente:

—¿Por qué no? Eres mi esposa en el hogar, ¿por qué no puedes serlo también en la guerra? Irás conmigo a Santiago...

Santiago es una ciudad lejana

En noviembre de 1556 la población de la capital se movía alarmada ante la nueva invasión del incansable caudillo araucano. Su ejército se componía ahora de varios millares de indios quirihuanos, ñubles, chancos, cauquenes, todos pertenecientes a la región de los promaucas, y, naturalmente, por su guardia selecta de araucanos que no le abandonaba jamás. Consciente de su rango, Lautaro, el toqui supremo, marchaba con arrogancia seguido de su enorme séquito; la trompeta amarilla terciada sobre su pecho moreno, el bonete encarnado con plumas vistosas y su caballo pequeño, pero de potente hechura, le daban la apariencia de un rey bárbaro seguido por sus legiones.

Su plan era esta vez diferente; no pensaba atrincherarse en un solo lugar y aguardar allí que los españoles vinieran; por el contrario, pensaba salir a buscarles, enviar pequeñas

columnas ligeras que liquidaran al enemigo en guerrillas y prepararan su marcha decisiva sobre la capital. Se dirigió, pues, hacia el valle del Mataquito; se alojó brevemente en la provincia de Lora; ganando terreno hacia Santiago, continuó moviéndose, siguiendo el valle del Lontué y del Gualamo; su propósito era alcanzar las ciénagas de Apalta, en las cuales podría establecer un campamento que fuera inexpugnable a todo ataque español. Allí no estaba sino a corta distancia de la capital y defendido por una verdadera fortaleza natural; Apalta era una ensenada pantanosa y tapizada de bosques de peumos, canelos y pataguas, la tierra ideal de los araucanos para combatir y, precisamente, el lugar donde los castellanos no podían hacer nada.

Villagra se hallaba en La Serena y no podía, por tanto, hacerse cargo de la defensa; los regidores, llenos de pavor, convocaron a una reunión; la ciudad fue zanjada, se recogieron víveres para el caso de un sitio, se alistaron voluntarios y se organizó una colecta. Además, cada habitante se comprometió a contribuir a la defensa con un hombre armado. El mando del ejército se entregó al ya célebre Juan Godínez y a un capitán llamado Alonso de Escobar, que era famoso por una cicatriz que le atravesaba la cara. Los españoles salieron al encuentro de Lautaro dispuestos a cortarle el paso e impedir por todos los medios posibles que llegara hasta las ciénagas, de las cuales más tarde sería imposible desalojarle.

Lautaro, mientras tanto, había acampado a orillas del río Gualamo, dividiendo su ejército en dos bandos, separados

uno de otro por una legua de distancia más o menos. Godínez avanzó husmeando el peligro como zorro viejo, a paso lento, sin arriesgarse demasiado, hasta que descubrió a su enemigo. Esperó en la clara y calurosa noche de diciembre, y al quebrar el alba, lanzó sus jinetes sobre lo que él creía era el ejército de Lautaro. La pelea fue corta y la matanza terrible; sorprendidos en el sueño, los araucanos apenas si tuvieron tiempo de coger sus armas; Godínez y sus soldados les acuchillaron sin piedad; se salvaron unos pocos promaucas, que corrieron a llevar la nueva hasta el campo de Lautaro. Los españoles les siguieron de cerca y no les dieron tiempo para que prepararan una nueva defensa. Lautaro notó que el pánico hacía presa en sus filas y, juzgando que en esos momentos tenía la pelea perdida, decidió retirarse; lo hizo en buen orden y conservando su guardia araucana casi intacta; sus aliados promaucas, sin embargo, habían sufrido fuertes bajas y los sobrevivientes se habían apresurado a desertar, huyendo por las montañas y los senderos ocultos de los bosques. Godínez no se atrevió a seguirle esta vez y regresó a Santiago. Allí se encontró con el Gobernador Villagra, que volvía de las provincias del Norte.

Al imponerse Villagra de la retirada de Lautaro, juzgó oportuno organizar un gran ejército y salir en su persecución; los españoles habían obtenido dos victorias sucesivas, y era el instante más propicio, pues, para descargar un golpe de muerte sobre los araucanos. Partió a principios del verano con un gran destacamento de caballería en dirección a la Imperial. Grande fue su sorpresa al no hallar rastro siquie-

ra del caudillo araucano. Todas las tribus del Sur estaban pacíficas; los trigales lucían su oro, y hombres y mujeres trabajaban como de costumbre. Ni una amenaza ni una flecha ni una emboscada. Hizo el viaje más pacífico de su vida; la tierra parecía florecer bajo el sol ardiente de enero, y a los ojos del Gobernador se ofrecía un mundo de paz y de trabajo. Igual que Don Pedro de Valdivia, Villagra creyó ver su obra terminada; pensó que la dominación española por fin se imponía y que la raza indígena estaba derrotada para siempre; orgulloso de haber sido él quien conquistara finalmente las indómitas poblaciones de Chile, estaba seguro de que Su Majestad le confirmaría en el cargo de Gobernador que él se había tomado por la fuerza después de la muerte de Valdivia. Con una sonrisa amplia y una canción en los labios hizo su entrada en la Imperial. Los indios le veían pasar con una mirada indefinible; silenciosos y distantes, no se podría haber dicho si ocultaban un puñal o un presente en la mano que estiraban.

Pasó el verano y las primeras garúas de abril devolvieron los achaques al Gobernador; maldiciendo el clima húmedo y frío de aquellas regiones, montó a caballo y dio la orden de regresar a Santiago; en su imaginación de aventurero este viaje de regreso asumía los caracteres de una apoteosis; se veía llegar triunfante y jefe absoluto de la Colonia, mientras los pacíficos santiaguinos y los indios yanaconas le acogían en medio de aclamaciones y vivas.

Avanzó así hasta el otro lado del Maule. Un día llegó hasta su tienda un mensajero de Santiago.

—Señor, Lautaro se ha rebelado nuevamente y marcha contra la capital...

—¿Pero es posible? ¿Por tercera vez se atreve ese caudillejo a poner en peligro mi mando y la vida de la Colonia? Pues, ha de ser el demonio mismo si esta vez sale con vida de la aventura; yo le enseñaré a oponerse al poder de Su Majestad.

En efecto, por tercera vez el ejército de Lautaro marchaba contra Santiago. Después de la sorpresa de Gualemo, el joven general se había retirado hasta sus valles nativos y permanecido allí durante dos meses; los caciques se habían vuelto a reunir y la flecha de la guerra había sido ensangrentada nuevamente; por tercera vez Lautaro fue elegido jefe supremo y, por lo tanto, debió ponerse a la cabeza de sus guerreros para atacar a los españoles.

Esta vez Lautaro era un hombre diferente; venía acompañado de un gran séquito; detrás de su guardia araucana marchaba otro ejército comandado por un amigo suyo llamado Chillicán. Lautaro tenía el ceño hosco y manejaba a sus soldados con disciplina de hierro; se le notaba irritado y violento; se mantenía solitario y en su actitud parecía traicionar cierto personal desengaño. Guacolda le acompañaba otra vez, pero era incapaz de alegrar el rostro de su esposo.

Antes de iniciar la marcha, Lautaro había arengado a sus ejércitos:

—... No esperéis ayuda de las tribus cobardes que habitan los alrededores de Santiago; bastantes veces me prometieron ayuda y otras tantas me traicionaron... Sed violentos y déspotas con ellos; en realidad se merecen la esclavitud en

que les mantienen los extranjeros. En tiempo de guerra no puede haber clemencia; les haremos venir a nuestro bando por la fuerza; con el látigo les enseñaremos a respetar a su tierra y a dar la vida por ella. Tratadles como tratáis a los conquistadores cuando los tomáis prisioneros... ¡Entrad a saco en sus poblados, no hagáis distinciones, apoderaos de todo el botín que encontréis, sea español o de los promaucas!...

Sus guerreros saltaron de júbilo ante semejantes recomendaciones; éste era el tipo de guerra que a ellos les gustaba; guerra bárbara, sin piedad, a muerte. Así, avanzando como un águila enfurecida a la cabeza de una manada de lobos, Lautaro fue sembrando el terror y la muerte a su paso. Fueron tantos los horrores cometidos por sus hombres, que Chillicán, avergonzado, le llamó la atención un día.

—Esto no puede ser, Lautaro —dijo—; no nos has traído aquí para luchar contra nuestros hermanos. ¿Qué es esto? ¿Es una guerra contra los indígenas o contra los españoles?

A lo cual el toqui respondió con altivez:

—¡Yo soy el que manda, y todos, entiéndelo bien, todos, desde el último recluta hasta mi segundo, me deben ciega obediencia!

Chillicán se marchó enormemente entristecido; nada podía hacer él en este caso; a Guacolda tan solo le dijo:

—Tu esposo marcha a su perdición; malos espíritus le habitan ahora y le oscurecen el entendimiento; se deja enloquecer por el odio y el deseo de venganza; su guerra no tiene ya la santidad de antes, ahora es un bárbaro que conduce a otros bárbaros...

Guacolda observaba a su esposo y sufría porque adivinaba la tragedia que roía el alma de Lautaro; ella también había vivido con los españoles y conocía su valor y dignidad, el amor que sentían por la patria y el respeto a su monarca. Era penoso ver que su propio pueblo parecía carecer de virtudes tan fundamentales. Lautaro había intentado engrandecer la nación araucana a imagen de la España grandiosa y genial que había presentido en su contacto con Valdivia; y ahora no estaba seguro de haberlo logrado. Guacolda comprendía esta amargura, pero no podía combatirla; no podía hablarle porque estaba cierta de que él veía las cosas tan claras como ella. A veces el hombre sabio y prudente, el más noble de los varones, tiene que descender hasta la barbarie para tratar con los bárbaros; a las bestias feroces no se les mata con dulces palabras, sino con el puñal o la bala; así hay que actuar a veces con los hombres que se empeñan en mantener el reinado de la selva. Rodeado de salvajes, Lautaro se empeñaba en una lucha santa contra los invasores de su patria; la justicia de su causa era mucho más alta que cualquier pecado ocasional; él peleaba para el futuro; él defendía la tierra que siglos más tarde iba a ser la tierra de los chilenos de hoy; no podía, pues, detenerse ante pequeños escrúpulos; desterrando todos los temores, con el gesto huraño, callado y violento, venía en marcha forzada contra Santiago, dejando tras sí un reguero de sangre y la leyenda de sus hazañas.

Avisado por sus espías, se atrincheró al otro lado del Mataquito, bajo un cerro llamado Chilipirco, entre una acequia y un carrizal. Allí se disponía a cortar el avance de Villagra

y a impedir la llegada de cualquier refuerzo desde Santiago. Pero Lautaro no sabía que sus movimientos eran también espiados: en efecto, tan pronto como Villagra atravesó el Maule, supo dónde y con qué propósitos Lautaro se había fortificado; ignoraba, sin embargo, su exacta posición. Desde Santiago, mientras tanto, el incansable Godínez había salido con una pequeña fuerza de caballería dispuesto a derrotar por tercera vez a los araucanos.

Sucede, pues, que en el espacio de seis u ocho leguas, tres ejércitos evolucionan, se buscan y se tejen celadas, sin poder encontrarse, no obstante, para decidir la situación en una batalla. Conforme a su nueva táctica, Lautaro movía sus ligeras columnas por las dereceras del Mataquito y del Lontué; habría sido imposible cogerle en tales circunstancias y obligarle a una batalla campal. Por lo demás, los españoles conocían el poderío de los araucanos y no deseaban arriesgarse en una lucha decisiva.

Había llegado el momento en que la suerte del reino de Chile se iba a definir en unas cuantas horas; Lautaro venía dispuesto a jugarse el todo por el todo; sus fracasos anteriores no habían conseguido sino exasperarle y avivar su entusiasmo bélico. Los españoles, por su parte, sabían que una derrota en esos instantes significaba la caída de Santiago y el fin de su dominación. En aquellos valles de naturaleza generosa, más bien que el destino de unos pocos hombres era el destino de toda una raza lo que estaba en juego.

Pasaron los días, el ejército de Godínez apareció un día a la vista del campo de Lautaro, pero luego, misteriosamente,

desapareció. El Gobernador Villagra era hombre ducho en triquiñuelas, menos estratega; pero más astuto que Valdivia, decidió coger a Lautaro por medio de una artimaña. Envío un mensajero con un papel para Godínez en el cual le ordenaba que se le juntase en un lugar cercano al pueblo de Curicó. Fue entonces que Lautaro perdió de vista a Godínez. Los dos ejércitos españoles se unieron y juntos prepararon el ataque contra los indios. Pero aquí no acabó la astucia del Gobernador; sabiendo que Lautaro tenía amigos a lo largo de todo el camino central a Santiago, amigos que le mantenían informado de cualquier maniobra que hacían los españoles, decidió enviar su equipaje a la capital, y para ello disfrizó a sus sirvientes de soldados, poniéndoles los clásicos "sombrosos, walonas y capotillos". Los espías de Lautaro que les vieron pasar de lejos creyeron que se trataba de Villagra y su ejército huyendo atemorizados; inmediatamente hicieron llegar el informe al jefe araucano, y éste, naturalmente, se descuidó. Esto era exactamente lo que el Gobernador quería.

Lautaro pensó que los conquistadores le temían y decidió seguirles en ruta paralela hasta las vecindades de la ciudad, para allí darles la batalla final. Desde aquel día, sabiéndose libres de enemigos por el momento, Lautaro y sus hombres descansaron; no hubo rondas nocturnas ni avanzadas; los centinelas se quedaron dormidos en su puesto y no fueron colgados de dos picas...

Villagra y Godínez vieron llegado el momento de atacar; una tarde analizaban los detalles de la empresa cuando un

visitante extraño se apareció en su tienda. Los dos guerreros le miraron con desprecio e impertinencia; el visitante era un indio de miserable aspecto; se hacía acompañar por un lenguaraz, que así se llamaba a los intérpretes en aquel tiempo.

—¿Qué deseas? —le preguntó el Gobernador con voz seca.

—Vengo a ofrecerte la cabeza de Lautaro —respondió el otro con voz opaca y un gesto malo en el rostro.

Los dos españoles le observaron con interés y, de pronto, cambiaron su actitud hacia el hombre.

—¿Cómo es eso? —preguntó Villagra—. ¿La cabeza de Lautaro? ¿Es que le has muerto acaso?

—No, señor, no le he muerto; pero tú sí puedes matarle si sigues mis consejos...

—Veamos, habla claro y rápido; si me das buenos informes te daré todo lo que tú quieras: oro, tierras, caballos, lo que desees, pero si me traicionas te haré destrozarse por mis perros rabiñosos.

—No, señor, no te engañaré; te juro que he de decirte la verdad... —Y así el traidor comunicó a los españoles el sitio exacto donde se acampaba Lautaro, el descuido en que se hallaba su campamento y la mejor manera de caer sobre sus hombres por sorpresa.

Mientras el hombre hablaba, los españoles le observaban con curiosidad; era un indio de mediana estatura, de piel morena, de ojos débiles y pequeños; el cabello era negro e hirsuto; toda su persona era sucia y desagradable; no pertenecía a la servidumbre del Gobernador; en realidad venía del campamento mismo de Lautaro, donde había andado

merodeando. Hablaba con una sonrisa mala que le desfiguraba la boca; demasiado cortés, se le veía cobarde e hipócrita. Cuando acabó de hablar, Villagra le dijo a Godínez:

—Esta vez no se escapará; parece que el fin se acerca para el famoso caudillo...

—Es extraño que sea un hombre de su misma raza quien nos lo entregue —reflexionó Godínez—. Habría preferido que sucediera de un modo más noble, en una batalla franca...

—Ningún medio es malo para ganar una batalla —dijo el Gobernador—; le salvaremos la vida, eso sí. Antes de marchar esta noche hablaré a nuestros soldados; no me importa que sean implacables con el enemigo; por el contrario, les ordenaré que acaben con todo el ejército araucano, pero deben respetar la vida del caudillo; hemos de capturarlo vivo, porque es necesario que se lo enviemos a Su Majestad en España como un ejemplo de los hombres que produce esta tierra de América.

Así como lo había dicho, así lo hizo Villagra; antes de partir arengó a sus soldados y ofreció un premio a quien cogiese vivo a Lautaro. Parecía enorgullecerse con el solo pensamiento de hacer esa noche un prisionero que causaría la admiración de las gentes de Europa.

Al anoecer, partieron los españoles; era un ejército numeroso y selecto; allí iban los mejores hombres de la conquista de Chile: los tres Villagra, Godínez, Escobar, Diego Cano, el famoso Andrés de Nápoles, Alonso de Miranda, Mariño de Lobera..., la flor de los caballeros; valientes soldados curtidos por el fragor de cien combates.

Adelante envió Villagra al traidor, el lenguaraz y dos soldados; no quería ser víctima de una emboscada; mientras tanto, a la cabeza de su ejército, él se fue, no por el lecho del río, sino por Las Palmas, en línea recta hacia Chilipirco. Poco después de la medianoche los cuatro adelantados retornaron; uno de los soldados dijo al Gobernador:

—Señor, el indio te ha dicho la verdad; ocultos en la sombra hemos llegado hasta la misma tienda de Lautaro; no hay centinelas, todos duermen; no tienen idea de lo que les va a acontecer; cuando nos allegamos a la tienda de Lautaro, oímos dos voces: parecía que se contaban un sueño, pero luego se callaron; deben haber vuelto a dormirse...

—Está bien —dijo Villagra—; pero no atacaremos de inmediato; vamos a rodear completamente su campamento y al amanecer caeremos sobre ellos; y cuidado, que no quede sino el caudillo con vida.

La última alborada

Aquella noche Lautaro y Guacolda se habían retirado temprano a su tienda; la noche estaba poblada de nublados y el viento frío pasaba aullando como si trajera presentimientos. Poco después de la medianoche, Lautaro despertó sobresaltado, y, sin poder dormirse, había permanecido mirando el cielo por entre la abertura de la tienda. Se veían ahora algunas estrellas; la luna apareció un instante y luego una masa de nubes la cubrió y pareció llevársela envuelta. Lautaro había despertado con el corazón oprimido por una extraña angustia; respiraba con dificultad, y ya iba a levantarse para salir, cuando Guacolda despertó a su vez, y con voz alarmada le dijo:

—Lautaro, ¿qué pasa? ¿Por qué no duermes?

—Nada, esposa mía, no es nada. Desperté de repente; soñé que un español cubierto de todas armas se paraba frente a mí e iba a descargarme un golpe; yo no podía mover mis

brazos, el corazón me pesaba y parecía que ya dejaba de palpar; cuando abrí los ojos, junto al lecho vi una sombra que se venía sobre mí moviéndose como si hubiera sido un ave gigantesca; me enderecé, y entonces la sombra se alejó y, como aleteando, se confundió en las tinieblas...

—Lautaro, yo he soñado lo mismo... Te he visto caer derribado por un golpe tremendo; yacías todo cubierto de sangre. He soñado que era tu fin; como si algo fatal viniera a exigir tu muerte. Lautaro, que nadie nos separe...

Guacolda lloraba con una pena infinita; Lautaro le ceñía el cuello con los brazos y trataba de consolarla.

—No temas, no lo des por tan seguro; si tú quieres que viva, ¿quién será tan poderoso que pueda matarme? No, Guacolda no puedo morir todavía, los espíritus de Arauco me protegen; hay tanto que hacer, tantas batallas que pelear, no podría morir ahora...

Pero en su voz había una vaga desesperanza, algo como el presentimiento de una tragedia. ¿Acaso toda su vida no había sucedido como una extraña aventura? ¿Qué otra cosa eran sus campañas sino una búsqueda desesperada de la muerte? El adivino de su tribu le había profetizado su fin; estaba fresco en su memoria aquel día en que Tucapel asesinara al hechicero por sus sombríos pronósticos. Guacolda le miraba con piadosa ternura y entre sollozos le rogaba:

—Lautaro, no dejes que te maten esta noche... Ve a coger tus armas, reúne a tus guerreros y vámonos a otro lugar... Tu fin será mi fin; no podría seguir viviendo después que tú

murieras, y esta noche los espíritus de tu pueblo han venido a visitarnos... Partamos...

Pero el toqui tenía su mente concentrada más allá de lo que estaba sucediendo esa noche...

—Aunque esta noche muriese, algo quedará atrás de mí que guiará los pasos de mi pueblo; he querido tanto a mi tierra, tanto he amado a sus gentes; si no he hecho nada por ellos es porque el destino ha detenido mi brazo; pero yo quisiera verles libres, quisiera verles vivir como estas gentes alrededor de los valles, felices en medio de sus sembrados, quisiera verles reír entre la hermosura de las flores de Chile y la grandeza de sus ríos, quisiera verles fuertes y alegres, dueños de sus propias riquezas, dueños de sus minas, de su trigo, de sus mares, de sus desiertos...

Lautaro se quedó en silencio; pero su pecho estaba henchido de palabras que no llegaban a expresarse; acaso soñaba que todas las tribus de América se unirían alguna vez para combatir a los usurpadores y que su pueblo destruiría los mitos y se libertaría de la selva y saldría de los bosques, de las cavernas y de las islas para aprender el goce de la vida, que no está en la lucha ciega y salvaje, sino en el amor y el respeto de todos. Alguna vez su pueblo aprendería lo que él había aprendido de Valdivia: la responsabilidad de vivir para realizar un ideal, aunque ese ideal nunca puede llegar a conseguirse; trabajar con fe, sabiendo que sobre todo lo que hacemos está la bendición de algo más grande que nosotros.

Sus ojos, iluminados por un pensamiento intenso, permanecían fijos en el cielo; su voz se había apagado y se iba,

confundida con el viento, a vagar por entre los árboles y a galopar sobre el lomo del río. Guacolda había apoyado la cabeza sobre su pecho y reposaba dulcemente; Lautaro la besó en la frente y, cerrando los ojos, dejó que el destino dispusiera de su vida.

*

Villagra avanzó con sus soldados hasta colocarse justamente detrás del campamento indígena; de este modo cerraba el paso que Lautaro dejara abierto a través del carrizal para el caso de una retirada. El Gobernador tomaba toda clase de precauciones para que no fallase su golpe; era como el asesino que viene durante la noche y, junto al lecho, ensaya todas las posiciones posibles para descargar la puñalada que acabará con su víctima. La noche no ayudaba a sus propósitos; se había aclarado el cielo y se veía a las estrellas brillar por entre las copas de los árboles; Villagra aguardaba impaciente el amanecer.

Pasaba el tiempo; ni un ruido salía del campamento; los indios dormían apaciblemente. En el cielo una claridad muy tenue comenzó a borrar las estrellas; parecía que todas las constelaciones se desorganizaban; era como un líquido lechoso que se hubiera derramado en las alturas y que descendiera convertido en fina gasa; las sombras empezaban a disolverse y el ambiente se tornaba pálido, azulado, haciendo perder a las cosas su contorno. El viento helado de la aurora pasó con un gemido que hizo estremecer el corazón de los guerreros. La Cruz del Sur un largo rato luchó en la

inmensidad por mantener su dominio; destacándose como perlas en el fondo azul de un terciopelo, sus estrellas fueron desvaneciéndose, sin embargo, y al poco rato se las adivinaba sin brillo, perdidas en la bóveda celeste.

De pronto, el sonido de una trompeta cruzó el aire; fue un llamado absolutamente imprevisto, quién sabe si un alarido de terror o una llamada al combate. Salió del bando español, y Villagra al oírlo no pudo contener la ira, pues quien lo había tocado se adelantaba a sus órdenes y ponía en peligro de fracasar toda su estratagema.

—¡Voto al diablo!—dijo Villagra—. ¿Quién ordenó tocar?...

Pero ya el mal estaba hecho; los araucanos, despertados por una trompeta que no era la de su jefe, se levantaban apresuradamente y, a tientas, buscaban sus armas para defenderse.

—¡Santiago, españoles!—gritó el Gobernador, y se lanzó con todos sus hombres sobre el campo de Lautaro. La pelea se verificaba en condiciones sumamente difíciles; los españoles se movían entre cuerpos de indios y troncos de árboles, sin distinguir gran cosa a causa de la obscuridad; los araucanos, sorprendidos en lo más pesado del sueño, no sabían casi de qué se trataba y se defendían más bien por instinto haciendo uso de piedras, de palos y tizones, hasta de los mismos puños a falta de armas.

Lautaro, al sentir el llamado de la trompeta, se había puesto en pie y, cogiendo un puñal, había salido de su tienda. Por un instante en la penumbra de la aurora su belleza adolescente detuvo el ímpetu de quienes le vieron;

con el brazo joven y fornido en alto, la punta del cuchillo lista para herir, los cabellos negros flotando libres y sus ojos ardiendo ante la vecindad del combate, parecía la figura de un dios de la guerra o un águila hecha hombre. Un grito surgió del otro bando, sin embargo.

—¡Aquí, españoles, aquí está Lautaro!...

Y cerca de cuatrocientos yanaconas se le fueron encima disparando flechas y lanzas, blandiendo las pesadas mazas en el aire. Antes de que le cogieran, una flecha certera se le clavó en el pecho y el joven héroe cayó muerto sin lanzar un gemido, con un gesto de desafío y desprecio a la muerte perpetuado en sus labios...

Sus hermanos le asesinaron, los serviles yanaconas, que desde el comienzo de la guerra habían sido esclavos de los conquistadores y se habían negado a sumarse a su guerra de liberación. No tuvieron tiempo ni Villagra ni Godínez ni el resto de los capitanes españoles de evitar esta ignominia: cuando se acercaron al sitio donde el caudillo había caído, dispuestos a salvarle si todavía era posible, solo encontraron su cadáver y a su lado una gran mancha oscura que poco a poco iba creciendo...

Apenas tuvieron tiempo de observarle, porque, sabiendo a su jefe caído, los seiscientos mocetones que formaban la guardia araucana de Lautaro saltaron sobre los conquistadores con ímpetu de leones y, haciéndoles retroceder, formaron una muralla alrededor del cuerpo del héroe. Allí se realizó una pelea sangrienta y encarnizada; abandonados por los promaucas, que habían huido al comienzo del combate,

los araucanos se defendieron como bestias acorraladas; a mazazos y puñaladas rechazaban las cargas de los conquistadores. Así, peleando cuerpo a cuerpo, mirándose las caras, resistieron seis horas; al final, los seiscientos mocetones que habían rodeado el cadáver de Lautaro le cubrían ahora con los suyos propios, pues los españoles no dejaron a ninguno con vida. Los yanaconas se entregaban mientras tanto a toda clase de salvajismos. Guacolda desapareció y no se sabe si fue asesinada por ellos o si huyó hacia las selvas de Arauco... Lo más probable es que ella misma buscara su fin en manos de sus enemigos, pues había jurado a Lautaro que le seguiría hasta más allá de la muerte. Pero los serviles yanaconas no acabaron aquí su barbarie; se apoderaron del cuerpo de Lautaro y le cortaron la cabeza; de acuerdo con su tradición, usaron después el cráneo para sus libaciones...

Y así dos hombres valerosos se hermanaron en una común tragedia. En el cráneo de Don Pedro de Valdivia bebieron los araucanos para celebrar sus victorias, y en el cráneo de Lautaro bebieron los yanaconas para sellar su traición. El capitán de Flandes y de Roma y el joven guerrero de Arauco unían así sus destinos en un símbolo que recogería la historia como una enseñanza a los pueblos jóvenes de América. El Conquistador dio a Lautaro los medios para que éste le derrotara, le quitase la vida y libertara a su tierra. Lautaro entregó todo lo mejor de su juventud milagrosa a ese mismo pueblo que en aquella madrugada le asesinara, cortando en un segundo el hilo genial con que iba tejiendo la grandeza de Chile.

Los dos fueron aventureros: hombres que no temieron a la muerte y que salieron a construir sus sueños con el arma en la mano; conquistaron la fama y casi tuvieron un reino; pero así como triunfaron así lo perdieron todo en el transcurso de un instante. Tras ellos la historia se encargó de realizar lo que ellos soñaran: en las tierras generosas de Chile una nueva raza, el producto de los aventureros castellanos y de los guerreros de Arauco, se desarrolló y construyó un país fuerte, dinámico y emprendedor, un pueblo que ama y defiende su libertad, que sufre las asperezas de la vida y lucha contra los rigores de la naturaleza sin decaer jamás, consciente de su alta misión en la hermandad de las demás naciones.

Pero a esto no se llegó sino después que muchas vidas fueron sacrificadas, y en el proceso de esta lucha por construir un país la sombra de Lautaro jugó un papel trascendental...

La sombra de Lautaro

Muerto Lautaro, el mando de los ejércitos araucanos fue entregado a Caupolicán; continuó la guerra; los indios, según su costumbre, celebraban las victorias con grandes torneos; en una de estas celebraciones, un jefe español llamado Reinoso sorprendió a los araucanos e hizo prisionero a Caupolicán. Sin mayor dilación lo condenó al horrendo suplicio del empalamiento. Pero esta crueldad y derrotas ocasionales no amilanaron el ánimo de los araucanos.

En 1598 estalló una gran insurrección en el Sur de Chile; el cacique Pelantaro sorprendió a un ejército expedicionario español junto al río Lumaco y lo destruyó íntegro, matando incluso al Gobernador; avanzó después siguiendo una ruta semejante a la de Lautaro y se apoderó de todas las ciudades del Sur. Cuatro Gobernadores se sucedieron en el mando y los cuatro fueron impotentes para recobrar lo perdido.

Al terminar el siglo XVI, los españoles, mantenidos a raya por la ofensiva incesante de los araucanos y continuamente hostilizados por corsarios holandeses e ingleses que asolaban las costas de Hispanoamérica, se resignaron a mantenerse en el territorio al Norte del Biobío. Luego pactaron con los araucanos, pero la paz duró muy poco.

Felipe III era el monarca de España a la sazón. Enfurecido por el fracaso de sus huestes, decretó la esclavitud para todos los indios que fuesen cogidos prisioneros; los indios contestaron aplicando la medida que los españoles apenas podían mantener en la realidad; en adelante los cautivos españoles fueron repartidos entre las diferentes tribus y condenados a trabajar en toda clase de faenas.

Hubo un nuevo parlamento: las Paces de Quillén, y otra insurrección cuando un siglo se iba a cumplir desde que Lautaro iniciara la guerra con la célebre batalla de Tucapel. Incierta, pero siempre cruenta e implacable, continuó la guerra a través del siglo XVII. Dos nuevas rebeliones indígenas estallaron antes de que don Ambrosio O'Higgins se hiciera cargo del Gobierno de Chile y diera lugar a una paz duradera.

El pueblo araucano luchó durante todos estos años por mantener su libertad y por expulsar a los extranjeros de su territorio. Pocas veces se han visto en la historia ejemplos como éste, de heroísmo y de constancia. Es difícil creer que un pueblo entero pueda entregarse a una causa de esta índole y sostener una guerra de siglos para defenderla. La pasión de la libertad encarnó en estos guerreros esforzados,

y no fueron suficientes ni los ejércitos del imperio español, ni las epidemias, ni el hambre, ni la acción del tiempo, para hacerles desistir en su lucha. A través de los años fueron entregando lo mejor de su sangre; generaciones enteras fueron consumidas por esa guerra incesante; pero la nación austral no entregó jamás sus armas al enemigo. El imperio español era poderoso y poseía recursos inagotables; año tras año llegaban nuevos contingentes de guerreros con nuevos armamentos para continuar la lucha; el Gobierno de Santiago había establecido un ejército destinado a la guerra de Arauco. Murieron Lautaro, Caupolicán, Tucapel, Colocolo y tantos otros; pero las diversas tribus continuaron oponiéndose a la dominación de Santiago por medio de insurrecciones esporádicas.

Pero al fin la guerra fue apagándose; los españoles habían formado familias, mezclando su sangre a la sangre nativa; una nueva raza empezó a surgir; la solidaridad y la comprensión reemplazaron al odio primitivo. Ambrosio O'Higgins fue, sin duda, un valioso cooperador en tal proceso; el comerciante irlandés que se había enrolado en el ejército español, y que, gracias a sus méritos, había conseguido llegar a la presidencia de la Capitanía General de Chile, fue quien dio el primer paso efectivo hacia una paz verdadera entre españoles y araucanos. A los 72 años, O'Higgins recorrió el Sur de Chile en carroza y seguido por pintoresco séquito llegó a la frontera y sostuvo un parlamento con más de un centenar de caciques y cerca de tres mil mocetones en el hermoso valle de Negrete. Allí

se bebió por la paz y la amistad. El anciano presidente comunicó al rey de España que, a su juicio, había llegado el momento de abolir las encomiendas en Chile, esto es, el régimen de trabajo forzado, que era una de las cosas que más resistían los araucanos. El rey así lo acordó, y le premió nombrándole virrey del Perú.

Desde entonces la unidad se hizo más estrecha; la nueva raza empezó a crecer; con el heroísmo y el ansia de libertad de los araucanos, y con la pasión por la aventura, la intuición y la fe de los españoles, se formó el pueblo chileno.

Pasaron los años y la monarquía española empezó a derrumbarse; extranjeros invadieron la Península Ibérica y derrocaron al rey. En las dos Américas surgió la causa de la Independencia agrupando a hombres de todas las clases sociales; lo más puro de la juventud de aquel tiempo militó en los ejércitos patriotas. Los grandes caudillos de la independencia de América se formaron en los campos de batalla, se alzaron para conducir a sus pueblos por entre nubes de pólvora. Washington, San Martín, Bernardo O'Higgins, Bolívar y tantos otros destruyeron las últimas cadenas que nos ataban a las potencias imperiales y convirtieron las colonias americanas en florecientes repúblicas que pronto habían de dar un ejemplo de democracia a los viejos pueblos de Europa.

Estos fueron los caudillos, pero detrás de ellos estaban los héroes del pueblo, los héroes anónimos o de vagos nombres que la leyenda a veces ha inmortalizado perpetuando sus románticas hazafías. Casi siempre ellos fueron parte de esa nueva raza que había resultado de la unión de españoles y

de indios; hombres modestos, que nunca figuraron en las cortes ni en los gobiernos ni en las recepciones, pero que siempre estuvieron presentes cuando había que dar la sangre por la patria.

En Chile fueron los "rotos": los rotos valientes, audaces, sin apego por la vida y en quienes revivió el pueblo de Lautaro; los rotos que pelearon en Chacabuco, en Rancagua, en Cancha Rayada; los que siguieron a O'Higgins, los que protegieron a Manuel Rodríguez, los que han hecho la grandeza de nuestra patria trabajando en las pampas del salitre, en las minas de cobre y de carbón, en los aserraderos sureños, en los mares y en las montañas.

Cuando los patriotas de América unieron sus fuerzas para derrotar a los invasores definitivamente, un nombre apareció como el único emblema: Lautaro. Detrás de este nombre avanzaron las caballerías de argentinos, chilenos, colombianos, peruanos, en los momentos más difíciles para la causa de la independencia.

El general San Martín, que condujo los ejércitos libertadores de Argentina y Chile a través de gloriosas campañas, organizó en Mendoza una institución secreta que pronto había de tener sus ramificaciones en casi toda América y que cobijaría a los más célebres soldados y estadistas de las jóvenes repúblicas. Fue una institución rigurosa y casi fatídica, que recordaba los grupos secretos de la Edad Media, pero que enaltecía sus acciones con los nobles propósitos que le habían dado origen. A ella pertenecían todos los oficiales del ejército de San Martín; y figuras prominentes

fueron en ella O'Higgins y otros patriotas chilenos. En su reglamento figuraban estas palabras:

“Será expulsado del cuerpo el oficial que muestre cobardía en una acción de guerra, reputándose por tal el agacharse para evitar las balas; el que contrajese deudas con artesanos o menestrales...; el que levantara la mano a una mujer, aun cuando fuese insultado por ella; el que no admitiese un desafío, o siendo insultado por otro no lo desafiase; el que murmurase de un oficial de su regimiento con paisano o con un oficial de otro cuerpo; finalmente, el que hablase con un oficial que por cualquiera de las faltas anteriores hubiese sido intimado de dejar el regimiento...”.

Este grupo cerrado, que defendía el honor de un modo casi fanático y que ponía el heroísmo por encima de todas las virtudes humanas, se llamó la **Logia Lautarina**. En el nombre del joven caudillo araucano, San Martín y los suyos vieron el mejor símbolo de la causa por la que estaban peleando. Una vida entera entregada a la guerra más santa que pueda concebirse, despreciando peligros, venciendo a la muerte en cada momento, conduciendo un pueblo entero por el camino del sacrificio sin fallar jamás, sin traicionar, sin rehuir el combate, defendiéndose hasta en el momento de morir, ésta había sido la vida de Lautaro.

Con su nombre en los labios pelearon los soldados de América, tres siglos después de su muerte, para afianzar la libertad que él había conquistado con su sangre.

En la ejecución de este libro, variada documentación fue utilizada; tres obras, sin embargo, tienen una importancia especial en este caso, y por ello se las menciona:

Lautaro, por B. Vicuña Mackenna, Santiago, 1876.

La Araucana, por A. de Ercilla y Zúñiga, Santiago, Ed. Nascimento, 1933.

Historia General de Chile, por Diego Barros Arana, Santiago, 1930.

Algunos trozos de las arengas que pronuncian los jefes araucanos en el curso del relato son versiones en prosa del poema de Ercilla.